

LA MONTAÑA TE LLAMA

Autora: Robin Mattheson

Relatado por Luisa Bannard

CONTENIDO

(Nota: Los números de página corresponden a las páginas del libro publicado, no a las de este documento).

Parte 1: Cuando Él Me Llamó 1

El llamado 3

Los enemigos de un hombre 7

Carlos 13

La segunda oportunidad 15

Parte 2: Un Misionero En China 23

En tiempos difíciles 25

La misión de la Cañón del Dragón Largo 30

La furia pagana 36

Rodeados 41

Liberación 46

Mi Dios proveerá 51

Kai Sun 57

Una vía de escape 65

Rimpa Sae 69

Revelaciones 76

Milagro en el monasterio 79

El fuego y el agua 87

Pensamientos e intenciones 94

Hasta los confines de la tierra 101

Parte 3: A Cada Criatura 105

Donde abunda el pecado 107

Acercando la mano Arado 113

Días de Escuela 117
Si Soy Elevado 122
Un Regalo del Cielo 128
En Tiempos de Necesidad 132
Él Cuida de los Suyos 142

Parte 4: Hasta El Fin 155

El Extranjero 157
El Tiempo de la Cosecha 167
La Carta 172
Un Apariencia Lejana 178
Secretos 189
Liberación 195

Epílogo 201

Notas Finales 207

(La Montaña Llama [Biblioteca Celestial #009])

PARTE 1

EL LLAMADO DE DIOS

Relatado por Luisa Bannard

«El mandato de Marcos 16:15 no es una opción que se deba tomar en cuenta, sino una orden que se debe obedecer.» J. Hudson Taylor.

PRIMERA PARTE

La llamada

Lo que cautivó mi interés no fue tanto lo que dijo, sino más bien cómo lo dijo. Era una figura delgada la que se expresaba con intensidad y estilo serio y hablaba casi implorando por aquella tierra allende los mares:

¡la China! Una tierra donde millones de almas recorrían caminos polvorientos sin conocer el amor del Salvador; una tierra donde tantos habían muerto sin oír siquiera el Nombre del Señor; una tierra que invitaba a los misioneros a vivir y morir en su suelo a fin de dar a conocer la verdad.

Pero... permítanme que ordene mis pensamientos... En principio decidí asistir a la disertación de James Hudson Taylor sobre su misión en China por la sencilla razón de que no tenía nada mejor que hacer. Me contentaba con ocupar una tarde escuchando a aquel célebre orador en vez de quedarme en casa sin hacer nada. Yo había llegado a conocer a Jesús de una manera personal varios años atrás, y me gustaba pasar tiempo fraternizando con otras personas que conocían el amor de Él, pero no hacía mucho por rendir un servicio concreto a Cristo. Aparte de unas visitas ocasionales a los enfermos del vecindario o de distribuir cestas de comida a los pobres, no era común —ni siquiera bien visto—, que la mujer desempeñara un servicio cristiano activo.

Después de haber conocido a mi Salvador, reposando en Su gozo y paz, descubrí que buena parte del descontento y la ansiedad que sentía anteriormente se habían disipado. En cambio, mi vida rebosaba paz, y aspiraba con ilusión a llevar una existencia feliz, tranquila y sin sobresaltos, disfrutando de mis muchas bendiciones. Tenía una familia encantadora que me quería muchísimo, me animaba a dedicarme a mis aficiones y me daba cuanto necesitaba. Vivíamos en nuestra finca familiar, y mi difunto padre nos había dejado bien asegurado el porvenir a todos. Yo llevaba una vida social activa, y en breve anunciaría mi compromiso con un caballero amable y apuesto. Sin embargo, había una inquietud que se ocultaba tras mi ordenada existencia: aunque intentaba sentirme satisfecha, muchas veces una pregunta insistente me ocupaba los pensamientos: «¿Querrá el Señor que haga algo más para servirlo?»

Charles Endfield, mi pretendiente, era un hombre de lo más amable, además de un amigo íntimo de la familia que desde su niñez se había preocupado mucho por mí. De niños siempre estábamos juntos, y nos contábamos todos nuestros secretos. Al crecer, todos comentaban que hacíamos una pareja ideal, suponiendo que algún día nos casaríamos. Yo consideraba que conocía a Charles a la perfección, lo mismo que él a mí. Aunque todavía no estábamos comprometidos formalmente, habíamos hablado de anunciar nuestro compromiso en algún momento del año entrante.

Charles me animaba en mi interés por la religión, pensando que una buena esposa debe ser primero una persona bondadosa, y la religión era el camino adecuado para ello. Los dos asistíamos con frecuencia a la iglesia, esperando que se nos contagiara algo de bondad, y ésta se transmitiera a su vez a los hijos que tuviéramos al poco tiempo de casarnos.

Lo malo es que las personas buenas son a veces las más conformistas. Con la perspectiva de una vida confortable y ningún atisbo de problemas en el rumbo que habíamos decidido seguir, espiritualmente yo era de lo más apagada. Al igual que una espada desafilada guardada en su vaina a la espera de ser blandida por el Maestro, me hacía falta que me frotaran contra la piedra de afilar para convertirme en el instrumento que Él quería que fuese; es decir, en Su sierva.

Como señalé, tal vez lo que captó mi interés no fue tanto lo que dijo el Sr. Taylor sino la manera en que lo expresó, como si su inspiración proviniese del mismo Cielo. Hablaba con una sencillez razonable y con un estilo muy franco y sincero, pero al mismo tiempo transmitía una resuelta seguridad en el cuidado y provisión de Dios. Me daba la impresión de que era un hombre lleno de gozo, pero al mismo tiempo alguien que llevaba un peso enorme sobre sus hombros: el de las almas de cuya salvación se sentía responsable, las almas de una nación entera. Parecía que acunara a esa nación en sus brazos y la estrechara contra su pecho albergando un

gran amor por el pueblo chino, con un amor paternal, o incluso como se ama a una prometida. No se trataba de un deber religioso; al hablar de las necesidades de China, lo movía la imperiosa fuerza de Dios.

Explicaba las difíciles circunstancias del campo de misión. Hablaba de la persecución que afrontaban tanto los creyentes chinos como los misioneros. Hizo memoria de épocas de grandes dificultades y angustias, así como de momentos de inmenso gozo y plenitud mientras predicaba la Palabra de Dios en regiones del interior que no tenían noticia del Evangelio. Desde siempre, los misioneros habían establecido sus bases en las regiones costeras, pero las zonas peligrosas de las regiones del interior no se habían tocado; permanecían intactas simplemente por la falta de obreros que se ofrecieran a ir. Las condiciones de vida eran tales que los misioneros extranjeros debían identificarse con sus vecinos chinos hasta el extremo de que se les exigía comer, vestir y vivir totalmente al estilo chino. Aquello había sido totalmente insólito, y en determinados círculos hasta se consideraba escandaloso. Sin embargo, a medida que se hizo más conocida la exitosa obra misionera del Sr. Taylor, sus ideas cobraron más aceptación y fueron más tarde imitadas por otras misiones.

Algo me impulsó a acercarme por el pasillo una vez concluida la conferencia. Habiendo recorrido más de la mitad de camino, me percaté enteramente de lo que hacía y de la decisión que estaba tomando. Para algunos, una decisión tomada con tanto apresuramiento es una decisión imprudente. Pero mientras proseguía, comprendí que aquello era lo que había estado buscando durante tantos años, aunque hasta el momento había sido incapaz de expresar mi anhelo con palabras. No fue tanto que me hubiera decidido a toda prisa, sino más bien que reconocí al momento la respuesta que había buscado durante tanto tiempo: ¡Se trataba de la llamada de Dios! La fuerza que me impulsó a atravesar aquel amplio auditorio no era mi propia voluntad.

El Sr. Taylor se hallaba de pie, de espaldas a mí, dirigiéndose a un

grupo de hombres. Aunque no soy una persona particularmente atrevida, algo me decía que tenía que hablar con él, por lo que me ubiqué detrás de él y esperé. Al cabo de un rato, él se volvió hacia mí y observé su cabello encanecido sobre sus ojos bordeados de arrugas. Sus ojos se encontraron con los míos dirigiendo una mirada expectante.

—Dígame, joven: ¿qué se le ofrece?

De pronto, me sentí apocada. ¿Qué le podía decir?

—Estee... Sr. Taylor, permítame que me presente. Me... me llamo Luisa Bannard, de Chelsea. ¡Su disertación me pareció de lo más interesante!

Me quedé callada por un momento mientras el Sr. Taylor también esperaba, observándome con curiosidad. Armándome de valor, me arriesgué y le dije:

—Para serle franca, señor, vine a su disertación con el único propósito de entretenerme. Después del primer cuarto de hora, pensé que sin duda Dios debía de estar pidiéndome que ayudara de algún modo a sus misioneros de la China, y que tal vez yo podría aportar alguna contribución económica. Pero había algo que me hacía sentir incómoda por dentro. Al cabo de media hora de escucharlo, me dio la impresión de que debía hacer algo más. Pensé que tal vez, además de colaborar económicamente, podría dedicar tiempo a promover su causa. También pensé que podía coser para la misión, o incluso recolectar artículos que fueran de utilidad para los misioneros. Sin embargo, todavía me sentía incómoda. Después de escuchar su charla, me siento impulsada a decirle que aunque Dios podría servirse de mi dinero y mi influencia, o inclusive de mi costura, creo que lo que Él quiere es... a mí. Sr. Taylor, ¿puede una joven como yo ser de utilidad en China?

Hudson Taylor sonrió e hizo una pausa antes de contestar. Me miró como si se preguntara lo mismo. Nunca olvidaré su respuesta:

—Jovencita —dijo con amabilidad—, eso depende únicamente de

que usted esté en efecto dispuesta a ser instrumento de Dios.

Los enemigos del hombre

Abrí los ojos y tuvieron que pasar unos momentos para que me diera cuenta de donde estaba. Los delicados rayos del sol matutino resplandecían por entre los tejados desiguales e inundaban las vigas de mi pequeña habitación con una luz sonrosada que revelaba gran cantidad de polvo y dejaba ver varias arañas. Las persianas grandes y sin pintar de las ventanas que daban al balcón desde el que se divisaba el patio interno todavía estaban herméticamente cerradas. La delgada estera de paja que cubría la veraniega cama de madera en la que dormía estaba empapada de sudor aun en las horas más frescas de la mañana.

—China —me dije en un susurro, y sonreí—. Por fin estoy en China, en mi casa.

¡Cuántas oraciones se habían respondido para que lograra realizar el viaje! ¡Cuánto se había intercedido y cuántos milagros había obrado Dios para abrir la puerta a fin de que yo pudiera dedicarle la vida sirviéndole en ese inmenso país! Meditar en ello siempre me evocaba escenas de hacía más de dos años, cuando parecía que mi ida a China no pasaría de ser un sueño inalcanzable.

v

—¡Dios mío, Luisa! ¿Acaso te has vuelto loca?

Los rostros de mi hermana y de mi madre y la expresión intensamente adolorida de Charles se cernían sobre mí de forma amenazante.

Me mordí el labio, dándome cuenta de que no podía haber escogido un momento más inoportuno. La reunión para festejar el cumpleaños de mi hermana no eran la ocasión ni el lugar más propicios para anunciar mi decisión de hacerme misionera, sabiendo el disgusto que significaría para mi familia. Tenía mucho que aprender, y Dios intentaba enseñarme a

conducirme con más prudencia.

Había hablado antes con Charles, y con una percepción tardía me di cuenta de lo ingenua que había sido al esperar que él estaría tan entusiasmado con mis planes como yo. ¿Acaso no tenía él convicciones cristianas? ¿No abrazaría el llamado también si supiera de la gran necesidad que había en China? Así pensaba en ese momento, o así quise que fuera. Tal vez mi actitud se pueda describir con más exactitud diciendo que quería nadar y guardar la ropa. Yo amaba al Señor, amaba a China, y pensaba que sin duda tenía derecho a que Charles fuera mi compañero de aventura, además de contar con la aprobación de mi familia. Dejarlo todo atrás, renunciando a algo bueno a cambio de lo óptimo que me ofrecía Dios, era un concepto novedoso para mí.

Cuando expliqué a Charles mi deseo ferviente de ser misionera en China, se quedó callado. Nos hallábamos en el jardín, y en mi entusiasmo por comunicarle lo que me había revelado el Señor, no noté la tremenda conmoción interna que le estaba produciendo mi animado discurso. Deseaba a toda costa que él fuera consciente de la necesidad que había en China. ¡Ojalá hubiera estado él presente en la conferencia del Sr. Taylor! Pensé que si conseguía explicárselo más claramente, con toda seguridad se convencería tanto como yo de que Dios nos estaba llamando.

—Luisa —dijo interrumpiéndome después de que hube hablado por unos veinte minutos—; ¡todo esto que me dices me deja totalmente perplejo!

—Sí, Charles, comprendo que parece repentino, pero fíjate en que...

—Por favor, déjame terminar. Jamás pensé que se te pudieran ocurrir tales ideas. Sabes que creo en Dios, y hemos hablado muchas veces de la importancia de nuestras creencias, pero ¿hacerte misionera? ¿Y nada menos que ir a China? La verdad es que no sé qué decir —balbuceó—. ¿Y dices que te sientes llamada? En serio, ¡te expresas como si Dios todavía hablara! Nunca imaginé que llegarías a volverte tan fanática. Me parece...

¡absurdo!

—¡Charles! No es absurdo, es maravilloso, es...

—Por favor, Luisa, ¡no hables más! Déjame pensar un poco.

—¡Pero, Charles! —exclamé mientras se alejaba, negándose a seguir hablando.

Esa tarde me senté a la mesa. Era la cena de cumpleaños de mi hermana y me quedé frente a tres personas atónitas. Imaginaba que Charles sólo precisaba tiempo para cumplir con el llamado del Señor. Sin embargo, tan pronto como anuncié mis planes a mi madre y mi hermana, observé por la expresión ofendida de Charles que él pensaba que yo había traicionado su confianza. Aunque no había manifestado expresamente que iba a esperar para comentar esos temas con los demás, como el asunto no estaba arreglado entre nosotros dos, hacerlo público de la forma en que lo hice era prematuro y desconsiderado. No obstante, tal vez fue el Señor quien me hizo obrar de forma contraria a la cortesía habitual, pues las palabras y los acontecimientos que tuvieron lugar en los días siguientes alterarían el rumbo de mi vida.

No me hallaba preparada en modo alguno para la acogida que tuvieron mis ideas, por la sencilla razón de que mi familia siempre me había dado su apoyo en todo, lo cual no era común. Eramos una familia muy unida, por lo que yo, en mi ceguera, había esperado encontrar entusiasmo en vez de palabras de reproche.

Una vez que mi madre advirtió que yo estaba resuelta, no cesaba de sollozar. Pasé casi toda la noche oyendo espantosos relatos de ritos paganos innombrables que se realizaban en lejanas tierras. Saltaba a la vista la idea que se hacían de cuál sería el destino de una joven necia que se lanzara a la aventura en lugares tan extraños. Entre sollozos, mi madre repetía:

—No... ¡jamás!

En la vida la había visto tan acongojada.

Mi hermana compartía su enojo.

—Luisa, ¡cómo puedes hacer algo así! —exclamó— ¿Qué diría nuestro padre si viviera? Tu comportamiento es injusto a más no poder, tanto para contigo misma como para con tu familia, ¡y más que nada para con Charles!

Charles permanecía sentado con expresión sombría, observando como mi madre y mi hermana hacían lo imposible por convencerme. Busqué su mirada con la esperanza de encontrar comprensión, pero no vi otra cosa que desesperación. Nunca nos habíamos visto en una situación tan insuperable.

Podía entender su temor y su enojo. El promedio de vida del misionero en China en aquella época de fines del siglo XIX era corto. Las enfermedades hacían estragos, y muchos pensaban que la situación política era un polvorín a punto de estallar. Los argumentos que esgrimían eran sensatos: la vida que yo ansiaba no tenía ni punto de comparación con la que vivía al presente. Quería realizar un viaje difícil de varios meses de duración hasta el otro extremo del mundo. Viviría en medio de extraños cuyas costumbres e idioma desconocía. El viaje significaría años de separación, penalidades y, con toda probabilidad, una muerte prematura. Yo tenía obligaciones para con mi hogar y para con Charles.

Sin embargo, Dios me había llamado. De eso estaba segura, no me cabía duda. No había visto ninguna visión; no había oído voz alguna, ni sonido de trompeta o resonar de trueno. Con todo, sabía que Dios me había hablado muy claramente al corazón, y mi llamado era ir a la China. ¿Qué podía decirles para convencerlos?

A la mañana siguiente no me fue mejor. Los sirvientes comentaban en voz baja que mi madre estaba fuera de sí de la angustia.

Después de innumerables intentos de persuadirme de que mis deseos eran irrazonables, me hizo callar con un ademán. Rara vez la había visto actuar de aquella forma. Los labios de mi madre estaban tensos por tratar

de dominar la ira. Me habló con un tono totalmente terminante:

—Soy mujer de convicciones cristianas —señaló—. Temo a Dios y siempre he asistido a la iglesia. Estoy acostumbrada a las obras de caridad y a cuidar a los pobres, y nadie puede decir que no doy a Dios de lo que tenemos. Pero, Luisa, ¡lo que propones es excesivo! ¡Nunca, jamás lo aceptaré! Tienes compromisos con Charles mientras él viva. Tu palabra es tu honor y el honor de tu familia. No puedes quebrantar esa confianza y deshonorar a Charles o deshonorar a tu familia de esta forma. ¡No quiero oír hablar más del asunto!

Salió de la habitación con paso airado y pensé que el corazón se me haría trizas. Sus palabras resonaban en mi mente. Yo quería a Charles; le debía mi mano. Pero Dios me había llamado. ¡Qué confundida estaba!

Pasaron tres días, días que pasé orando, leyendo la Biblia y buscando afanosamente la voluntad de Dios. Me echaba la culpa a mí misma por la precipitación con que había presentado mis planes. Pregunté al Señor por qué estaba mi camino tan obstruido por mi madre si de verdad ése era el sendero que debía seguir. Desde pequeña se me había enseñado a obedecer los deseos de mis padres y sabía que sólo deseaban lo mejor para mí. En ese momento, sin embargo, tenía que obedecer a Dios antes que a los hombres, según me indicaba claramente lo que leía en las Escrituras.

Por fin, tomé la decisión, y una vez que lo hice encontré alivio de inmediato. Sin duda, los indecisos y poco entusiastas no logran hallar reposo, y aunque la decisión fue difícil, el alivio que me invadió una vez que la hube tomado me pareció como un rayo de sol que irradiaba por entre las nubes y me calentaba el rostro. Aquel día, al abrir la Biblia por el capítulo cuatro, versículo tres, del libro de los Salmos, leí: «Sabed, pues, que el Señor ha escogido al piadoso para Sí; el Señor oirá cuando yo a Él clamare».

—¡Ése es mi caso! —pensé—. *El Señor me ha escogido para Sí.*

Nuevamente, abrí la Biblia y me dio la impresión de que los versículos saltaran de la página. En Mateo 10:36-38, leí: «Los enemigos del hombre serán los de su propia casa. El que ama a padre o madre más que a Mí no es digno de Mí [...] y el que no toma su cruz cada día y va en pos de Mí no es digno de Mí.»

Estaba dispuesta a tomar mi cruz. No me importaba que me desheredaran, ni perder mi reputación ante mi familia, mi prometido y los demás; que, si era preciso, se me viera como una persona temeraria y despreocupada. Sabía que, independientemente de su aprobación o desaprobación, tenía que obedecer el llamado de Dios. Pero antes de anunciar mi decisión final, hice una última oración:

«Señor, Tú sabes que estoy decidida a seguirte. Gracias por la gracia y la fortaleza que me has dado durante este tiempo de dificultades y pruebas. Gracias por guardarme y por guiar mi corazón para que te siga hasta la China. ¡Te pido que me renueves! Dame las fuerzas para dar este paso, para entregártelo todo. No traigo nada en las manos, pues hasta las personas que me son más queridas me están abandonando. Las pongo en Tus manos.

»Gracias por esta prueba. Pero, Señor, si hay alguna forma de hacerles entender el rumbo que me has trazado, te ruego que obres ese milagro en su corazón. Si no, de igual manera confiaré en Ti; de todos modos, si lo quisieras, concédeme esta petición. Amén.»

Me dejé caer en el sillón y sentí una paz total, como si mi oración ya hubiera sido respondida. Ni me imaginaba que la respuesta se estaba obrando ya en el mismo momento de mi oración, si bien de una forma totalmente inesperada.

Charles

No había dicho aún palabra alguna, pues acababa de entrar en el salón de lectura, en donde se hallaba mi madre sentada haciendo como si

no me viera, fingiendo estar absorta en la novela que leía, cuando los sirvientes entraron a toda prisa.

¡Algo le pasa al señor Charles! —exclamaron.—. ¡Llamen al médico de inmediato!

Mi madre y yo corrimos hasta el pasillo de entrada a tiempo para ver como los sirvientes llevaban una figura inerte. Al ver la sangre se me aceleró el corazón y de repente sentí que me desmayaba.

—¡Ayúdanos, Señor! —recé.

Mi madre, pálida, se aferró al pasamanos de la escalera y gritó a los sirvientes que llevaran a Charles de inmediato a la sala principal.

Mientras los hombres lo atendían y las sirvientas buscaban agua y vendas, el jardinero se apresuró a explicar el terrible accidente que había ocurrido. Charles venía a vernos cuando el caballo en que montaba resbaló en el sendero lateral que pasaba detrás de los establos. Charles salió disparado de su cabalgadura, pero no se lastimó mucho, aparte de torcerse el pie. Sin embargo, al intentar en vano volver montar el caballo, se dirigió cojeando hacia el muro de contención para descansar a la sombra del amplio edificio. Repentinamente, el viejo muro se desmoronó y sepultó a Charles bajo los cascotes. Ahora, mientras los sirvientes lo llevaban a la sala, se hallaba casi inconsciente.

Mientras esperábamos al médico, las lágrimas me bañaban el rostro. ¿Sería esto consecuencia de mi deseo de libertad para servir al Señor? ¿Se trataría de alguna espantosa maldición que acosaba a mis seres queridos por mi determinación de irme a toda costa a las misiones? ¿Por qué? Yo jamás habría deseado que Charles muriera, ¡sólo que mis familiares entendieran! Miré el pálido rostro de Charles y reprimí mis sentimientos de culpabilidad. De pronto, oí una voz de lo más clara en mi interior que me hablaba con calma:

—¡Espera y no temas! Estoy obrando en el corazón de tus seres queridos, porque has puesto tu confianza en Mí.

Me incorporé de golpe en la silla. ¡El Señor me había hablado! Aunque no entendía del todo lo que sucedía, sentí un hálito de esperanza y fortaleza al comprender que Dios tenía Su mano sobre nosotros, inclusive en aquel momento fatídico. Sin embargo, me preguntaba por qué...

El médico tardó casi una hora en llegar a nuestra residencia. Mientras él examinaba a Charles, yo recorría el pasillo, apesadumbrada. Mi madre se retorció las manos sentada en una silla. Me daba cuenta por su mirada sombría de que me culpaba a mí de haber puesto a todos en tan angustiada situación. Sabía que ella había sufrido muchísimo después de la muerte de mi padre, al cual amó intensamente, y que su matrimonio fue sólido y afectuoso. Muchas veces pensé que mi padre habría hecho cualquier cosa por ella. Mis pensamientos se interrumpieron cuando se abrió la puerta y entró el doctor.

Una mirada a su rostro me bastó para entenderlo todo. Charles se moría. Tenía numerosas lesiones internas, explicó el médico, y a pesar de haber hecho todo lo que podía, no había muchas esperanzas. Se informó en seguida a los familiares de Charles. Tanto su padre como su madre se quedaron con nosotros, pues sería muy peligroso moverlo o llevarlo a su casa, que no quedaba más que a un kilómetro y medio de la nuestra. Nos quedamos con él hasta el último momento, tratando de aprovechar los pocos instantes que podíamos pasar con él en este mundo. Juntos íbamos a presenciar el gran milagro que se obró al escuchar sus últimas palabras. Aquellas palabras lo cambiarían todo para nosotros en muchísimos sentidos.

La segunda oportunidad

El sonido de la campanilla trajo de vuelta al presente mis pensamientos perdidos; ¡el desayuno estaba casi listo! Mis pies descalzos tocaban las baldosas, lo único fresco en la habitación. Al momento me lavé en el lavamanos de arcilla que había al lado de la cama. Exhalando un

suspiro y empezando por la cabeza, me puse la larga y pesada túnica china. Me consolé con esta idea: «Vestir como una inglesa no sería menos incómodo». Lo que sí habría querido sería no tener que llevar las piernas tan envueltas, lo que en aquel clima húmedo resultaba particularmente incómodo.

Sabía, sin embargo, lo importante que era para unos misioneros extranjeros como nosotros vestir, comportarnos y vivir lo más posible como los chinos a quienes queríamos evangelizar. Se miraba con sumo recelo a las costumbres foráneas. Corrían horribles rumores en los mercados, en los que las ancianas describían las atrocidades cometidas por los *diablos extranjeros*. Las abuelas advertían con tono misterioso: «Nadie está a salvo, los extranjeros roban niños, los matan, ¡y utilizan sus miembros en ritos extraños!»

Sin embargo, cuando hicimos nuestra parte por adoptar en la medida de lo posible el estilo chino, el temor, por lo general, se volvía curiosidad, y con el tiempo ésta daba lugar al hambre espiritual. A menudo, mientras caminaba por las estrechas callejuelas que rodeaban nuestro hogar, una de las mujeres más osadas del vecindario se me acercaba, y quizá alzaba la larga manga que le cubría toda la mano, y la ponía junto a la mía. Con una sonrisa, comentaba: «Mira, ¡estamos vestidas igual!»

Ya me había acostumbrado al atuendo chino y me daba cuenta de que era sensato procurar parecernos a aquel pueblo, a fin de que este llegara a comprendernos. Si yo no resultaba tan extraña, tal vez Mi Dios no resultaría tan extraño. Si veían que mi vestimenta y mis acciones eran similares a las suyas, ¿no pensarían, entonces, que mi corazón también sería como el suyo? ¿Acaso no dormía yo en una cama parecida y comía lo mismo y experimentaba iguales sufrimientos y alegrías? Y si mi Dios podía ayudarme, ¿no podría ayudarlos también a ellos?

Mientras me cepillaba el pelo para formar un rodete apretado como era la costumbre entre las mujeres de aquella ciudad en particular, miraba

a la cocinera que traía más leña para el fuego. Sabía que pronto nos esperarían unos tazones de arroz humeante, por lo que debía apresurarme.

Pero no tanto, Luisa —o Lu Yisi—, como me conocían ahora. Si me daba más prisa de la cuenta me olvidaría de caminar con la debida postura de humildad, es decir, con los hombros caídos. Después de tantos años de mi niñez en que me enseñaron a mantenerme erguida, aquella costumbre se me hacía difícil.

Abrí las celosías y me saludó con toda su fuerza el calor del día. Me hizo recordar aquel día en Inglaterra, al otro extremo del mundo...

v

—¡Abre la puerta, abre la puerta! ¡Tienen que entrar! ¡No se lo impidas!

La figura pálida, bañada en sudor, se revolvía en la cama, hablando de forma incoherente. Abrimos los postigos de la ventana para darle más ventilación. Pero, ¿a qué puerta se refería? La puerta que daba a la sala ya estaba abierta.

Hacía dos días que Charles estaba inconsciente, pero al tercer día pareció recobrar fuerzas. Se dirigió a nosotros y aceptó un poco de alimento. No obstante, nuestras esperanzas se desvanecieron cuando al quinto día le dio una fiebre alta, y acompañada de gran agitación y desasosiego. Hacia el final de la semana todos sabíamos que le quedaba poco tiempo, y los que estábamos más allegados a él no lo dejábamos ni por un momento.

Yo había orado una y otra vez, pidiendo a Dios que obrara el milagro y le salvara la vida. Sabía que el Señor había asegurado que estaba obrando en el corazón de mis seres queridos, y me aferraba a esa promesa como un náufrago a una soga en medio de un mar convulsionado. El tiempo que Charles había pasado herido tuvo sin duda efecto en nuestra vida, pues nos obligó a orar como nunca y dejar de lado los desacuerdos

familiares, al menos por el momento.

—¡Elisa! ¡Elisa, escúchame! —dijo Charles a mi madre.

Era extraño que la llamara por su nombre de pila, pues nunca la había tratado de otra manera que «Sra. Bannard». Mi madre se acercó y le tomó la mano, tratando de calmarlo.

Nuevamente, Charles exclamó:

—¡No, no, Elisa! ¡No cierres la puerta otra vez! ¿No recuerdas? Hiciste eso hace tanto tiempo. ¡No la cierres para nuestra Luisa, como me la cerraste a mí!

—Charles, ¿a qué te refieres? —preguntó mi madre, con el rostro demacrado y gastado, mientras le enjugaba la frente a Charles con un trapo mojado.

De repente, Charles dejó de revolverse en la cama. Todos nos inclinamos hacia él. ¿Sería acaso el fin? Abrió los ojos y alzó la vista por encima de nosotros. Una calma le cubrió el rostro y luego sonrió.

—Elisa, ¿no te das cuenta? La partida de Luisa es la segunda oportunidad. ¿No recuerdas aquel día, hace mucho, en el puente, cuando me dijiste que escogiera entre tú y el llamamiento que sentía por el servicio a Dios?

Mi madre se puso tensa, dio un grito y se puso tan blanca como la sábana de la cama. ¿Qué ocurría? ¿De qué estaba hablando Charles? Todos los demás nos quedamos callados y atónitos.

—Elisa, he venido con un mensaje para ti. Charles estará conmigo pronto. No temas por él; se encontrará muy feliz en este espléndido lugar. ¡Ha llegado su hora, y el plan del Señor se está cumpliendo! Te amo. Todos estaremos juntos cuando Dios lo quiera en este hermoso Reino Celestial. Sabes que soy yo, ¿verdad, querida?

—¿Richard? —dijo mi madre en voz baja con ojos de asombro pronunciando el nombre de mi padre—. ¿Cómo es posible!

—Elisa, mi cielo, los caminos de Dios son misericordiosos. Él envía

consuelo a los desconsolados y señales a quienes las buscan, por medio de la palabra profética. ¿Recuerdas cómo lloré, Elisa? Nunca me volviste a ver llorar, ¿verdad? Pero aquel día en el puente, lloré. Derramé muchas lágrimas con el corazón quebrantado, pues te estaba poniendo a ti por encima del llamamiento a servir a Dios. Pero tú, mi amor, no deseabas casarte con un pastor pobre.

Abrumada por la emoción, mi madre ocultó el rostro en las manos y, ya sin poder contenerse, sollozó fuertemente. Observábamos la escena sorprendidos. ¿Era en realidad mi padre quien hablaba?

—Sabías, amor mío, que mis familiares no aprobarían mi deseo de hacerme pastor. Sabiéndolo, me suplicaste que no se lo dijera, para no incomodarte a ti ni a tus padres. No te dabas cuenta de que sirviendo a Dios yo sería causa de bendición para todos, la bendición de entregar un ser querido a Dios.

—No obstante, querida mía, el Señor ve tu corazón. Él comprende que tenías miedo. Tu corazón estaba lleno de temor, temor del futuro, temor de confiar a Dios tu reputación y tu familia. Con nuestro querido Charles era muy parecido. No comprendía e intentaba disuadir a Luisa de su llamado.

—Pero aquel día en el puente, como era débil, cedí por amor a ti. En vez de servir a Dios, procedí conforme a los deseos de mi padre y me dediqué a los negocios de la familia.

Con gran esfuerzo, Charles volvió la cabeza hacia mi madre y le retiró las manos del rostro para mirarla fijamente a los ojos. Los ojos oscuros de él resplandecían con un amor comprensivo y cálido. Por un momento, pareció como si ella encontrara la mirada de mi amado padre, fallecido hacía siete años.

—Elisa, ¿acaso no te das cuenta? —la voz de Charles se estaba debilitando, pero hablaba con firmeza—. Esta es nuestra segunda oportunidad. Por el amor que nos tiene, Jesús ha llamado a nuestra hija a

ser embajadora Suya. Ahora Charles lo comprende, y quiere que tú también lo entiendas. Dice que lo lamenta. Abre la puerta, Elisa, a la infinidad de almas valiosas que quieren entrar por las puertas del Cielo. Te lo ruego, Elisa, ¡abre la puerta!»

Charles respiró una vez más, y una sonrisa de calma y sosiego le cubrió el rostro. Tal vez comprendió que transmitir aquel mensaje de mi padre había sido lo más importante que había hecho en la vida. Lo contemplábamos maravillados, y entonces, Charles pasó a los brazos de Jesús.

Transcurrió un largo rato antes de que alguien pudiese hablar. En la habitación reinaba un ambiente de extraordinario sosiego, pues sabíamos que acababa de suceder algo extraño y milagroso. Con todo, nos asaltaba un sinfín de interrogantes; había tantas cosas que no entendía. Yo apenas si advertía la presencia del resto de los presentes, que hablaban en voz baja mientras iban saliendo de la habitación. Me arrodillé al lado de la silla de mi madre. Su rostro reflejaba una expresión solemne.

—Madre —dije tartamudeando—, ¿qué significa todo esto?

Me miró mientras me acariciaba el cabello.

—Luisa —explicó—, cuánto desearía poder decirte que no es verdad. Pero las cosas que se dijeron en la oscuridad han salido a la luz. Para mí ésta es una señal verdadera. Ahora sé que tu difunto padre, que tanto velaba por nosotros, todavía lo hace desde su nueva morada en el cielo.

Sollozó suavemente y continuó:

—Aquella ocasión en el puente... a lo que él se refería... lo recuerdo muy bien. Ese día, antes de que estuviéramos casados, le di a escoger. Él me quería muchísimo y me contaba sus más íntimos pensamientos y sus sueños más entrañables. Me dijo que Dios lo había llamado, y que había sentido que Él le hablaba al corazón. ¡Dios le pidió que se hiciera pastor! ¡Tuve tanto miedo, Luisa! Con aquel porvenir,

¡sabía que nuestros padres jamás aceptarían que nos casáramos! Pertenecíamos a familias adineradas, y eso era inaceptable. Le rogué, le supliqué, y finalmente lo amenacé. Lo obligué a escoger —algo que ninguna esposa tiene derecho a hacer— entre Dios y yo. Aquel día tu padre me escogió a mí, Luisa. Pero para mí fue una victoria amarga verlo en aquel puente sollozando. Fueron sus últimas lágrimas, pues después de aquel torrente ya no le quedaron más. Aparte de mí, nadie supo de aquella conversación, ni siquiera de los deseos de tu padre de hacerse pastor. Cuando Richard me escogió a mí, cerró su corazón al servicio a Dios. Nunca volvimos a hablar del tema, y dudo que lo haya conversado con otra persona, ya que era algo que le dolía mucho.

Seguidamente, mi madre me puso las manos en los hombros y, mirándome a los ojos, añadió con gran sinceridad:

—Hija, tu padre ha dicho que tu llamada al campo de misión es nuestra segunda oportunidad. Aunque sigo asustada y no lo entiendo del todo, sé que Dios quiere que te entregue a Él. No me atrevería a negarme por segunda vez. Ahora lo hago voluntariamente, y con mi bendición. ¡Doy gracias a Dios por ese mensaje de parte de tu padre para ayudarme a decidir bien!

Me estrechó contra su pecho, y las dos derramamos lágrimas de gratitud, de sorpresa y de amor a nuestro Salvador, que era capaz de obrar semejante milagro.

v

Me hallaba de pie ante la puerta abierta del balcón, con el rostro elevado hacia el cálido sol matutino que invadía el patio de mi humilde hogar en China. Tenía grabado en el corazón y en los labios el recuerdo del último mensaje de mi padre: que abriéramos la puerta a las almas de ese país. Abajo, los pasos apresurados de los que se dirigían al comedor común me recordaron que se hacía tarde.

—Jesús —rogué—, aunque sólo tengo un momento, te doy gracias

por la tremenda bendición que es estar aquí. Gracias por llamarme a ser tu sierva. Te ruego que me ayudes en las tareas de hoy. Me llamaste y me trajiste hasta aquí de un modo muy milagroso. Guíame paso a paso. Ayúdame a amar a estas personas con Tu amor. Ayúdame a entregarme a China del mismo modo que Tú diste la vida por nosotros. Ayúdame a entender y conocer a este pueblo, ¡y a hacer cuanto pueda por abrirte las puertas de este país!

Me di la vuelta y con prisa bajé las escaleras para ir a buscar mi tazón de arroz y también a las almas chinas que me esperaban.

PARTE 2

MISIONERA EN CHINA

«Hay una cosa de la que podemos estar seguros, y es que cuando el Espíritu de Dios obra portentosamente, también el espíritu del mal está activo». J. Hudson Taylor

EN TIEMPO DE PRUEBA

Me refugié en las sombras de la habitación, y escuché las pisadas que se acercaban a la puerta. La gran puerta de madera, con el pestillo puesto por dentro representaba una barrera formidable. Sin embargo, yo temblaba nerviosamente. ¡Esos días estaba aprendiendo a aferrarme mucho a Dios y confiarle mi propia vida! Cerré los ojos.

—El Señor es mi pastor —recité calladamente—. Nada me faltará. En lugares... ¡Tap, tap! ¡Tap, tap, tap! Una pausa y otro doble golpeteo en la puerta, seguidos de otros tres golpes. Di un suspiro de alivio y rápidamente abrí el pestillo de la puerta para que entrara la figura cubierta con un manto.

La-Ong retiró la manta de lana gris que llevaba envuelta por la cabeza. Todavía me parecía raro verla vestida de esa forma, como se viste la gente de la montaña. Después de casi cuatro años de vivir juntas en las ciudades costeras de China me había acostumbrado a verla vistiendo los pantalones sueltos y las largas túnicas que tanto gustaban a las mujeres de la región ribereña donde habíamos vivido anteriormente. Como nos mudamos continente adentro a ese puesto de montaña,

ambas llevábamos ahora la vestimenta de montaña, que consistía en una falda amplia y un delantal largo y rústico.

Sin embargo, siempre recordaré mentalmente a La-Ong como cuando la vi por primera vez, con flores entrelazadas en el cabello recogido, y vistiendo una túnica sencilla pero bonita que ondeaba con su andar. Su sonrisa era muy angelical cada vez —y fueron tantas— que me animaba durante aquellos primeros años de mi estadía allí. No cesó de darme aliento en mis esfuerzos incansables por comprender los detalles sutiles de la cultura china.

«No, Lu Yisi, no debes caminar tan rápido. Una mujer debe andar lentamente y demostrar respeto por los que la rodean manteniendo un paso moderado.»

Enseñarme a caminar despacio y con gracia como una mujer china refinada, era según mi opinión, una tarea casi imposible. Afortunadamente, la costumbre de la región dictaba que una mujer de posición social respetable debía contar con un ayudante que la acompañara siempre. Ninguna mujer decente debía caminar por la calle sola, sin su ayudante, aunque fuera con su esposo. De esa forma, La-Ong siempre estaba allí para ayudarme cuando me equivocaba. Me susurraba al oído lo que debía hacer o decir. Su constante presencia no sólo me ayudaba, sino que servía además para que los chinos de aquella región costera nos entendieran y respetaran, toda vez que nos esmerábamos por apegarnos lo más fielmente posible a sus tradiciones.

La-Ong siempre estaba allí. Era mi amiga. Y más que amiga, era mi maestra, mi hermana, una persona cuya fe aprendí a amar y respetar. Durante los primeros años en la misión, ella se convirtió en mi segunda sombra. Mientras aprendía con lentitud y a tropiezos a expresarme en chino, ella se convirtió en una de mis confidentes más íntimas. Al principio, cuando me sentía afligida, me embargaba la nostalgia de mi patria o tenía problemas, mi tendencia era comunicarme más con las hermanas de la misión que eran extranjeras. Pero poco a poco empecé a ver que debía asimilarme a fondo, no solamente en el vestido y el idioma, sino también en mi forma de pensar. Así empecé a acercarme más a las hermanas chinas, para aprender más de ellas y poder compenetrarme con ellas y con su pueblo.

Sin embargo, comencé a *dar de mí misma* verdaderamente cuando aprendí a desahogar mi corazón y expresar lo que sentía. Aprendí a pedir a las hermanas nativas que oraran por mí y me sostuvieran cuando me sentía desanimada. Eso me sirvió para cultivar una relación con ellas, que disipó nuestras diferencias étnicas y nos unió. Se formó una amistad de lo más sincera y pura. Estaré eternamente agradecida a Dios por haberme concedido el honor de conocer a esas bellas personas.

Pero en ese momento mi querida amiga La-Ong se hallaba allí temblando por el frío que venía del exterior. Con rapidez volví a pasar el pestillo de la puerta y la llevé hasta el cálido *kang*, la plataforma caliente en la que dormíamos todos durante los helados meses invernales.

Mientras se envolvía en un edredón grueso y rápidamente arreglaba su cobija, me di cuenta de que las noticias que me traía no eran buenas. De lo contrario me las habría dicho enseguida. Su vacilación hablaba más que las palabras. Le tomé las manos.

—Querida La-Ong, no te preocupes si lo que vas a decirme me produce tristeza. ¡Dime, por favor, lo que has descubierto!

Me miró con tristeza en los ojos. Habló despacio:

—He oído mucho, demasiado —se aclaró la garganta antes de continuar—: Lu Yisi, están matando a los extranjeros.

Resulta extraño que en ciertos momentos el tiempo parezca inmovilizarse. Tal vez sea obra de la misericordia de Dios para que podamos comprender cabalmente los sucesos y situaciones que se dan en épocas difíciles. En todo caso esos pocos momentos que pasamos juntas en el *kang* siempre me acompañarán. Los recordaré como unos de los más bellos que pasé con La-Ong.

Agachamos la cabeza y oramos. Oh, cómo derramamos nuestra alma rogando a Jesús que intercediera. Imploramos por la seguridad de nuestros seres queridos, por la nuestra, la de nuestra obra, ¡y por el bien de las almas que todavía no habían oído el testimonio! ¡Había tanto que hacer aquí! ¡Dios nos había llamado a trabajar en esta región! Con seguridad no podía quedar todo desbaratado en el preciso momento en que comenzábamos.

Hacía apenas cinco meses que nuestro puesto de avanzada misionero se hallaba en esa encrucijada de montaña. Todo había empezado muy bien.

Nuestra misión estaba dedicada a difundir la Palabra de Dios en las provincias interiores de China. Los misioneros llevaban muchos años trabajando en las regiones costeras bajo la protección del ejército británico. Desafortunadamente, la mayoría de los chinos relacionaban la nociva práctica de vender opio con cualquier extranjero que se les cruzara en el camino, fuera comerciante o misionero. El derramamiento de sangre que se produjo cuando Gran Bretaña peleó varias guerras con China por la defensa y expansión de ese comercio lucrativo dio lugar a una airada xenofobia. El efecto del *lodo extranjero*, como se llamaba al opio, era devastador y causa de innumerables conflictos sociales.

Desde el comienzo, nuestra misión había adoptado la norma de mantenernos distanciados de las autoridades extranjeras y esforzarnos por asimilarnos todo lo posible a los chinos, de forma que Jesús y Su mensaje resultaran más comprensibles para la gente común.

Los esfuerzos de los cristianos que buscaban presentar a los chinos un *Jesús oriental* tenían un éxito resonante. Cada puesto misionero buscaba la mejor forma de testificar a los de su región. Hicimos amigos, dimos clases a individuos y conferencias a grupos grandes interesados en ilustrarse en la nueva religión. Muchos empezaron a creer después de leer pasajes de las Escrituras traducidos al chino, o después que se les predicaba el Evangelio en su lengua nativa.

Los misioneros capacitados o que tenían alguna instrucción profesional se esforzaban por asistir a la población en el terreno de su especialidad. De cuando en cuando prestaban servicio como médicos, maestros, inclusive como comerciantes. Sin embargo, nuestro objetivo principal seguía siendo transmitir el mensaje de Cristo a quienes nunca lo habían oído. Gozábamos de amplias libertades gracias a los convenios firmados con el gobierno imperial, que permitían a los ciudadanos británicos viajar y propagar la fe cristiana por toda la China. Por ley los ciudadanos británicos contaban con la protección y la tutela de los mandarines de cada provincia.

Con todo, no ignorábamos de dónde venían los peligros. Los causantes de nuestra zozobra no eran quienes escuchaban nuestro mensaje abiertamente en las calles y en las casas, ni quienes asistían a las reuniones y escuchaban nuestras enseñanzas. Buena parte de la gente común prestaba oído alegre a nuestro mensaje y compraba nuestros folletos y libros de contenido bíblico que vendíamos en los mercados. Siempre que mostrásemos mucho respeto por las costumbres regionales y nos vistiésemos a la usanza del país, la mayoría de las personas se mostraba de lo más tolerante.

La oleada de conflictos fue *in crescendo* entre quienes quisieron arrebatar el control del gobierno de manos de los mandarines, sobre todo en varias de las provincias occidentales. La política regional estaba plagada de intriga, engaño y alianzas secretas entre partidos poderosos que competían por el favor de la corte imperial.

Pocos chinos veían con buenos ojos la creciente influencia extranjera en la región, pese a que nuestra obra misionera era tolerada, dado el enfoque y sabor claramente regionales que imprimíamos al Evangelio y sobre todo, gracias a la protección divina. Había hombres carentes de escrúpulos, conocedores de que si los mandarines no podían brindar la estabilidad necesaria, no sería difícil separarlos del poder. Las fuerzas británicas amenazaban con vengarse, caso de producirse agresiones contra sus súbditos. Combatir a los británicos granjearía con seguridad las simpatías de ciertos individuos codiciosos del poder. Para los enemigos de los mandarines era ventajoso crear una inestabilidad generalizada —disturbios, matanzas y toda forma de violencia—, con la finalidad de adueñarse del poder. Los chivos expiatorios más asequibles eran, pues, las personas de piel blanca y ojos claros, contra quienes el pueblo ignorantemente tomaría partido.

LA MISIÓN DE CAÑÓN DEL DRAGON LARGO

Después de orar juntas fervientemente, La-Ong y yo nos dedicamos a esperar. Teníamos mucho que decir y muchas decisiones importantes que tomar. Esto nos forzaba a calibrar nuestras palabras, pues no queríamos hacer o decir nada indebido. Ambas sabíamos que debíamos irnos. La cuestión era ¿cómo?

Yo respetaba mucho el consejo de mi amiga. Sabía que había hecho enormes sacrificios para hacerse cristiana, si bien, cuando se hacía mención de ello, se reía y no le daba mucha importancia. Su padre fabricaba incienso y dinero falso para quemar en el templo en sacrificio a los ídolos. Toda su familia la había repudiado cuando se declaró creyente del Dios cristiano.

No queriendo ser una carga para sus nuevos hermanos cristianos, aquella amable mujer durmió en los mercados abiertos durante casi una semana, sin hablar en absoluto con los cristianos extranjeros de su angustiante situación. Una noche, casi había desmayado de hambre después de asistir a un culto en **la casa de la misión**. A la postre se descubrió la verdad y la llevaron a vivir a la casa de la misión. A partir de ahí La-Ong se convirtió en la fiel cocinera, maestra, enfermera, costurera y en la columna vertebral de la vida doméstica de la misión. Cuando llegué a la China ella llevaba ya cinco años en la misión.

Los primeros años, cuando estaba adquiriendo mis primeras nociones del idioma chino, me resultaba desesperante tener que expresarme como una bebé, o en el mejor de los casos como una chiquilla. Por la formación que había recibido valoraba mucho poder expresarme en lenguaje florido. Pero pronto descubrí que hasta esa sencillez forzada resultó ser un ejercicio espiritual. No tenía más remedio que reducir mis ideas a lo más esencial, lo que me obligaba a pensar con más claridad. No podía ser imprecisa. Aprendí que, si no se tiene mucho vocabulario, se puede expresar mucho con una mirada, un toque o una sonrisa.

En la casa de la misión éramos siete: La-Ong, Kai Sun y yo. Kai Sun era un hombre robusto, un evangelista consagrado de la vecina región montañesa. Tet Lo, un cristiano nativo de las tribus montañosas de Birmania que rodeaban nuestra región y que nos ayudaba con las tareas de cocina y el trabajo físico de la casa de misión. Había además una pareja de británicos, Everett y Florencia Richardson, y su hijita Sara. Aunque con el correr de los años esa ciudad montañesa había recibido la visita de numerosos grupos exploratorios, nunca, hasta entonces, había tenido un puesto misionero.

La-Ong y yo saltamos de la dicha cuando por fin se aceptó que nos incorporáramos a

ese puesto misionero. Tener mujeres y niños en un sitio tan alejado era a todas luces un experimento, pero nos encantó formar parte de ello. El día que equipamos con provisiones la casa flotante y emprendimos el largo viaje fue uno de enorme regocijo. Yo nunca había hecho un viaje tan largo por el interior de China: tres días de recorrido. Tras cada kilómetro aumentaba mi amor por el país.

En la China los ríos son la esencia de la vida, el centro de toda actividad. Se los utiliza para transporte, para comunicación, para regadío y para agua potable. De alguna manera están relacionados con casi todas las necesidades de la gente. Mirando las distintas ocupaciones que se realizaban en las riberas aprendí mucho sobre la China durante aquel hermoso viaje en bote.

Luego emprendimos el ascenso a las montañas, para lo cual alquilamos un tren de mulas. Las bestias de patas firmes trepaban lentamente por senderos lodosos. Serpenteaban por sitios de vegetación tupida, pasaban por aldeas y pueblos camino a las regiones altas. Los montes como tapices ondulantes de color esmeralda se elevaban hasta convertirse en gigantes escarpados de granito que dominaban el paisaje. Me sentía tan pequeña y al mismo tiempo tan cerca de Dios. Él me había llamado a aquel lugar. Lo sabía con toda certeza. ¡Lo palpaba! Cada paso que hasta entonces había dado en mi vida conducía a ese punto y había tenido por objeto llevarme hasta ese lugar para que los habitantes de aquellas serranías conocieran a Jesús.

¡Garganta de Dragón Largo! Ése era el nombre del pueblo en que se había establecido nuestra misión. Por lo que apreciamos al principio, la situación era estúpida. El municipio quedaba en un sitio remoto en relación a las ciudades costeras; sin embargo, era un centro vital para el comercio que se realizaba en toda la región circundante. Sus senderos se dispersaban como radios formando encrucijadas con todas las zonas tribales de la montaña. *Garganta de Dragón Largo* era la última parada antes de llegar a los pueblos situados a orillas de los ríos, pueblos que la gente de montaña evitaba por lo general, ya que detestaba el control estricto de las ciudades.

Al predicar a los pobladores montañeses que pasaban por ese municipio en viaje de negocios y demás asuntos provinciales, lograríamos lo mismo —o más—, que si

enviáramos docenas de grupos a pueblos más grandes del valle, en donde los viajeros eran pocos. Teníamos la esperanza de que se convertirían al cristianismo las personas a quienes entregáramos el Evangelio, y que ellas a su vez, evangelizarían a los que podíamos llegar, a los pobladores de las tribus que vivían en las montañas circundantes.

Los cinco meses que siguieron, los siete vivimos en la misión de *Garganta de Dragón Largo* y trabajamos unidos como una familia. Por las tardes, pasábamos horas alrededor del fuego conversando y nos contamos gran parte de nuestra vida. Aunque mi amiga más íntima, La-Ong, era china, ésa fue la primera oportunidad que tuve de conocer de cerca y entender a cristianos chinos de las minorías tribales, como por ejemplo Kai Sun y Tet Lo. Sus vidas me parecían fascinantes y con frecuencia me maravillaba al advertir la pureza de su fe. Estaban decididos a hacer llegar el Evangelio a su gente por todos los medios a su alcance.

La primera vez que observé predicar a Kai Sun fue en un mercado. Aquel era el sitio acostumbrado para el intercambio de ideas, ya que los mercados servían como centros de entretenimiento vecinal. Todo se encontraba allí: tabernas, restaurantes, juzgados de asuntos menores, además de consultorios dentales y médicos. Kai Sun estaba aprendiendo de Everett Richardson, el hermano mayor de la misión. Los otros puestos misioneros habían tenido gran éxito enviando grupos de cristianos chinos a diferentes regiones. Sabíamos que sería preciso que, a fin de que creciera, la iglesia autóctona iniciara la obra en el interior de China. Personas como Kai Sun eran la esperanza del futuro de la iglesia de China.

Había algo muy intenso en los rasgos de aquel joven. Su seriedad hacía que sus sonrisas fueran algo más cálido aún, como el sol que aparece entre las nubes. Para ser chino, era alto, lo cual no era común entre los montañeses del lugar, quienes tendían a ser robustos, pero de poca estatura.

Yo me hallaba entre las cestas de verduras, mientras La-Ong pagaba lo que necesitábamos para la cena. Kai Sun alzaba la voz con entusiasmo. Narraba la historia de la muerte de Jesús en la cruz a unos hombres que llegaron al pueblo para comerciar sal. El gentío escuchaba con atención; hacía muchas preguntas y su respuesta era entusiasta. Entonces, por entre las filas, un proyectil sibilante voló

directamente hacia el ardoroso evangelista.

¡Plaf! Un repollo podrido y pegajoso resbalaba por la mejilla y el pelo de Kai Sun. ¡La multitud rompió en risotadas! Entonces, algunos de los comerciantes de sal impusieron silencio. Todo mundo calló esperando a ver qué iba a decir o hacer el joven.

No sé cómo se las arregló, pero aunque el repollo le chorreaba por el rostro, Kai Sun conservaba un aire de tranquila dignidad. Se limpió con la manga los restos de la verdura podrida y continuó con calma el relato. Pese a que la lengua era diferente del dialecto costero que yo había aprendido, logré entender gran parte del mensaje:

—...Les decía que el Señor Jesús bajó a la tierra desde Su hogar en el Cielo para traernos excelentes nuevas a todos los hombres —continuó Kai Sun—. Sí... ¡a todos los hombres! Jesús da Su don de vida. Me lo da a mí, a ustedes, y hasta a usted amigo mío, le da ese precioso regalo —luego añadió asomándose por entre el gentío—: Me dirijo al joven con el chaleco marrón, que con tanta ansia procuró llamarme la atención: Jesús lo ama a usted y le ha demostrado amabilidad extrema. ¡Jesús entregó Su misma vida para que usted viviera eternamente!

Contemplaba aquello y advertí que el joven pícaro del gentío que había arrojado el repollo podrido se puso rojo de vergüenza, pues todas las miradas se volvieron hacia él. Esperaba un enfrentamiento airado con Kai Sun, pero la respuesta amable y el ofrecimiento de la Salvación fueron inesperados y desconcertantes. Habiéndose aplacado del todo su ira, el joven huyó rápidamente de la escena. La-Ong me contó después que Kai Sun buscó al muchacho, habló con él y le dio un ejemplar de un pasaje de las Escrituras en chino.

Poco tiempo después de establecer la casa misionera, empezaron a visitarnos muchas personas. Muchos venían por curiosidad, para ver cómo vivían los extranjeros. Los llevábamos en grandes grupos a recorrer nuestra residencia y se quedaban examinando con gran interés cada una de las habitaciones, cada parte del mobiliario y cada utensilio. Esa práctica era una fuente de diversión para las personas del pueblo, pero además servía para protegernos. Nuestra apertura demostraba que no teníamos nada que ocultar, no había secretos siniestros de los que nos pudieran acusar después.

Muchos chinos sentían temor por lo extranjero, y así para todos era un inmenso alivio comprobar que vivíamos, comíamos y nos vestíamos como ellos.

Con cada recorrido por la casa, sin embargo, nunca perdíamos la oportunidad de dar una pequeña charla sobre Jesús, una breve introducción sobre Quién es y las extraordinarias nuevas que Él nos había pedido que diéramos. Aquello tomaba por sorpresa a muchos de los habitantes del pueblo, cuyo único concepto de «dios» era una deidad temible cuya ira había que aplacar con rituales y ofrendas. Por lo general, tratábamos de finalizar los recorridos con un himno cantado en chino, mientras nos reuníamos alrededor del órgano. Yo bombeaba vigorosamente mientras Florencia, la esposa de Everett, tocaba la música. Ella tenía la habilidad de cautivar al público. Escuchar música bella y su dulce voz siempre conmovía a la gente en gran medida. Sara —la bebita— también causaba sensación. Todos se quedaban fascinados con sus rizos rubios y sus primeras palabras, que pronunciaba, lógicamente, en chino, pues era el idioma que más se hablaba en la casa en que vivía.

En el momento de instalarnos en la casa de la misión ya había varias familias cristianas chinas que vivían en *Garganta de Dragón Largo*. Se convirtieron gracias a que otros cristianos que habían visitado la región anteriormente les llevaron el Evangelio. Fue a pedido de aquellos creyentes locales que finalmente se decidió hacer la prueba y abrir una casa de la misión permanente. Asimismo, planeábamos poner un colegio. También se esperaba que Florencia, La-Ong y yo pudiéramos evangelizar a las mujeres de allí, quienes nos parecían muy receptivas y abiertas a las visitas que les hacíamos en sus casas. Las mujeres de la región eran mucho más atrevidas que las de la costa y la cultura local nos parecía menos restrictiva.

Parte de las actividades de la misión eran las visitas a los pueblos circunvecinos. Everett Richardson se había quedado muy conmovido con la buena acogida que había dado recientemente el mandarín del municipio de *Ríos Gemelos* a la historia de la Salvación. *Ríos Gemelos* era la sede del gobierno local, quedaba a unos dos días de viaje montaña abajo. Pese a que el gobierno regional funcionaba desde *Ríos Gemelos*, aquel pueblo no se comparaba con el influjo de tráfico comercial proveniente de las montañas adyacentes que hacían de *Dragón Largo* un sitio mucho más conveniente para nuestra labor. Sin embargo, el interés del mandarín por nuestras actividades nos animó muchísimo, pues nos enteramos de que sólo gracias a

la opinión favorable de aquel hombre poderoso era que podíamos continuar nuestra obra abiertamente, y que, algo que revestía incluso más importancia, su amistad y amparo podrían facilitar mucho la difusión del Evangelio.

v

Everett y su esposa Florencia se habían marchado tres días antes con su pequeñita para realizar un viaje misionero montaña abajo y planeaban volver a *Ríos Gemelos*. Everett había ido muchas veces antes, pero ahora parecía prudente presentar a la esposa e hija a quienes le habían brindado su amistad. El mandarín, un caballero docto, miraba con buenos ojos al misionero y lo había invitado para que le hablara más de sus enseñanzas cristianas. Florencia, que tenía un carácter muy dócil y amigable, siempre caía muy bien a las señoras chinas. Hablaba el idioma con soltura —era hija de misioneros— y alternaba bien con ellas. Everett tenía la esperanza de que al presentar a su esposa y pequeña hija, se abriría una puerta para predicar el Evangelio a las esposas del mandarín, quienes también ejercían considerable influencia en la **prefectura**.

Ahora todos temblábamos por su seguridad.

SE AMOTINAN LAS GENTES

Aquellos pensamientos me asaltaban mientras La-Ong y yo nos hallábamos sentadas en el *kang*. La necesidad de huir se cernía sobre nosotros. Pero... ¿y los demás? Mentalmente repasé los sucesos que habían desembocado en la situación peligrosa en que nos encontrábamos.

El plan había sido que Kai Sun acompañara a los Richardson hasta el río. Tet Lo, nuestro fiel cocinero, iba a encontrarse con Kai Sun en el primer pueblo montaños en el camino y debían regresar juntos con provisiones de mijo y otros granos. Mientras tanto La-Ong y yo nos quedábamos en casa, ocupadas con la limpieza —que buena falta hacía—, y de secar una buena cantidad de verduras que habíamos comprado durante la cosecha de otoño, a fin de que nos durara durante el próximo invierno.

Habíamos esperado que Kai Sun y Tet Lo regresaran a casa dos noches antes, pero no habían vuelto, algo inusitado. Al segundo día, como no habíamos recibido noticias de ninguno, La-Ong decidió salir para averiguar en el mercado. No habíamos salido de

nuestra misión después de su partida porque habíamos estado muy ocupadas con los quehaceres domésticos.

Momentos antes de que La-Ong saliera, nos sorprendió mucho oír unos golpes fuertes en la puerta principal. Nos precipitamos a la entrada y miramos al exterior. Frente al umbral había una enorme pila de piedras, además de terrones de tierra y otros escombros. Era claro que habían sido arrojados al frente de nuestra casa.

—¿Quién podría haber hecho algo así! —exclamó La-Ong.
—¿Será que algunos niños nos quieren molestar? —sugerí.

Sin embargo, nos parecía extraño, pues no habíamos tenido problemas con los niños del pueblo hasta ese momento. Nos habían tratado con mucha hospitalidad.

La-Ong salió al patio y echó una mirada a la entrada. Negó lentamente con la cabeza.
—No es obra de niños —murmuró.

Me quedé mirando la puerta. La pila era un espectáculo horrendo; estaba manchada con sangre de animal y con la palabra «diablo» escrita en chino.

—¿Te parece que firmó con su nombre? —, dije nerviosamente en tono de broma, tratando de tomarme la situación a la ligera.

—Tal vez nos esperan problemas —repuso La-Ong mirándome seriamente—. Creo que deberías quedarte aquí mientras voy al mercado para ver si me entero de alguna novedad sobre el Sr. y la Sra. Richardson, o de Kai Sun y Tet Lo. No abras la puerta a nadie, a menos que golpee según acordamos para las épocas de emergencia.

Los años anteriores, los hogares de nuestra misión habían hecho preparativos para casos de emergencia y elaboramos planes alternativos. Se me puso la piel de gallina en los brazos, pues me percaté de que lo decía en serio.

Puse el pestillo a la puerta después de que La-Ong salió y traté de ocuparme de los quehaceres que faltaba terminar. No habían pasado quince minutos cuando escuché otros golpes en la puerta principal.

—Debe de haber olvidado algo—, pensé.

Olvidando la advertencia de La-Ong corrí a abrir la puerta. Al instante de hacerlo, me arrepentí. Allí, en el umbral, se hallaba un hombre muy alto, muy musculoso y muy borracho. Llevaba un gran mazo y me miraba amenazadoramente.

—¡No necesitamos diablos extranjeros aquí! —farfulló en medio de su confusión y borrachera—. ¡El mandarín tiene suficientes perros!

Escupió en el piso, y se quedó mirándome. Esperé... estaba tensa... Me preguntaba qué más iba a hacer. No me pareció que podría cerrar la puerta —que era bastante pesada y difícil de manejar—, con suficiente rapidez para impedirle que entrara a la fuerza. No había nadie más y sabía que estaba en sus manos.

—Jesús, ayúdame —recé con un suspiro, mientras el siniestro hombre y yo nos quedamos mirándonos cara a cara... Los momentos parecieron horas... Entonces, de repente, se dio la vuelta y se fue, ¡así como así! El corazón me latía con celeridad... Cerré rápidamente la pesada puerta y puse el pestillo.

—Señor, ¡perdóname por abrir la puerta sin esperar el llamado indicado! Es que no estaba pensando. Ayúdame a seguirte a Ti en todo lo que haga. Gracias por librarme, Señor —recé—. Por favor, protege a La-Ong y a los demás. Líbranos del mal, ¡en el Nombre de Jesús!

Entre tanto, La-Ong recorría las calles y se sorprendía del ambiente callado que reinaba en el mercado habitualmente bullicioso. ¿Dónde estaban todos? Había unos pocos vendedores que se demoraban en sus puestos, pero casi todos los negocios estaban entablados, cerrados por el día. ¡Algo malo pasaba! La-Ong se dirigió a varios comerciantes de la zona rezagados que siempre eran los primeros en enterarse de las noticias, y se quedó extrañada por el recibimiento hosco que le dieron al mencionar a los hermanos misioneros. Algunos se quedaron mirándola con frialdad. Otros la abuchearon y se apartaron. ¿Qué podía haber causado que la recibieran así?

Por fin, una anciana la llevó aparte adentro de la semiprivacidad de un puesto de

madera del mercado.

—No deberías hablar tan alto de los extranjeros —susurró. Era evidente que la señora no reconocía a La-Ong como integrante de la misión—. ¡La sola mención de ellos podría acarrearle una maldición! Nos equivocamos al permitir que se mudaran aquí. Nos llegaron informes de los comerciantes que vienen de *Ríos Gemelos* —entrecerró los ojos mientras añadía con desaprobación—: ¡Los diablos blancos extranjeros están robando niños y los matan! Los usan para fabricar su remedio. El doctor extranjero que va a *Ríos Gemelos* dos veces por año vende el remedio a la gente. ¡Y ahora está buscando muchos niños chinos! ¡Son malvados!

La anciana parecía disfrutar viendo los ojos sorprendidos de La-Ong, al resultarle evidente que había encontrado a alguien que no sabía nada de los últimos chismes. La-Ong sabía que la señora se refería al médico de la misión y a sus ayudantes, quienes visitaban cada seis meses las provincias occidentales desde las ciudades del llano y curaban a los enfermos y predicaban el Evangelio.

—Pero no te preocupes. Pagarán por sus malas acciones —continuó la anciana, sosteniéndole la mano—. La gente buena de *Ríos Gemelos* ya ha echado a las autoridades que toleraban esas obras malignas. ¡Ya han logrado matar a varios de los diablos extranjeros antes de que causen un daño aún mayor!

La-Ong se llevó la mano a la boca. ¡Ése era el pueblo al que habían ido los Richardson!

—¡No, no! ¡Lo que dices no es cierto! —exclamó La-Ong y se soltó de la mano sucia de la mujer. Sabía que tenía que llegar a casa lo antes posible.

—¡No tengas nada que ver con ellos! —gritó la vieja vendedora, mientras La-Ong huía por el camino desolado del mercado.

Sin aliento, llegó por casualidad a un patio. Conocía bien el lugar. Allí se reunían, por lo general, pequeños grupos de hombres que se sentaban a conversar de todo lo que se les ocurriera, mientras bebían un licor fermentado de mijo que era muy popular en las regiones montañosas. Pero lo que vio entonces la hizo detenerse bruscamente. Se

quedó boquiabierta del susto. En lugar de la tranquila reunión habitual, se encontró con un gentío enardecido. En la calle había estandartes rojos que rezaban: «¡Los perros extranjeros traen opio!»

¡Daba la impresión de que se hallaba reunida la mitad del pueblo! Todos escuchaban de pie y con atención a un hombre subido a un barril que se dirigía a la multitud con vehemencia. Por su vestimenta, La-Ong dedujo que no era de *Garganta de Dragón Largo*, y tal vez ni siquiera de *Ríos Gemelos*, sino más bien parecía un agitador de afuera que venía a sembrar temor y pánico entre los pobladores. A su lado había grandes estandartes de papel pegados a las paredes del puesto que mostraban feos occidentales con rasgos grotescos, clavando estacas en el corazón de los chinos.

—Escúchenme bien —gritaba el hombre, mientras entrecerraba los ojillos como de ratón—, ¡no debemos tolerar esos actos malvados en ningún pueblo! ¡Está en juego la vida de nuestras mujeres y niños!

La-Ong veía las expresiones confundidas y preocupadas en el rostro de la gente que estaba a su lado. No había duda de que aquellas personas creían las mentiras. De repente, un cómplice del rufián que hablaba se puso rápidamente al frente del gentío llevando una antorcha encendida. Con horror, La-Ong vio que encendía un monigote —un muñeco relleno— que representaba a un extranjero y que colgaba de una cuerda sostenida en algún andamiaje. El muñeco quedó envuelto en llamas. La-Ong huyó de la multitud que, furiosa, estallaba en vítores. Por lo visto, la gente se ponía frenética por el temor.

—Señor, ¡maldice a ese diablo mentiroso! —rezó.

El temor era contagioso, como cualquier otra enfermedad. Ella sabía que aquellos hombres malvados con sus palabras distorsionadas podrían manipular fácilmente a la gente crédula. Como el anochecer llegaría al poco rato, se apresuró para llegar a casa y encontrarme. Su ánimo se hundía a la par que el sol.

—Jesús, ¡oriéntanos y guíanos en estos tiempos de oscuridad! —rogó entonces—. Ayúdame a proteger a Lu Yisi de esos agitadores, ¡en el Nombre de Jesús!

RODEADOS

¡Toc, toc! ¡Toc, toc, toc! La-Ong y yo estábamos sentadas en silencio y tomadas de las manos, orábamos para que Dios nos indicara qué debíamos hacer a continuación, cuando nuestros pensamientos fueron interrumpidos de nuevo por el sonido de pisadas rápidas en las losas del patio, seguidos del golpe que era la contraseña.

Corrimos a abrir. Levantamos con esfuerzo la viga pesada que atrancaba la puerta. Miramos hacia la oscura entrada y nos quedamos boquiabiertas por lo que vimos.

Kai Sun estaba apoyado contra el portal. Su rostro anguloso y oscuro estaba manchado de sangre seca; llevaba un vendaje improvisado en la frente. Dado que normalmente era muy pulcro en su apariencia personal, se lo veía extraño con el pelo negro apelotonado con tierra y su vestimenta que evidenciaba señales de una pelea.

—¡Rápido! —susurró, pues nos quedamos mirándolo asombradas.

Recuperadas del asombro arrojamos a Kai Sun y lo metimos a la casa; y después entró Tet Lo. Aunque Tet Lo había tenido más suerte que Kai Sun en el enfrentamiento, resultaba obvio que ambos se habían encontrado con el peligro hacía poco.

Nos apresuramos a llevar a los hombres al *kang*. Les dimos agua y les pusimos vendajes limpios. Al revisarlo mejor vimos que la herida de Kai Sun no era tan mala como nos pareció a primera vista, pues las heridas en la cabeza sangran abundantemente.

Mientras le sostenía la cabeza en las manos y le inspeccionaba los cortes, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasó, hermanos míos? —imploré que me respondieran.

—No tenemos mucho tiempo —nos advirtió Tet Lo.

—Hermano, te ruego que les cuentes rápidamente lo que pasa, mientras empaco provisiones para el viaje, ¡pues debemos irnos ahora mismo!

Tet Lo corrió hacia las bodegas que quedaban atrás de la casa.

—Tiene razón —respondió Kai Sun, mirándonos con tristeza—. El peligro es grande. Los enemigos del mandarín han difundido mentiras malvadas. Hay una epidemia de fiebre tifoidea en los pueblos ribereños y culpan de ello a la presencia de los extranjeros; dicen que han traído un maleficio. Algunos afirman que la enfermedad es consecuencia del remedio que distribuyó el médico misionero en su última visita. Dado que él volverá el próximo mes, de lo único que se habla en los mercados es de que los extranjeros roban niños para dárselos al doctor cuando venga.

—¡No pueden creer algo semejante! —exclamé—. ¡Nos conocen! ¡Caminamos junto a ellos! Desde que llegamos abrimos nuestras puertas a todos.

—Lu Yisi, están atemorizados, se han vuelto locos de miedo —Kai Sun colocó la mano en mi hombro tembloroso—. Si matan, pensarán que lo hacen para protegerse ellos y a sus familias de un gran mal. Desafortunadamente, ahora piensan que tú y los que estamos contigo somos malos. Por supuesto, no todos creen eso, pero con unos pocos basta para crear muchos disturbios. Estamos en manos de Dios, no obstante, nuestro Señor nos aconsejó: «Si os persiguen en una ciudad, huid a otra».

En ese momento, nos distrajo el sonido de vidrios que se rompían: era una lámpara que alguien había arrojado por encima de la pared hacia nuestro patio en donde todavía se estaba secando el heno fresco para los animales. Tet Lo volvió corriendo.

—¡No teman! Dios está con nosotros —dijo nuestro fiel cocinero—. A toda prisa subió por la escalera hasta el desván en donde había una ventanita que daba al patio, desde allí pudo ver las llamas que comenzaban a propagarse abajo. Afortunadamente, el heno estaba bastante lejos de la casa, por lo que el edificio no corría peligro de inmediato. Podíamos, sin embargo, escuchar que se empezaba a reunir un tropel de gente afuera del portón principal y del muro de la casa.

—No tenemos mucho tiempo! —nos gritó desde arriba.

En ese momento La-Ong regresó de la cocina con una lámpara cubierta de hollín y se arrodilló a mi lado.

—Lu Yisi —dijo con voz queda—debo volverte todavía más china. A partir de ahora tu aspecto exterior se verá como tu corazón: serás igual a nosotros.

Con rapidez tomó la lámpara cubierta de hollín. Mezcló el hollín con aceite y otro polvo en un pequeño tazón y añadió:

—Todas las mujeres conocen este truco para ocultar el cabello cano. En tu caso, lo ocultaremos todo.

Antes de que pudiera oponerme, me había untado todo el cabello con esa pasta negra, hasta que cada mechón y raíz era de un color negro como el ébano. Luego, tomó la cabellera oleosa, que era mucho más ondulada que el pelo de la mujer china normal, y la trenzó de manera apretada, entrelazando un cordón rojo brillante como adorno. Reconocí el estilo: así se peinaban los que vivían en las tierras altas, que hablaban y se comportaban de modo distinto al de los montañeses de la región donde vivíamos. Los había visto cuando venían de las zonas heladas de las nieves perpetuas para cambiar pieles de animales y hierbas de la montaña. La mayoría de los vecinos los despreciaba por considerarlos ignorantes, atrasados y poco menos que limpios.

—Pero, La-Ong, ¿por qué me arreglas el pelo como la gente de las altas montañas? ¿No sería mejor que me viera como los de este pueblo para no parecer tan extraña y diferente? —pregunté.

—Lu Yisi —repuso—debes ocultarte. Los que te conocemos sabemos que interiormente eres como nosotros. No obstante, los que te odian se fijarán en la apariencia. Aunque tengas el pelo negro, sabrán que no eres del pueblo de *Garganta de Dragón Largo*, ni una persona del llano. Advertirán, por tus expresiones o ademanes, que no eres de esta región. Por eso te he arreglado como una extranjera, pero no una occidental, de manera que no te traicionen los gestos o palabras o movimientos insignificantes. La gente pensará que así son los de las altas montañas, a quienes no conocen bien.

Después, La-Ong me untó la cara con una buena cantidad de tierra del piso.

—Frótatela en la piel... así... que no se vea más la piel blanca... Ahora debes

ponerte otra ropa.

De entre una pila de cestas sacó un vestido negro con un delantal rayado que con seguridad había tenido mucho uso y alguna vez había sido bonito.

—Esto lo conseguí hoy de una muchacha del mercado, después de que me enteré de los disturbios —explicó—. La joven estaba ansiosa por cambiarlo por mi chal nuevo y pensó que había logrado una ganga. Pero si te salva la vida, entonces yo hice un mejor negocio.

Para dar el toque final, me colocó en el cuello unas cuentas de arcilla pintadas de manera rústica y un adorno que me colgaba sobre la frente con el fin de distraer la atención de mis ojos color gris claro. La-Ong dedicó después unos momentos vitales a explicarme cómo agacharme correctamente, cómo escupir y descansar con la cabeza apoyada en los brazos, de forma de parecer en todo una campesina, y al mismo tiempo esconder con toda tranquilidad la totalidad del rostro. También me enseñó cómo cargar una cesta en la espalda con una cinta puesta en la frente a la usanza de la gente que vive en las montañas lejanas, en vez de llevarla como los del pueblo que se ponían un palo encima de los hombros. Como atontada, yo trataba de asimilar lo máximo posible. Todo ocurría con mucha rapidez.

—¡Señor, ayúdame a recordar esto! —recé.

Aún así, no veía cómo íbamos a escapar, con la turba enfurecida esperando afuera de la puerta, aunque yo llevara puesto aquel disfraz.

¡Cataplún! Horrorizados nos dimos la vuelta, y vimos que había sido derribado el portón del muro del jardín que momentos antes cerraron con llave Kai Sun y Tet Lo. Oíamos ya los golpes de puños en la puerta. Tet Lo y Kai Sun corrieron a reunirse con La-Ong y conmigo.

De repente, el ungimiento cayó sobre Tet Lo, nuestro querido y siempre fiel compañero. Aunque por lo general era un hombre manso, en ese momento nos habló con tanta autoridad de mando que ninguno de nosotros pensó en cuestionarlo.

—Kai Sun, lleva a Lu Yisi al heno que está en el desván. No hagan ruido. ¡Quédate con ella y protégela! ¡No bajen, pase lo que pase! ¿Me entienden? —preguntó mientras ponía una cosa envuelta en las manos de Kai Sun.

—Lo haré, hermano —asintió Kai Sun mientras miraba con gran pena a Tet Lo y me arrastraba hacia la escalerilla.

—La-Ong! —grité, estirando la mano hacia mi amiga—. ¡Acompáñanos!

Ella se quedó al pie de la escalerilla y con serenidad respondió:

—No, hermana mía—. Debo quedarme aquí abajo. Ayudaré a Tet Lo.

—Sí, Lu Yisi —agregó Tet Lo—. Ve rápido antes que pongas en peligro a Kai Sun.

Callé al oír esas palabras. Dejé que me llevara al desván, en donde nos acurrucamos agachados detrás del grano almacenado cerca de otra gran pila de heno guardada en un rincón.

Lo que escuché abajo, pese al tumulto de afuera, lo recordaré siempre. Escuché voces de paz en medio de una tormenta desatada... voces de héroes... palabras de mártires. Escuché la plegaria de fe de mis amados hermanos Tet Lo y La-Ong, que, de rodillas, se encomendaban a nuestro bienamado Salvador en oración:

«Señor Jesús, nos has llamado a ser siervos Tuyos, a que tomemos nuestra cruz y te sigamos. ¡Gracias, Jesús, por este honor! Nos ponemos en Tus manos. Nos has dado este momento, nos has traído a este sitio y hemos procedido conforme a Tu voluntad. ¡No nos dejes, Señor! Prometiste que estarías con nosotros, aunque anduviéramos en valle de sombra de muerte. Jesús, ¡hágase Tu voluntad! Amén.»

Al término de aquella oración, comenzaron a cantar en voz baja un himno, mientras la puerta se abría violentamente.

LIBERACIÓN

—Un poco más adelante, avanza un poquito más —me instaba Kai Sun—.

Sólo hay que llegar hasta ese cerro, y entonces podremos descansar.

Los pies me pesaban como plomo al caminar penosamente cuesta arriba... Respiraba con dificultad... Habíamos pasado la mayor parte de la noche viajando, avanzando con lentitud. Kai Sun no había querido que nos detuviéramos y descansáramos tan cerca de *Garganta de Dragón Largo*. Gracias a Dios, la luna llena nos alumbraba y podíamos distinguir mucho del paisaje que nos rodeaba. No nos atrevíamos a andar por los senderos. Así pues, subíamos lentamente por la vegetación espesa y áspera de la ladera montañosa que nos rasgaba la ropa y nos arañaba el rostro. Agradecida, miré hacia adelante y vi que el follaje en la cima del cerro era menos denso. Estaba agradecida por la subida escarpada, pues no me dejaba pensar. Los sucesos de las pocas horas anteriores todavía estaban presentes y con vívido dolor. No quería hablar, ni siquiera pensar en ello, pues la tristeza me embargaría. Necesitaba tiempo a fin de orar y comprender todo lo que había pasado, por eso seguíamos caminando en silencio. Kai Sun parecía comprender esa necesidad, y sólo hablaba de vez en cuando para animarme a seguir.

Llegamos a la cumbre en el momento en que el sol coronaba las montañas lejanas. La aurora era gloriosa... colores sonrosados se arremolinaban en las nubes bajas... Me sentía un tanto sorprendida de que el sol se asomara y el alba se viese radiante, como si ignorara el caos en que se había sumido mi mundo.

Al llegar a la cima nos dejamos caer detrás de un lecho de roca firme; atrás de ella se hallaba una pequeña cueva que nos protegió de los elementos. Tenía los labios secos y despellejados por la falta de agua durante la subida. No habíamos tenido tiempo de llevar agua con nosotros; pero Kai Sun sí logró tomar el costal que Tet Lo preparó a toda prisa. En el costal había un poco de cebada tostada, una ollita, una taza, un cuchillo con vaina, una cobija rústica, una Biblia y un paquetito con dinero; aquellos eran todos nuestros bienes terrenales. Al recostarnos, nos venció el extremo cansancio físico y mental y nos dormimos de inmediato. Al cabo de varias horas, ya menos agotada, me desperté con el cuerpo dolorido. Me asaltaron pensamientos conflictivos. Me esforcé por comprender todo lo ocurrido.

Repasé mentalmente la escena que acabábamos de vivir, aunque todavía parecía un sueño, o parte de una obra teatral, más que la vida real:

Al abalanzarse la turba en la casa, Tet Lo había dado un paso adelante. Escuché que hablaba con calma, implorándoles que fueran razonables. Les preguntó dónde estaba la prueba de los crímenes de que se acusaba a los misioneros occidentales. La turba,

no obstante, estaba fuera de sí, dominada por el miedo y la ira.

—¿Dónde están los diablos extranjeros? ¡Entrégalos o morirás! —gritaron. Escuché a La-Ong que hablaba apaciblemente al gentío. Su voz resonaba suave y clara como una campanilla, aunque no podía distinguir lo que decía. Luego, escuché que la golpeaban. Mi querida amiga no gritó. Permaneció firme y valiente hasta el fin.

¡Qué lucha interna libraba yo!, echada en el desván detrás del heno, escuchaba, mientras la turba furiosa se apoderaba de La-Ong. Las lágrimas me inundaron los ojos y no pude aguantarlo más. Intenté saltar y correr a rescatarla, pero Kai Sun me empujó hacia abajo y me retuvo con todo su peso, tapándome la boca firmemente con la mano mientras me resistía.

—¡Ora, Lu Yisi! —, me susurró con vehemencia al oído.

—Jesús, ¡ayúdalos! —supliqué—. ¡Te ruego que los ayudes! ¡Por favor, protégelos, Jesús!

Sollocé en silencio. Entonces, me sobrevino una calma inexplicable, y escuche la voz del Señor que me hablaba con claridad al corazón: «Kai Sun tiene razón. No debes ir con La-Ong. Quédate en donde estás. ¡Yo estoy con ella!»

De inmediato dejé de resistirme. Comprendí lo inútil que sería correr a salvar a La-Ong. No podría hacer nada. Además, el Señor había dicho que estaba con ella... De golpe, entendí que se la llevaría al Cielo... En ese instante, una ola de increíble paz me invadió y vi mentalmente a La-Ong. Su cuerpo encogido yacía a los pies de los hombres desaforados que la atacaban. Mientras continuaban con sus patadas y golpes desenfrenados, de repente ante mis ojos se presentó la más magnífica escena. Vi una silueta delgada y plateada que emergía de los restos penosos de su cuerpo terrenal. ¡Era La-Ong! Su rostro resplandecía sonriente, mientras su espíritu dejaba el cuerpo. ¡Se veía radiante! Como se hallaba erguida, su cabello largo se mecía libremente, ondulando como si lo moviese un viento suave. Su vestimenta se transformó, ¡el lienzo rústico hecho en casa se convirtió en un atavío centelleante y blanco, que relucía como las estrellas! La vi extender la mano para tomar la de Tet Lo, y al dejar también él su cuerpo golpeado, una mirada de gozo le iluminó el rostro. Luego, ambos flotaron hacia el Cielo, con los brazos extendidos, sin mirar ni una sola vez

hacia atrás.

Nunca los había visto tan felices, ¡tan libres! Habían escapado de la forma más hermosa posible, ¡de las garras de nuestros enemigos pasaron a los brazos del Salvador! Sentí una felicidad abrumadora por los dos. ¡La muerte se volvió una victoria! Con todo, al mismo tiempo me afligía la triste realidad de que ya no vería a mi queridísima amiga en este mundo. Me dolía el corazón de la pena.

Sin embargo, dejé de lado mi dolor temporalmente al percatarme de que nuestra vida corría mayor peligro que nunca. De repente, nuestro refugio se llenó de un denso humo negro que provenía del piso de abajo: ¡la casa se estaba incendiando!

Por lo visto, la turba de afuera, desorganizada del todo, había prendido fuego al edificio exterior durante el ataque de sus compañeros. En última instancia, aquello obró en beneficio nuestro, ya que de lo contrario los malvados, con toda seguridad, habrían registrado el desván y nos habrían encontrado. Ahora, los gases negros y espesos llenaban la planta baja de la casa y los amotinados salieron de la casa hacia el patio. No podíamos perder un momento.

—¡Vigilen las puertas y las ventanas! Si hay alguien adentro, ¡no lo dejen escapar! — gritó una voz autoritaria.

¿Adónde podríamos escapar? Pensaba a toda velocidad, tratando de saber qué hacer.

—Jesús, ¡ayúdanos a salir de aquí! —recé.

—¡El techo! —Kai Sun me avisó con un ademán, mientras se paraba en un barril de almacenaje y se estiraba para alcanzar unas vigas del cielo raso. Lanzándose desde el barril y valiéndose de brazos musculosos, logró asirse de las vigas y se elevó hasta tocarlas con el mentón, como si practicara flexiones de brazos en ellas. Luego, enroscó las piernas en las vigas y se echó de lado, esforzándose con vehemencia por soltar las tejas del techo de la casa. Éstas quedaban al lado opuesto a donde se encontraba reunida la turba. Por fin, después de varios minutos de labor febril, una cantidad de tejas sueltas cayeron ruidosamente al piso.

—¡Lánzame el saco, Lu Yisi! —pidió—.

Intenté lanzarlo con todas mis fuerzas, pero tuve que hacerlo varias veces. Por último, él se estiró hacia abajo y lo tomó, jalándolo por el agujero.

—Ahora, Lu Yisi, súbete al barril y tómame la mano —me ordenó. Con cautela, mantuve el equilibrio en el borde y me estiré para tomar su mano extendida; todavía faltaban unos sesenta centímetros.

—¡No puedo! —grité.

—¡Debes hacerlo! —me instó Kai Sun.

El desván se estaba llenando de un humo negro asfixiante. No tenía nada en qué apoyarme e impulsarme, y no había forma de alcanzarlo. Sabía que no podría alzarme sujetándome a la viga, como lo había hecho él.

—¡Salta lo más alto que puedas y yo te sujeto! —me gritó.

Yo sabía, sin embargo, que mi peso nos haría caer a los dos por el agujero, pues su posición en el borde era muy inestable y estaba estirándose hacia abajo para agarrarme.

—Jesús —rogué—, ¡debemos escapar! Tú nos has guardado hasta este momento. ¡Te ruego que nos indiques qué debemos hacer ahora!

De repente, visualicé el saco que acababa de arrojar a Kai Sun.

—¡Rápido! —grité—. ¡Busca en el saco algo que nos pueda servir!

Kai Sun rasgó el saco angustiosamente.

—¡La cobija! —exclamó asombrado.

Luego, ató con fuerza a su brazo un extremo de la tosca manta y me extendió el otro extremo.

Con ambas manos me agarré fuertemente a la cobija, mientras Kai Sun afirmaba las piernas en las tejas y me alzaba hacia el exterior, al aire fresco de la noche. Jadeando por el esfuerzo, nos echamos de espaldas al techo de tejas. ¿Qué debíamos hacer a continuación? Sentíamos el calor del fuego que se intensificaba debajo de nosotros, y el heno en el que nos habíamos echado también empezaba a incendiarse. Las tejas del techo debajo de nosotros se calentaban con rapidez.

—¡Allá! —señaló Kai Sun, indicándome con un ademán la parte del techo que cubría la bodega—. Esa parte no se puede ver fácilmente desde el frente ni la parte trasera de la casa. El patio lateral está lleno de espinos, por lo que espero que no haya nadie allí. ¡Tenemos que orar que nadie nos vea o estamos perdidos!

—¿S... saltar? —pregunté atemorizada. ¡El techo estaba a unos seis metros del suelo!

—«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» —replicó Kai Sun, mientras me llevaba de la mano.

—Oh, Jesús, ¡ayúdame! —rogué—. No me creo capaz de hacer algo así... Espera... ¡mira!

Le señalaba lo más increíble que tenía delante de mí: Allí, en el techo, delante de nosotros ¡había una escalerilla de bambú!

—¡Gracias, Jesús! ¡Te alabamos, Jesús!— Kai Sun jadeaba una y otra vez al arrastrar la escalerilla hasta el borde. Nos asomamos con cautela por un lado, y comprobamos

que lo que Kai Sun se había imaginado era cierto: Ningún pueblerino se había arriesgado a entrar en el patio lleno de espinos. Se habían quedado en el frente o en la parte trasera de la casa y parecía observar con atención el fuego creciente que consumía el resto del edificio. Con celeridad bajamos la escalerilla; gateamos por los peldaños tan velozmente que sin duda tuvimos ayuda sobrenatural. Entonces, como conejos que huyen del sabueso, nos lanzamos a los arbustos y corrimos hacia la oscuridad.

MI DIOS SUPLIRÁ

El sol de la mañana se había levantado por encima del horizonte cuando me desperté sobresaltada. No recordaba en qué momento me había quedado dormida de nuevo, después de pasar despierta tanto tiempo, recordando a intervalos la terrible experiencia. Miré a mi alrededor y me relajé, dándome cuenta de que estaba a salvo. Pero, ¿dónde estaba Kai Sun? Me puse de pie, estirando las piernas que todavía me dolían, y caminé lentamente hacia el borde de las rocas salientes. No lo veía por ninguna parte.

—¿Dónde estará? ¡Él no me dejaría! —me susurré a mí misma.

En ese momento el corazón me dio un vuelco. Vi a Kai Sun trepando por la saliente rocosa hacia nuestro refugio. ¡Qué alegría me dio ver su rostro! En un brazo acunaba algo de lo más agradable: ¡una vasija de agua límpida del manantial! Me sentí muy agradecida de que Dios me lo hubiera devuelto, de que estábamos a salvo y teníamos agua para beber. Me sentí mucho, mucho mejor que la noche anterior. De corazón elevé alabanzas a Jesús por los milagros que había obrado para ayudarnos y librarnos... Y... sí... aunque todavía sentía dolor por haber perdido a mis entrañables amigos, hasta agradecí al Señor el que hubiera librado a La-Ong y Tet Lo. Sabía que ya se encontraban con el Salvador.

Me sentí tan feliz de ver a Kai Sun que, cuando llegó a mi lado, espontáneamente lo abracé. Me miró escandalizado por mi repentina muestra de afecto, después sonrió con timidez y me dio la vasija del vital líquido. Bebí hasta saciarme y me sentí reanimada. Entonces, me di cuenta de lo hambrienta que estaba.

—¡Mira lo que tenemos para el desayuno! —me informó Kai Sun ansiosamente, metiendo la mano en el costal —. ¡Harina de cebada tostada! Siempre comíamos esto en mi pueblo, cuando yo era niño. ¡Es deliciosa!

Jamás había probado esa exquisitez, así que lo observé con curiosidad mientras él

echaba poco a poco una cantidad de harina en la única taza que teníamos y la mezclaba con agua hasta formar una pasta espesa.

—¡Prueba un poco! —me pidió entusiasmado, poniéndome la taza delante. Tomé un poquito con mis dedos mugrientos —en ese momento, el agua era un elemento demasiado valioso como para emplearlo en lavarme—, y me lo llevé a la boca. Aunque me moría de hambre, el sabor me pareció, en una palabra, repugnante.

Sonreí.

—Tiene un sabor... ¡extraordinario! —, comenté cortésmente.

—¡Sabía que te gustaría! —exclamó feliz Kai Sun. Después de agradecer al Señor por los alimentos, comió con ganas. Tomé pedacitos del cereal crudo y arenoso. Sabía que me hacía falta a fin de cobrar fuerzas para lo que nos esperaba. Así pues, me obligué a comer todo lo que pude. Miraba a Kai Sun por el rabillo del ojo; estaba feliz de que no había tenido que enfrentar sola aquel sufrimiento. Lágrimas de agradecimiento me llenaron los ojos. Rápidamente me las sequé y di vuelta la cabeza, pero ya me había visto Kai Sun.

—¡Lu Yisi! ¿Qué pasa? ...Entiendo... ¡ha sido una experiencia muy difícil! — señaló y luego, en gesto de comprensión se acercó para tomarme el brazo.

—No, no es eso, Kai Sun. Derramo lágrimas de agradecimiento. Gracias por arriesgar tu vida para salvar la mía, amigo mío. Estas lágrimas son de agradecimiento. Estoy muy agradecida con La-Ong y Tet Lo. Entregaron la vida por nosotros dos.

—«Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos»— puntualizó Kai Sun.

Luego, comencé a relatar a Kai Sun la visión que tuve en el desván, de La-Ong y Tet Lo, que se elevaban como un sol brillante hacia el Cielo. Kai Sun quedó boquiabierto.

—...¡Lu Yisi! —dijo sonriendo—, ¡yo vi lo mismo!—, y terminó de describir la escena, la misma que tuve.

—¡Gracias, Jesús! —exclamamos y lloramos hasta que nos quedó el rostro bañado en lágrimas. Entonces, nos arrodillamos y en oración nos desahogamos con Jesús. Le dimos gracias por librarnos y guiarnos a ese sitio de refugio.

¡Oh, cuánto alivio y liberación se siente al orar! ¡Qué poco nos valemos de ese

bálsamo portentoso que cura y confiere reposo y paz mental en los momentos de extrema opresión! Nos hizo bien unir nuestro corazón con Jesús. Después de alabarlo por guardarnos milagrosamente, le pedimos al Señor que nos guiara, pues debíamos decidir qué haríamos a continuación.

Cuando terminamos de orar, Kai Sun me miró.

—Lu Yisi, mientras orábamos tuve la impresión de que hoy debemos quedarnos aquí. Mas también tuve la marcada sensación de que debo dirigirme al sendero principal para ver si hay señales de los otros cristianos chinos de *Garganta de Dragón Largo*. No sabemos si han atacado a alguien más, o sólo a nuestra misión. Tal vez los demás precisen ayuda, o estén más enterados de dónde hay disturbios. Es posible que eso nos ayude a saber adónde dirigimos después, o adónde no ir.

—Me parece acertado —comenté, aunque temía quedarme sola en las montañas. Oramos con toda el alma para que Dios nos protegiera a los dos. Antes de darse la vuelta para marcharse, Kai Sun se volvió a mirarme.

—Eres una mujer muy valiente, Lu Yisi —señaló, mirándome fijamente. Me sonrojé y ello puso nervioso a Kai Sun. De repente me parecía más bien un joven inexperto que el adulto que era en realidad. No pude evitar sonreír a pesar de mi turbación.

—Gracias, amigo mío —le dije con toda la amabilidad que pude demostrar—, pero cualquier valentía que veas proviene de Dios, ¡pues mi corazón tiembla como una hoja!

—El valor no es la ausencia de temor; es el temor dominado con la ayuda de Dios —replicó seriamente Kai Sun. Luego, se dio la vuelta, y con celeridad bajó por el despeñadero rocoso, en aquel terreno inhóspito él era tan ágil como una cabra de montaña.

—*Para moverse con tanta agilidad, debe haberse criado en una montaña como esta* —, pensé al verlo alejarse.

V

El día transcurrió lenta y completamente en soledad. Encontré la Biblia en el paquete que habíamos traído, la tomé y la leí con avidez. Aunque todavía me costaba entender los caracteres chinos más complicados, conocía el texto bastante bien en inglés como para entender con facilidad lo que leía.

¡Cuántas fuerzas saqué de ese alimento espiritual! Procuré no manchar aquellas

preciosas páginas, pues mis manos, aunque me las había secado, seguían un poco sucias.

El sol ya se había perdido en el cielo para cuando Kai Sun volvió trayendo consigo otro paquete y una cesta.

—¿De dónde sacaste estas cosas! —pregunté con una exclamación y empecé a desenvolver el bulto.

Me quedé mirando lo que llamábamos «pan de montaña», un pan de mijo cocinado al vapor, además de camote horneado, frijoles secos tostados y una masa dura de olor fuerte; al verla, pregunté:

—¿Qué es esto?

—¡Queso de yak! —respondió, y por su expresión ávida me di cuenta de que lo apreciaba tanto como al cereal de harina de cebada tostada.

—¿Pero de dónde...? —pregunté, moviendo la cabeza sorprendida.

—Lu Yisi, ¡fue un milagro! —respondió con entusiasmo—. Gracias a Dios que escuchamos al Señor esta mañana y me indicó que esperara en el sendero. Como me lo reveló, ¡encontré a la mayoría de las familias cristianas de *Garganta de Dragón Largo* que se marchaban del pueblo!

Mientras conversábamos, los camotes horneados y el pan de mijo parecían invitarme a que me los comiera. Se me hacía agua la boca y Kai Sun lo notó.

—Ah, Lu Yisi, ¡no has comido desde que me fui! ¡Come, por favor! — al decirlo, tomó las mejores porciones y me las ofreció.

Comí con buen apetito mientras él me seguía contando lo que pasó:

—¡Gracias a Dios nadie más ha salido lastimado! Se enteraron de lo que nos pasó y otras familias cristianas que asistían a nuestras reuniones también han sido amenazadas. De todos modos, ¡el Señor las ha guardado! Pese a estos ataques del Diablo, todos prometieron seguir fieles a su fe. Han decidido abandonar el pueblo, en vez de quedarse y transigir en sus creencias «extranjeras», que en este momento los han hecho tan aborrecidos de los demás como si fueran extranjeros. Todos empacaron sus pertenencias, y cuando los vi, iban bajando camino a *Ríos Gemelos*. Esperé al costado del sendero, en los arbustos, y cuando los reconocí, salí de mi escondite y nos pusimos a conversar. ¡Se alegraron mucho de verme! Pero acordamos que no irían a *Ríos Gemelos* porque...

Al parecer, entonces Kai Sun dejó vagar sus pensamientos y se distrajo, ocupándose del paquete que había traído.

—Por favor, come algo más —me pidió, cambiando de tema.

—¿Qué pasa, Kai Sun? —pregunté, notando su distracción.

—Perdóname. Estoy muy cansado; ha sido un día muy largo —respondió disculpándose, y cambió de tema.

Sabía que era inútil intentar presionar a Kai Sun para que continuara la primera conversación, si él no tenía ganas. No puse atención a su cambio melancólico y repentino.

—En todo caso —comenté—, ¡Dios es tan bueno con nosotros! ¡Es un milagro que hayan salido ilesos! ¿Se irán las familias a los pueblitos de alrededor? Tal vez la violencia no ha llegado allá.

—Como lo sospechábamos, lo que nos ocurrió fue una maldad obra de gente de afuera, de agitadores provenientes del llano enviados a provocar motines en los municipios. Todos los cristianos tienen parientes en las montañas lejanas con quienes pueden quedarse por el momento. Quizá Dios quiere que de esa manera se lleve el Evangelio a lugares a los que ni siquiera habíamos intentado ir —precisó.

—Dios nos cuida a nosotros y a ellos, Kai Sun —señalé.

—Sí, y ¡mira! —comentó con alegría—, todo esto nos lo dieron nuestros hermanos cristianos. ¿Te das cuenta? ¡Somos ricos! —dijo bromeando, mientras alzaba nuestros «objetos de valor».

Aquello era cierto; nuestros escasos bienes habían aumentado. Me conmovía en gran medida lo sacrificados que eran los hermanos que nos dieron algo de lo poco que tenían. Ahora teníamos dos abrigos de piel de oveja, por los que estaba muy agradecida, ya que la noche se estaba poniendo más helada que la anterior y todavía no podíamos darnos el lujo de encender fuego por el peligro de que nos vieran. Kai Sun, asimismo, puso a la vista otra frazada, un odre de piel de oveja para el agua, una vasija de aceite, unos pedernales para encender fuego, unas hojas de té envueltas en papel, y una cesta en donde ponerlo todo. Además, nuestros queridos amigos le habían dado un poco de dinero para el viaje. ¡Que Dios los bendiga!

—Y... ¿qué haremos ahora? —pregunté.

—Esta noche descansaremos —contestó Kai Sun—. Mañana nos levantaremos muy temprano. Por lo que veo, la única forma de que te devuelva ilesa a la misión más cercana del llano es haciendo un desvío grande, cruzando las montañas más altas. La ruta más baja y directa es muy arriesgada, pues toda la zona está bajo el dominio del mandarín. Los que tratan de quitarle el poder, con seguridad, también estarán provocando los mismos disturbios en los pueblos de más abajo... Es muy arriesgado... ¿Estás dispuesta a venir conmigo a las montañas más altas, Lu Yisi?

Lo miré y sentí algo extraño, como un hormigueo, que sólo ahora puedo decir que debe haber sido un presentimiento o un aviso del Espíritu del Señor.

—¡Sí! —respondí con firmeza. Y habiendo arreglado ese asunto, extendimos las mantas en el suelo rocoso de nuestro refugio en la cima del despeñadero y al poco rato caímos en un sueño profundo y reparador.

KAI SUN

Pese a que no quería reconocerlo, estaba exhausta. Kai Sun —aunque siempre muy considerado en muchos detalles—, de modo incesante me impulsaba a continuar el viaje. Por nuestra seguridad, nos mantuvimos alejados del sendero principal; avanzábamos abriendo camino en medio del paisaje escarpado. Pensé que la intención de Kai Sun era protegerme, y preocupado por mi seguridad, quería alejarme de *Garganta de Dragón Largo* lo más pronto posible. Pero no estaba habituada a esa subida vigorosa. Al poco rato, me dolían las pantorrillas y los muslos; sentía dolor en músculos que antes ni siquiera sabía que existían. Aunque el primer día de caminata había logrado mantenerme al ritmo de Kai Sun, ahora resollaba y jadeaba, muy rezagada detrás de él. Hablábamos poco, pues para seguir necesitaba todo el aire.

Para colmo y, como era la tradición, yo debía cargar la cesta llena. Ninguna mujer montañesa que se preciara de serlo dejaría que el marido llevara la carga, ¡ése era trabajo de la mujer! Por eso, tratábamos de hacer que todo se viera lo más auténtico posible, por si acaso alguien nos veía. Arreglamos mi fardo de forma que pareciera lleno, inflándolo lo más que se podía con las cobijas delgadas. Sin duda me veía como la típica esposa montañesa, cargada con el cesto a la espalda y con la correa puesta en la frente, mientras Kai Sun cargaba la mayoría de nuestras provisiones de manera clandestina en un palo puesto sobre los hombros.

De vez en vez, nos deteníamos a comer y beber. Yo me esforzaba por mantener una actitud alegre y de alabanza, pero el ritmo que seguíamos me estaba consumiendo todas mis fuerzas.

Por la tarde, Kai Sun se preocupó, pues me vio cojeando. Los zapatos campesinos que llevaba no estaban hechos para aquella caminata forzada en un terreno escarpado; las suelas de corteza casi se habían desintegrado. Contemplando con seriedad mis pies inflamados y ampollados, Kai Sun meneó la cabeza y comenzó a desvestirse.

—Pero, ¿qué haces? —pregunté, sonrojándome con pudor mientras se quitaba el

abrigo y luego la camisa gruesa dejando al descubierto su pecho varonil. Antes que pudiera emitir palabra, comenzó a rasgar su camisa en tiras largas, después hábilmente envolvió los trozos como vendajes en mis zapatos y pies, improvisando de esa forma un par de botas que parecían vendas de momias.

—Kai Sun, ¡vas a congelarte! —exclamé. Se rió y se puso el abrigo.

—Estoy bien. Este abrigo es grueso. A ver... ¡camina!

La diferencia era enorme con todo ese envoltorio y caminé el resto del día con menos molestias.

El día siguiente, sin embargo, después de dormir sin descansar mucho porque me dolían las piernas y, de nuevo, por la falta del calor del fuego, me costaba bastante seguir. Con todo, Kai Sun, me instó a que me apurara, mientras comimos rápidamente y oramos por protección; luego seguimos subiendo la cuesta sin detenernos. Me dolía el cuerpo, y el cambio de altura comenzó a afectarme, respirar me costaba más.

Procuré entender y estar agradecida con Kai Sun por su interés en mi seguridad. Pese a ello, comencé a preguntarme si él se daba cuenta de que yo era mucho más débil que él. Cuando me quejaba de que no podía seguir más, descansábamos uno o dos minutos y luego él me forzaba a seguir adelante. ¡Parecía inflexible! Empecé a pensar que tal vez en realidad era un ogro que se complacía en mi sufrimiento.

—¡Jesús! —rogué—. *Ayúdame y dame fuerzas. Ayúdame a subir esta montaña. Y Señor, ¡más que nada te pido que me ayudes a entender a Kai Sun!*

Al ver que yo continuaba con gran dificultad, finalmente cedió y accedió a que nos arriesgáramos y volviéramos al sendero principal, ya que nos permitiría ir mucho más rápido. Llegué tambaleándome al camino liso y suspiré de alivio. Caminar por ese sendero bien transitado era mucho más fácil.

Habíamos caminado una distancia considerable cuando divisamos a otras personas que se acercaban. Kai Sun me informó que ello significaba que nos estábamos acercando a *Cerro de Pinos*, un pueblo importante que quedaba en el sendero al norte, en donde esperábamos encontrar provisiones y alojamiento.

No sabíamos muy bien qué hacer. No había forma de saber hasta dónde había llegado la violencia. Si la insurrección había abarcado a toda la zona, entonces era probable que un pueblo como *Cerro de Pinos* hubiera recibido las visitas de los agitadores.

En los senderos altos había poca vegetación en donde esconderse, aunque abundaban las rocas grandes. Después de pensarlo mucho, Kai Sun me indicó que me escondiera detrás de unas rocas cercanas y esperara mientras él fingía que comía y descansaba al

lado del camino.

Nos alegramos de ver que los viajeros apenas prestaron atención a Kai Sun, además de saludarlo con la cabeza. Era claro que estaban muy interesados en llegar al próximo pueblo antes del atardecer. Seguimos por el camino juntos, y después de un rato vimos a un viajero que se acercaba con una mula. Esta vez Kai Sun me indicó que siguiera por el camino, pero que no hablara y mantuviera la cabeza baja. Me sorprendió lo bien que funcionaba mi disfraz: el hombre ni me prestó atención, aunque se puso a hablar con Kai Sun sobre el estado del camino más adelante. Sabíamos que los pobladores de la región no estimaban mucho a las tribus de las montañas altas, y tal como habíamos esperado, me miró con desprecio como a una peregrina del camino, alguien poco importante.

Andar por el camino era mucho más fácil que andar a campo traviesa por la cuesta del monte. Comencé a creer que desde luego iba a poder llegar después de todo. Con más esperanzas, continuamos así varias horas. Esperaba con ansiedad llegar a *Cerro de Pinos*, y anhelaba encontrar refugio para pasar la noche y ¡comer nuestra primera comida caliente en días!

Por fin, llegamos a un recodo del camino en un risco alto, no muy lejos de los confines del pueblo. Cuando doblábamos el recodo, de golpe, sin aviso, nos encontramos cara a cara con un grupo de seis hombres, que deambulaban por el angosto camino y venían conversando de modo bullicioso.

De pronto, interrumpieron su animada charla y se pusieron en el medio del camino para espiarnos, mirándonos fijamente. Kai Sun, que se encontraba adelante de mí, captó lo que pasaba de un vistazo.

Entonces, presencié lo más extraño que he visto en la vida. El serio e impasible Kai Sun comenzó, de la forma más inesperada, ¡a cantar! Y además lo hizo a toda voz y de modo muy desentonado. Me quedé mirándolo boquiabierto.

«Las doncellas quieren cantar y bailar, ¡la brisa primaveral invita a amar!», canturreó, invitando a los demás hombres a cantar el estribillo con él. Ellos gruñeron y siguieron observando con desconfianza a ese viajero loco, no sabiendo qué pensar de él.

Entonces, Kai Sun se dirigió al grupo de hombres, e hizo movimientos exagerados, inclinándose varias veces como saludándolos. Riéndose y arrastrando las palabras, hizo un montón de payasadas. Se tropezó, luego se levantó, intentó pasar bamboleándose por donde estaban los hombres, pero lo detuvieron y le hablaron con dureza.

—¿Qué vienes a hacer a *Cerro de Pinos*?—, inquirieron con recelo. Kai Sun les habló alegremente, señalando con gestos el sendero y a mí. Todos dieron vuelta la cabeza para mirarme, y yo me quedé mirando hacia abajo, los ojos fijos en el piso, examinando cada brizna de la escasa hierba que había en el borde del camino.

La situación parecía tensa. De pronto, uno de los hombres dio unos cuantos trancos hasta mí y me habló en un dialecto extraño que yo no reconocía. Se me hizo un nudo en la garganta y no le contesté, sin atreverme a alzar la vista. ¿Qué debía hacer?

—¡*Jesús, ayúdame!*—Oré en silencio.

Me volvió a hablar, esta vez más enérgicamente, pero seguí con la mirada clavada en mis pies.

¡Y entonces lo sentí! Aquel golpe me dejó sin aliento, y caí al piso, viendo estrellitas que me envolvían la cabeza. Luego, me atreví a alzar los ojos para ver cuál de los villanos me había golpeado. Me quedé boquiabierta al ver quién estaba a mi lado con actitud amenazadora: ¡era Kai Sun!

Kai Sun se plantó entre los hombres y yo, impidiendo el paso y despotricando como un borracho.

—¡Eso te enseñará a contestar cuando un hombre se dirige a ti, campesina! —señaló, arrastrando las palabras y tambaleando delante de mí—. Esta estúpida montañesa va a aprender a tener modales y ¡yo voy a enseñárselos!

El grupo de hombres evidentemente se divertía con la escena de Kai Sun escarmentando a su ignorante esposa para que aprendiera las reglas de etiqueta, y lo vitorearon. Continuó con su recriminación verbal mientras yo yacía tendida en el piso ante él. Riendo, los hombres le dieron una palmada en la espalda y pasaron a mi lado para seguir su rumbo por el camino.

Kai Sun siguió gritándome hasta que los hombres quedaron muy lejos por el camino. En cuanto los vio que daban vuelta por un recodo alejado, me agarró de la mano y me sacó del camino pasando los peñascos, arrastrándome por una subida casi vertical hasta que estuvimos a salvo en una áspera saliente, fuera de la vista, bastante por debajo del transitado camino.

Yo estaba ante él sin poder decir palabra. Me sentía agotada, adolorida y llena de temor, y además ahora me sentía muy humillada. Allí me quedé mirando fijamente a Kai Sun y en mi interior se acumulaba más y más el enojo.

Aquella ira, sin embargo, se desvaneció al ver que Kai Sun se agachaba poco a poco y se arrodillaba delante de mí. Tocó mis pies con la cabeza según el ademán tradicional chino, y comprendí que aquel hombre fuerte estaba llorando. Me arrodillé

y le toqué el hombro.

—¡Perdóname! —dijo una y otra vez entre sollozos—. ¡Perdóname! Jamás te haría daño, ¡por nada del mundo!

Tardó un poco en calmarse. Entonces, me percaté de la inmensa presión que debía haber soportado Kai Sun al tener que velar por mi bienestar él solo, como lo había hecho desde nuestra huida.

—Kai Sun, estoy segura de que tenías muy buenos motivos para proceder como lo hiciste —le dije—. Confío en ti.

Pude ver que mis palabras significaban mucho para él.

—Con toda seguridad, por la vestimenta que llevaban, advertiste que eran residentes del municipio de *Cerro de Pinos*, hacia donde nos dirigíamos. Allí los hombres llevan sacos largos tejidos como ellos —prosiguió Kai Sun.

Era cierto que llevaban puestos unos sacos largos, pero yo no había notado nada. Todavía no estaba muy al tanto de cómo vestían las tribus de la montaña, pero la gente de la región podía percibir de un vistazo a los recién llegados.

—Cuando se acercaron a nosotros —continuó—, escuché que hablaban de que los disturbios que afectaban al mandarín habían llegado a su pueblo. Se reían y decían que los partidarios del mandarín habían recibido su merecido. Me di cuenta de que temían que los hubiera escuchado, por lo que puedo imaginarme con seguridad que no tenían buenas intenciones. Lu Yisi, no tuve tiempo de avisarte. Cuando me di cuenta de que eran agitadores, lo único que se me ocurrió fue fingirme borracho para que no pensarán que los había oído.

Comprendí, entonces, la pantomima repentina que había transformado a mi compañero habitualmente estoico en un borracho enloquecido.

—Eres un hombre muy inteligente — afirmé, sonriéndole con ternura.

—Lu Yisi —dijo Kai Sun, tomándome la mano— debes creerme. Jamás te golpearía por ningún motivo... Pero cuando ese hombre te habló, ¿entendiste lo que te dijo?

—No.

—Resulta que encontramos a alguien que sabía unas cuantas palabras del dialecto tribal de las montañas altas. Estás vestida de esa forma, como una campesina de las montañas altas. Él reconoció tu vestimenta, e intentó dirigirte unas pocas palabras. Si las cosas eran como aparentaban, tú habrías reaccionado de alguna forma cuando él te habló en tu propio dialecto. Te darás cuenta que no me quedó otra opción. Te golpeé porque tenía que hacerlo. Te llamé una esposa rebelde, que obstinadamente se negaba a contestar. Dije que acababa de cambiarte por dos buenas mulas, y que ya

me estabas haciendo la vida imposible. Les dije que habías intentado escaparte, y que iba a hacerte escarmentar si me dabas más problemas. Se lo creyeron y nos dejaron en paz.

Una vez más se arrodilló delante de mí.

—¡Te ruego que aceptes mis disculpas más sinceras! —Kai Sun alzó la mirada de súplica; si en mí quedaba algún vestigio de enojo, de inmediato fue sofocado. Es más, no pude evitar molestarlo un poquito.

—Sí, te perdonaré —le dije—. Sin embargo, todavía hay una cuestión que me molesta.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Kai Sun con seriedad.

—¡No entiendo cómo tuviste el descaro de decir que sólo valgo dos mulas! —exclamé con una seriedad fingida.

Kai Sun parpadeó al escuchar mi comentario. Noté que intentaba con todas sus fuerzas captar la forma de pensar femenina.

Sacamos mucho provecho de aquel encuentro con los hombres del camino. A mí me ayudó a comprender la presión que soportaba Kai Sun tratando de protegerme y llevarme a un sitio seguro. Kai Sun se percató de que tenía que ser el Señor quien me protegiera, y no sus propios esfuerzos. Aunque su rapidez mental nos había salvado en el camino, era evidente que el viaje no iba a ser fácil en absoluto. A fin de llegar a nuestro destino Dios debía intervenir para librar y proteger a Sus hijos en época de necesidad. Hasta el momento, Dios nos había librado, y era Su decisión el que continuara haciéndolo. Comprenderlo libró a Kai Sun del peso que sentía de tener que obligarme a continuar sin piedad hasta que estuviera a salvo, lo cual, por supuesto, también representó un inmenso alivio para mí.

Ese cambio de actitud en ambos nos llevó a unirnos todavía más que antes. Con lo que pasamos, aprendimos lo más valioso de todo: a acudir al Señor para cada cosa que hacíamos y confiar en que Él nos cuidaría. Hasta entonces, simplemente habíamos pensado que lo mejor era avanzar lo más rápido posible. No nos habíamos detenido a confirmar con oración si eso era lo que el Señor quería.

Por último, y de vital importancia, ¡comprendimos que nos encaminábamos hacia adonde no debíamos! Por lo visto, el municipio de *Cerro de Pinos* no era más seguro que el que acabábamos de dejar. Pero, ¿a dónde dirigirnos sin correr peligro?

Coincidimos en que debíamos orar y pedir a Dios que nos guiara.

UNA SALIDA

El día era húmedo y frío, pero yo tenía el rostro acalorado y enrojecido. Mientras caminábamos, con frecuencia me tropezaba y tenía que descansar. Una tos profunda se me había asentado en el pecho y estaba segura de que tenía fiebre. Con frecuencia, Kai Sun me echaba una mirada y se lo veía preocupado.

Las noches que pasamos durmiendo a la intemperie en ese clima helado, combinado con el agotamiento y la falta de costumbre al ejercicio de subir una cuesta tan abrupta habían cobrado su precio en mi salud. Ambos sabíamos que debíamos encontrar refugio pronto.

Después del encuentro con los hombres en las afueras del municipio de *Cerro de Pinos*, nos urgía saber adónde quería el Señor que fuésemos. Oramos juntos y nos sorprendió que ambos tuvimos la fuerte impresión de que debíamos volver a los municipios ribereños más allá de *Garganta de Dragón Largo*. Aquello nos parecía contrario a todo razonamiento natural. Los pueblos ribereños eran seguramente muy peligrosos para nosotros debido a los levantamientos y a la campaña xenófoba que se llevaba a cabo en esa región. Además, contradecía todo lo que el Señor nos había revelado antes, al decirnos que viajáramos por las montañas. No obstante, ambos deseábamos a toda costa hacer la voluntad de Dios y sentíamos intensamente que en ese momento era ésa, aunque no entendíamos bien adónde nos llevaba Dios.

Luego de haber andado unos cuantos días, sentí que me quedaba sin fuerzas, y la fiebre me seguía subiendo. Lo único que podía hacer era orar para que el Señor lograra Su propósito mientras continuábamos siguiendo Su guía.

Esa noche nos detuvimos para descansar y Kai Sun construyó un refugio improvisado lo mejor que pudo. Encendió un gran fuego y me puso cerca del calor de las llamas. Después, colocó unas cuantas piedras en el fuego, que pronto se pusieron muy calientes. Las envolvió en tela, me puso una contra la espalda, y las demás contra los pies para darme más calor. Preparó un poco de caldo para mí y casi me forzó a beberlo, pero todo lo que pude hacer fue beber un poquito.

Lo último que recuerdo bien es que me encontraba echada en las cobijas, cerca del calor del fuego. Kai Sun estaba sentado a mi lado e inspeccionaba con frecuencia mi estado. Lo que ocurrió después, lo sé únicamente por lo que él me contó, cuando me habló de nuestra dura experiencia en las montañas.

Kai Sun se mordió el labio y frunció el ceño. No tenía nada de médico, y como rara

vez se enfermaba, tampoco tenía idea de cómo atender a una persona con una enfermedad grave, además de orar con toda el alma y seguir las ideas que el Señor le diera. Él no creía que Jesús nos había ayudado a superar tantas dificultades de forma milagrosa para luego dejarme morir de pulmonía en las montañas. Aquello empezaba, sin embargo, a parecer una posibilidad inquietante.

Al amanecer Kai Sun otra vez fue a ver en qué estado me encontraba. Se le fue el alma a los pies, pues no me pudo despertar; me encontraba semiconsciente y delirante. Intentó mojarme la frente y las manos, y se arrodilló a mi lado en oración fervorosa.

Después de varias horas más de ansiedad, mi fiebre no disminuía sino que subía más. Sintiendo impotente, angustiado y quebrantado, Kai Sun se arrodilló a mi lado y desahogó su alma ante el Señor:

—Padre, ¡somos Tus hijos y prometiste protegernos! ¡No nos abandones!... Señor, no tengo forma de ayudar a Lu Yisi, ¡cúrala, te lo suplico! ¡Te ruego que obres un milagro y nos ayudes! Indícame qué debo hacer. ¡Te lo pido en el Nombre de Jesús!

Mientras Kai Sun se hallaba postrado a mi lado, implorando al Señor, de repente se le formó una imagen mental de lo más extraña. Vio, en visión, un templo chino con un techo dorado y fieros leones de bronce que custodiaban la entrada de piedra. Después vio una piedra alta que daba al techo del edificio del templo, y a un hombre que se hallaba sentado en esa roca como si estuviera meditando.

—Señor, ¿qué es esto? —preguntó Kai Sun—. ¿Acaso esto proviene de ti? ¿Qué significa?

Un poco confundido por tener una visión de un templo que sin duda no era cristiano, oró que si no aquello no provenía del Señor, que Jesús la borrara de su cabeza. Kai Sun invocó el versículo: «Si le pide pan, ¿le dará una piedra?»

De nuevo se le apareció nítidamente la imagen, y la sensación que la acompañaba era que ése era el sitio adonde debía dirigirse.

Luego, Kai Sun escuchó intensa la voz del Señor que le decía con claridad:

—Rimpa Sae. Él me está buscando. Dile que Yo te he enviado. Él los ayudará.

Una cualidad que siempre admiré de Kai Sun ha sido su obediencia. Cuando el Maestro le dice que haga algo, por extraño que sea, él hace lo máximo a su alcance para obedecerlo. Como no logró despertarme, Kai Sun con cuidado escondió nuestras

pertenencias al lado de las malezas de la senda. Únicamente se podían seguir dos direcciones por el sendero —una era subir hacia la región desolada de donde habíamos venido, y la otra era abajo, hacia el pueblo ribereño— y decidió seguir ésta última. Kai Sun guardó en su abrigo nuestra preciada Biblia y el dinero que llevábamos, me alzó, me puso sobre sus hombros y comenzó a descender por el camino.

Al poco rato estaba sudando por el ejercicio y tropezándose con las piedras desperdigadas por la angosta senda. Después de varias horas de andar por el sendero y tras sólo unos breves descansos, le temblaban las piernas por el peso que llevaba. —*Señor, creo lo que me has dicho, y te obedezco. No obstante, si es posible, ¡te ruego que hagas algo pronto! No sé cuánto tiempo más podré aguantar esto* — suplicó Kai Sun, jadeando por el peso de mi cuerpo.

Parecía una situación absurda: nos dirigíamos de nuevo a donde estaban nuestros enemigos, conmigo inconsciente sobre su espalda. Empero, el Señor le había dicho que fuera, y él obedeció con fe, confiando en que Dios obraría el milagro y enviaría la ayuda que precisábamos.

Entonces Kai Sun notó la vereda secundaria que conducía hacia un monte junto a la senda que seguíamos. Más claramente que nunca escuchó la voz del Señor que ahora le decía:

—*¡Toma ese camino!*

Sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta y comenzó a subir por la cuesta, sosteniéndome con firmeza sobre la espalda. Pasó un cuarto de hora subiendo trabajosamente por la cuesta, presintiendo que la respuesta se hallaba muy cerca. Al llegar a la cima del monte, de pronto su mirada se posó en un nicho tranquilo que daba al valle, del otro lado. Allí, sentado en las rocas, se hallaba un hombre vestido con una túnica de color rojo granate, con los ojos cerrados, por lo visto sumido en sus pensamientos y reflexiones. ¡Era el hombre que Kai Sun había visto en la visión! Kai Sun se quedó petrificado. Nos deja atónitos ver un milagro que ocurre delante de nuestros propios ojos. Luego volvió a su forma de pensar pragmática, y se preguntó qué debía hacer acto seguido. ¿Cómo explicar a ese hombre que lo había visto en una visión, y que aunque eran fugitivos, Dios había dicho que este extraño desconocido podría ayudarlos?

Mientras Kai Sun cavilaba al respecto, resulta que el hombre abrió los ojos y echó un vistazo en dirección a donde nos encontrábamos.

El caballero con la túnica nos miró con la boca abierta y parpadeó como si tratara de

asegurarse de que la figura que tenía delante no era parte de un sueño extraño o incluso una realidad más peregrina. Lentamente, se puso de pie. Parecía un hombre de edad y se advertía con claridad que antes fue más ágil. Tratando de recobrar la compostura, se envolvió en la túnica y preguntó:

—¿Qué... qué quiere?

Kai Sun lo miró a los ojos.

—Rimpa Sae, Jesús me ha enviado a ti —dijo de un modo directo.

Al oír aquellas palabras, el amable sacerdote nos dio la más espléndida sonrisa, como si nos hubiera estado esperando.

RIMPA SAE

Me movía y me daba vuelta en las mantas. Alguien me lavaba la cara. Traté de apartar esa mano, pero no podía. Sentía la lengua hinchada y deseaba que me dieran agua. Abría los ojos, pero no lograba percibir en dónde me encontraba y lo que veía. Sentía un calor ardiente, luego frío que me hacía temblar. Me parecía que las mantas eran de plomo y me aplastaban las piernas. Luchaba por quitármelas de encima, pero unas manos delicadas me las volvían a poner.

—¡Madre! —exclamé.

La vi de pie a mi lado, puso su mano fresca en mi frente que ardía por la fiebre, ¡y sentí tanto alivio! Me sonreía y su rostro quedaba por encima del mío.

—Hija, he venido a ayudarte —susurró con tono tranquilizador—. También he traído a otras personas para que te ayuden. ¡Mira!

Atrás de ella vi a Everett Richardson, el director de nuestra misión, de pie a su lado; me sonreía como siempre, infundiéndome ánimo. ¡Me alegré tanto de verlo! Intenté relatarle lo que habíamos pasado Kai Sun y yo, pero se tapó los labios con la mano y luego me dijo:

—Descansa, hija, sé todo lo que has pasado. Que Dios te bendiga, actuaste muy bien. ¡Estoy orgulloso de ti!

—Luisa —continuó mi madre—. El Sr. Richardson tiene noticias de lo más interesantes para ti.

Sonrió, dejando entrever que sabía de qué se trataba. Miró a Everett mientras él se arrodillaba a mi lado.

—Sí, Luisa —dijo el Señor Everett—. Tengo algo que decirte. Tal vez te parezca poco común, pero creo que es algo que deseas, y que te hará muy feliz...

El repicar de las campanas del templo finalmente me despertó. Echada en la cama elevada, abrí los ojos y contemplé el cielo raso adornado con intrincados frescos de dragones y otras imágenes surrealistas. El aroma de incienso, que ardía en pequeñas vasijas de bronce, penetraba por el cortinaje que colgaba alrededor de mi cama. ¿En dónde me encontraba?

Kai Sun notó que me movía y abrió las cortinas. En ese momento una muchacha con la cabeza rapada entró en la habitación sosteniendo un tazón humeante en las manos. El olor de las hierbas en agua llenó el aire del pequeño cuarto. Ella metió un paño en el agua y me lo aplicó en la cabeza. El aroma de eucalipto y otras fragancias que no reconocía me hicieron lagrimear los ojos, pero me hacía bien y podía respirar mejor. —Gracias —le dije con voz débil—. La joven, apenas un poco mayor que una niña, sonrió, pero sin decir nada.

—Se llama Eh Mei —me informó Kai Sun—. Es muda y también es novicia en este sitio. Te ha estado cuidando noche y día. Su padre era médico, y antes de venir aquí, ella lo ayudaba con sus pacientes. Te encontrabas muy enferma, pero gracias a Dios, veo que estás recuperando el color del rostro. ¡Da la impresión de que te mejorarás! Intenté hablar, pero una tos profunda me agobió y Eh Mei me ayudó a sentarme. Rítmicamente me golpeteó la espalda, con lo que ayudó mucho para que se soltara la flema que tenía acumulada en el pecho. Exhausta por el ataque de tos, me hundí otra vez en la cama. Entonces, Eh Mei me dio un delicioso caldo, alimentándome con la cuchara. Me sentía como un bebé, al que había que dar de comer y cuidar, pero estaba tan agradecida de encontrarme a salvo, abrigada y en el interior de una habitación.

Después de tomar una media taza, me sentí con más fuerzas.

—Kai Sun, ¿en dónde estamos? —pregunté.

—En el Monasterio Zen Wei, a varios kilómetros de los linderos del pueblo ribereño.

—¿Un monasterio? —pregunté, abriendo más los ojos.

En ese mismo momento, la cortina gruesa de mi cuarto se abrió, y apareció una figura con una túnica roja. Eh Mei hizo una reverencia y una voz de hombre preguntó dócilmente:

—¿Puedo pasar?

—¡Desde luego! —dijo Kai Sun. Se irguió de un salto y también hizo la reverencia. El hombre de la túnica devolvió la reverencia de la forma más respetuosa.

—Lu Yisi, quiero presentarte al honorable Rimpa Sae, **el maestro del monasterio**. Estamos aquí gracias a su amabilidad, y por orden de él se te ha atendido durante tu enfermedad.

—Le debo muchísimo, señor —precisé.

—No diga eso, de ninguna manera —dijo el sacerdote negando con la cabeza—. Soy yo el que está en deuda con vosotros, pues vuestra venida ha resuelto un gran misterio para mí, uno que había angustiado mi alma en gran medida. ¿Acaso no dice vuestro Libro Sagrado que **todas las cosas obran a bien para los que aman al Señor y son llamados según Su propósito?**

—¡Rimpa Sae, hablas de la Biblia! —comenté, sorprendida de que un sacerdote pagano la conociera.

—Es un estudioso incansable, Lu Yisi —dijo Kai Sun sonriendo.

—Sólo soy un humilde buscador, pero tengo un maestro experimentado — contestó Rimpa Sae, moviendo la cabeza en dirección a Kai Sun—. Y estoy agradecido por su Libro Sagrado. Los monjes han estado atareados copiando los textos. Los tengo trabajando en eso desde que ustedes llegaron.

Entonces, Rimpa Sae nos mostró una página copiada del Nuevo Testamento. Los caracteres estaban dibujados artísticamente a mano. Los bordes, eran muy decorados y con diseños similares a los del cielo raso.

—He puesto a varios de los monjes residentes a trabajar en esta obra día y noche, desde que ustedes llegaron.

—Sí, Lu Yisi —agregó Kai Sun. —Rimpa Sae ha estado estudiando las Escrituras conmigo mientras tú te recuperabas. Dios ha obrado un gran milagro al traernos aquí.

—Sí —continuó Rimpa Sae. —Tal vez deba contarle, Lu Yisi, cómo llegué a interesarme en esas maravillas, y de lo increíble que fue nuestro encuentro.

El anciano sacerdote se sentó con las piernas cruzadas en la **plataforma** elevada que estaba en una esquina. Eh Mei trajo unos jarritos llenos de carbones ardientes, que Kai Sun y Rimpa Sae se colocaron encima de las piernas para darse más calor. Yo continuaba tendida de espaldas, demasiado débil para sentarme. Por momentos, al contemplar la escena, me preguntaba si todavía estaría soñando.

Rimpa Sae se aclaró la garganta, y comenzó a contar su vida con el aire de alguien que narra un suceso de lo más afortunado:

—Mi hogar quedaba muy lejos de aquí, en las regiones montañosas distantes que limitan con el Tíbet. Allí abracé por primera vez la vida monástica. Fui el hijo que mi familia debía enviar para que estudiara y trabajara con los monjes —casi toda familia

enviaba por lo menos un hijo—, y me destacué en los estudios y la memorización de los textos sagrados. Pese a que en mi lugar de origen el sistema de culto es muy diferente que el de aquí, aquel fue mi primer paso en el camino de la iluminación espiritual. Cuando llegaban los exámenes, yo era siempre el primero en presentarme. Disfrutaba estudiando, en particular al aprender lo relativo a los textos sagrados. Me enviaron a seguir mi aprendizaje en el templo más grande de la región. Allí me iniciaron en escuelas de pensamiento nuevas, y comencé a comprender la tarea enorme que tenía por delante, que era alcanzar la iluminación que buscaba. Una vez más me fue bien y me destacué en todas las clases, impulsado por mi búsqueda de la verdad. Fue allí que aprendí las artes —Rimpa Sae hizo un ademán para señalar las obras de arte que adornaban las paredes y el cielo raso—: Aprendí a pintar escenas intrincadas de los textos, un oficio muy delicado que se hacía con oro y tintes brillantes. Aprendí a moler las pinturas de las piedras y plantas que recogíamos. Encontré una gran satisfacción al expresar por medio del arte mi anhelo de eternidad. Yo pinté los frescos que todavía se ven en el Gran Templo. Me destacué de nuevo y seguí estudiando a las órdenes de muchos maestros ilustrados...

Rimpa Sae nos hablaba de sus logros, y noté que no lo hacía de una forma que denotara orgullo o arrogancia, sino simplemente hablando de los hechos. Saltaba a la vista que era un maestro de arte, además de un líder religioso, empero parecía que él no le daba gran importancia al asunto.

—...Hace más de veinte años me trajeron a este templo —prosiguió—, cuando era un estudioso que viajaba y un artesano, y me esforcé por hacer de él la obra maestra de belleza que es hoy en día. Ahora es un sitio de aprendizaje para quienes buscan capacitarse en las artes, además de encontrar iluminación renunciando al mundo. Pero todo el tiempo, había una cuestión que me atormentaba. Como si se tratase de un ratoncillo persistente, la interrogante me carcomía la conciencia.

—Me preguntaba, ¿por qué pinto estas cosas que no puedo afirmar que las entiendo? ¿Cuál es el significado de todo esto? Pinté escenas del mundo invisible, el mundo espiritual. Pinté dioses y demonios, **las fuerzas del bien y del mal**. No obstante, me quedaban otros interrogantes: ¿Cómo llegar a conocer la esencia misma de la verdad? ¿Entienden mi cuestionamiento?

—Sí, Rimpa Sae —asentí—. Muchos nos hemos hecho las mismas preguntas, en un intento de hallar la verdad.

El anciano suspiró.

—En la actualidad, en el templo se vive con muchas intrigas y mezquindad —meneó

la cabeza al decirlo—. Me desilusioné. En mis comienzos tuve ansias de aprender, de entender los misterios del mundo espiritual. No obstante, al correr del tiempo, comencé a ver mi trabajo únicamente como el traspaso de un arte tradicional a los artesanos más jóvenes. En cuanto a recitar los textos sagrados, quemar el incienso, las oraciones, veía todo eso como parte de la belleza de nuestro estilo de vida, como un arte viviente y una tradición... Con todo, muy dentro de mí, anhelaba recuperar la inocencia de mis días de novicio, a volver a ser aquel joven, a la época en que entré por primera vez al monasterio... En esos días, ¡las oraciones, las meditaciones y las salmodias parecían todas muy misteriosas y sublimes! Primero estuve entre los estudiosos, porque ¡deseaba con toda el alma aprender a establecer contacto con la eternidad! —Nuevamente meneó la cabeza—: Luego, empecé a envejecer, y me preguntaba qué pasaría después de mi muerte, cuando mi espíritu abandonara mi cuerpo. Me encontraba agotado, pero era algo más que cansancio físico. ¡Me había fatigado de la vida! Me cuestionaba la existencia. ¿Por qué la vida sería una repetición tan absurda de nacer y reencarnar sin fin, un ciclo al que por lo visto estaba condenado el hombre? No lograba desprenderme de esos deseos que parecían extraños. Quería saber con seguridad qué nos espera en el más allá... Entonces... Entonces, comenzaron los sueños —me miró fijamente y añadió—: Siempre eran los mismos. ¡Veía a un Hombre que tenía la mirada más bondadosa del mundo! Me contemplaba con la comprensión más absoluta, y yo sentía que de Él emanaba mucho cariño —Rimpa Sae sonrió al evocar esos recuerdos—. Su mirada reflejaba gran compasión y amor, a tal grado que me hacía llorar. Me daba cuenta de que Aquel ser no pertenecía a este mundo. ¡Llevaba una túnica larga y blanca que resplandecía como el sol! Me extendía las manos, y ¡y las vi con heridas! Tenía marcas en las manos, pero Él no les prestaba atención. Estiró los brazos como si quisiese abrazarme. Yo quería saber quién era, ¡y cómo se llamaba! Mientras lo miraba, aquel extraño, esa persona admirable, me sonrió y dijo la palabra: ¡«Jesús»!... Para entonces, las lágrimas me bañaban el rostro, escuchando el relato de la sincera búsqueda de aquel entrañable anciano.

—...¡Cuánto deseaba conocerlo! —prosiguió Rimpa Sae—. Me preguntaba si existiría un Hombre así. No tenía idea de qué hacer para encontrarlo. Soñé aquello, no una vez, sino muchas. En cada ocasión me despertaba después de que me Él me decía Su nombre. Me preguntaba si Jesús sería un mensajero celestial, enviado para llevarme a la otra vida... Así pasé mucho tiempo sumido en la meditación, intentando prepararme para abandonar este mundo. Y entonces, un día me hallaba

sentado en mi sitio favorito que da al valle, y vi por primera vez a este joven caballero —hizo un ademán hacia Kai Sun —y a usted.

Kai Sun, entonces, me relató cómo había sido guiado milagrosamente al sitio en donde Rimpa Sae se encontraba aquel día.

—Rimpa Sae —puntualizó Kai Sun— ha sido muy gentil al encargarse de nosotros desde que llegamos. A cambio, cada día le he enseñado las Escrituras. La magnífica noticia es que Rimpa Sae ha abierto el corazón a Jesús y lo ha aceptado como Su Salvador.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de agradecimiento.

—Sí —asintió el anciano—. Acepto al Señor Jesús de todo corazón. El conocimiento de Sus Sagradas Escrituras me está llevando, por fin, a toda la verdad. ¿No dijo Él acaso: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»?

Kai Sun y yo reímos.

—No hay duda de que es un alumno excelente, señor, ¡ya nos lo está demostrando! —señalé.

—Sólo soy una humilde persona que anduvo en pos de la verdad —repitió Rimpa—. Y son bienvenidos. Pueden quedarse todo el tiempo que deseen. Su seguridad es mi garantía personal, y mi oración es que usted recupere las fuerzas y se mejore, y que su estadía con nosotros sea cómoda.

REVELACIONES

Tardé un poco en recuperarme, pero Eh Mei y Kai Sun me dedicaron tanto tiempo y atención entre los dos como para hacer recuperar del todo a los pacientes de una sala hospital. Eh Mei era una joven tierna y amable. Muchas veces me ponía a pensar en lo bonita que se la veía con cabellera, pero las novicias del templo, como las monjas y monjes, debían afeitarse la cabeza. Mientras los monjes recibían formación en las artes, las monjas, que vivían en habitaciones separadas, recibían enseñanza en el cuidado diario del templo, además de cocinar y limpiar.

Cuando me encontré bastante mejor, a menudo me sentaba y leía la Biblia para Eh Mei, lo que parecía gustarle; aunque no podía hablar, no era sorda, y era una chica sumamente inteligente. Podía hacerse entender con facilidad a pesar de ser muda.

Para protegernos, muy pocos en el monasterio sabían de nuestra presencia, aparte de Eh Mei y de algunos integrantes de confianza del círculo de Rimpa Sae.

Nuestras habitaciones, que daban a un patio aislado, formaban parte de las habitaciones privadas del sacerdote. Una entrada privada también conducía a la

ladera del monte, pero no nos parecía seguro dejar el monasterio ni por un momento. Todas nuestras comidas —dieta vegetariana, pero absolutamente deliciosa—, nos las traía Eh Mei.

Como teníamos poco que hacer aparte de enseñar a Rimpa Sae y Eh Mei la Biblia, Kai Sun y yo disponíamos de mucho tiempo para conversar. Me encontré con que esperaba ilusionada y disfrutaba inmensamente esos momentos juntos. Pasamos mucho tiempo orando y hablando de todo lo ocurrido. Escuché bastante de los planes que tenía Kai Sun de llevar el Evangelio a su gente de las montañas. Comencé a sentir que cada día que pasaba con aquel hombre me enteraba de otro aspecto fascinante de él. Además, tuve mucho tiempo para reflexionar, en particular sobre un sueño que tuve mientras deliraba por la fiebre: Aquella vez que soñé con mi madre, y con Everett Richardson. Pensaba mucho en el sueño y en su significado, pues sin duda era de lo más extraño.

Mi madre, por lo último que leí en su correspondencia —que me llegaba después de muchos meses—, estaba muy enferma. El deseo que había expresado en las cartas que me escribía, era que no «abandonara mi arado» para regresar a cuidarla, sino que me quedara y fuera fiel a mi campo de misión. Me imploraba que lo hiciera así, con la esperanza de que aunque fuera poca ayuda, compensara sus actitudes erróneas del pasado, cuando mi padre en un principio quiso servir a Dios.

Estaba contenta de que entendiera. Aunque la extrañaba, sabía sin sombra de duda que estaba en manos del Señor. Había perdido toda esperanza de verla otra vez en esta vida, pero me regocijaba al pensar que estaríamos juntas en el Cielo por la eternidad... Ahora, según mi sueño, tenía motivos para creer que seguramente se encontraba en el Cielo y había recibido su recompensa. Me preguntaba, sin embargo, qué había sido de Everett, pues también lo vi en mi sueño.

—Kai Sun —comencé a hablar, aunque sin saber muy bien cómo decirlo—, creo que Everett Richardson se fue al Cielo durante los recientes disturbios.

Él me miró asombrado.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó—. Tenía miedo de decírtelo.

Esta vez, la sorprendida fui yo:

—...¿Lo sabías?... ¿Es verdad?

—Lu Yisi, me enteré cuando nos encontramos al costado del camino con los cristianos que salían de *Garganta de Dragón Largo*. Florencia y la pequeña estaban a salvo, gracias a Dios. Richard murió defendiéndolas. Se encontraba en la residencia del mandarín, cuando lo sacaron por la fuerza de la silla de manos. Por milagro, la

turba no hizo caso de la otra silla que llevaba a Florencia y la niña, y los hombres del mandarán las escoltaron hasta que llegaron a un lugar seguro.

—Everett fue un hombre bueno y noble —comenté—. Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Corrías tanto peligro, que pensé que la noticia únicamente te iba a desanimar. Recordé el pasaje de la Biblia que reza: «Tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar», y en tales circunstancias, no quise decírtelo. Me pareció que lo mejor era primero llevarte a un lugar seguro.

Sonreí agradecida.

—Creo que eres prudente, amigo mío —le aseguré—. Sin embargo, me da tristeza que hayas tenido que soportar tu dolor a solas.

Kai Sun me miró.

—Creo que Everett habría querido que hiciera todo lo posible para llevarte hasta un sitio seguro —opinó.

Aquel hombre austero había sido a las claras un instrumento del Señor para salvarme la vida. Ahora que se me confirmó que Everett había muerto, me quedé pensando más detenidamente en la noticia extraordinaria que Everett me había dado en el sueño.

—Pero, ¿cómo te enteraste de lo que le ocurrió a Everett —preguntó Kai Sun—, si no te lo dije?

—Tuve un sueño en el que Everett me daba orientación, y me pareció que fue el Señor el que lo mandó a visitarme. A partir de ahí, deduje que con seguridad había pasado a mejor vida.

—¿Qué orientación te dio? —preguntó Kai Sun con gran interés.

—Bueno —lo miré a la cara y sentí que se me enrojecía el rostro, aunque hacía mucho que ya no tenía fiebre—, es una larga historia —me preguntaba cómo podría explicárselo sin que sonara de lo más extraño—.

Kai Sun, creo que debo decírtelo en otro momento. Tal vez es algo que, como tú dijiste, todavía no lo puedes sobrellevar. Pero sí quiero darte las gracias por todo lo que hiciste para ayudarme. Te debo la vida.

Se veía avergonzado, aunque visiblemente conmovido.

—¡Toda la gloria es de Dios! —respondió— Y tengo la certeza de que continuará protegiéndonos. Me propongo llevarte sana y salva hasta tu destino final —continuó Kai Sun seriamente— y devolvarte al puesto misionero más cercano.

Nos quedamos callados y me puse a pensar en esa posibilidad.

MILAGRO EN EL MONASTERIO

Me propuse decírselo a Kai Sun. Practiqué una y otra vez. Ensayé mentalmente las palabras hasta que sonaron perfectas. Sin embargo, en cuanto entró en la habitación a la mañana siguiente, perdí toda la confianza y deseché la idea por completo.

Tomamos té y conversamos un rato.

—Te ves distraída, Lu Yisi. ¿Te sientes bien? —por fin me preguntó.

—Sí, es verdad —contesté, sonriendo nerviosamente. Sabía que tenía que empezar.

Pensé que o se lo decía en ese momento o nunca se lo diría.

—Kai Sun... ¿qué futuro ves para ti?

Me miró y alzó una ceja, perplejo ante aquella pregunta bastante ambigua.

—Me veo, claro, sirviendo a Dios —respondió de manera terminante.

—Sí, eso lo sé —proseguí—, pero en dónde... cómo... y...¿con quién?

—No sé a qué te refieres —señaló Kai Sun y me miró. Se veía bastante incómodo con la pregunta.

—A lo que voy es... es... ¿estarás siempre solo?

—¡Por supuesto que no! —replicó con seguridad y confianza—. Cuando vuelva a la región montañosa, espero andar de dos en dos. Es mucho más práctico trabajar en equipo.

—No, no me refiero a eso... Hablo de ti en particular... ¿Has pensado en tu futuro?

Kai Sun rió y parecía confundido.

—Lu Yisi, estás dando vueltas al asunto.

Me pareció que lo decía para molestarme.

—¿Quieres decir que no entiendes nada de lo que te digo? —pregunté sin creerle.

Kai Sun se veía aún más confundido.

—Pues no, no entiendo —respondió sin expresión.

Sintiéndome turbada, dije con voz entrecortada:

—A lo que voy... Lo que quise decir... es que... que creo que es hora de darme un baño, ¡así que tendrás que salir de la habitación!

Con prisa arreglé mis pertenencias para el baño, sintiéndome muy tonta y sin duda hablando como tal, esforzándome mucho por parecer concentrada en lo hacía.

Kai Sun se apresuró a salir por la puerta, preguntándose cómo y cuándo había dado motivo para ofenderme. Parecía y se sentía sumamente confundido. Una vez más intentaba con todo su ser comprender el temperamento femenino.

Di un suspiro después de que se fue. Había frustrado mi intento de la manera más

absoluta. Sentía ansiedad por liberar los sentimientos que se habían estado acumulando en mi interior y, sin embargo, temía la reacción que pudieran encontrar. Era difícil pronunciar las palabras que tenía que decir. ¡Y Kai Sun no me ayudaba para nada! Me preguntaba si él compartía las mismas emociones que en mí habían nacido.

—¡Mi orgullo! —exclamé, reprendiéndome a mí misma.

Sabía que eso fue lo que me había impedido hablar sin rodeos. Después de llenar la jofaina de porcelana con agua caliente, me refugié en la idea de darme una buena lavada, y me distraje de esa forma. Me deleité con el lujo que era en ese momento el agua caliente y me restregué a fondo. Lavarme se había convertido en un deber agradable después de los muchos días que anduvimos por el sendero y nos las arreglamos sin agua ni jabón.

No había espejos en el monasterio, pero después de recuperarme bastante de la enfermedad como para lavarme a fondo por primera vez, me quedé helada al verme reflejada en el agua. Vi a una campesina de la montaña sumamente sucia que me miraba desde la jofaina, con el pelo apelotonado y brazos mugrientos. Hicieron falta muchas lavadas y horas de peinarme para quedar apenas presentable. Rimpa Sae fue muy amable y me consiguió un peine de marfil tallado para el cabello, aunque no se sabía de dónde lo habría sacado, ya que en el monasterio ni un alma tenía pelo.

Mi cabello había recobrado su color castaño rojizo, ahora que lo había lavado varias veces y había eliminado la acumulación de tierra del camino, además de los restos del aceite de lámpara que La-Ong había usado para teñirme el pelo... Mi querida La-Ong, ¡cuánto me habría gustado tenerla a mi lado para contarle mis secretos y pedirle un consejo! ¡Cuánto echaba de menos a mi querida amiga.

Sentada al lado de la estufa, de repente me remordió la conciencia, pues no había dedicado tiempo a consultar con Jesús, mi amigo más querido y más íntimo, para que me guiara y me orientara. Pese a que me sentía segura de que el Señor me guiaba, no había dedicado tiempo a dejar que Él me hablara de manera directa y me indicara cómo debía proceder. ¡Con razón me sentía tan confundida y nerviosa!

—Señor, ¡perdóname! —oré—. Una decisión tan importante como ésta precisa de Tu guía y orientación. ¡Te ruego que me hables y me reveles qué debo hacer! ¿Qué quieres que diga? ¡Te suplico que me digas qué debo decirle y cómo decírselo! Apenas terminé de orar sentí el silbo apacible que me susurraba al corazón:

—¡No temas! Deseo darte todo lo que es bueno y cumplir los deseos de tu corazón.

Quiero que lleves mucho fruto, y que vosotros dos estéis unidos como uno solo. Pero ¿acaso no dejas que Mis hijos escojan? De la misma manera, debes dejar que él escoja. Porque si elige obedecerme en esto, deberá soportar mucho desprecio y abuso, pero Yo lo bendeciré y me valdré de ello para bien. No temas con relación a lo que dirás. Cuando llegue el momento de hablar, Yo te guiaré y te daré Mis Palabras. ¡Pues no es con ejército, ni con fuerza, sino con Mi Espíritu!

Sentí que me embargaba una paz absoluta. Ya no me preocupaba elegir bien las palabras que diría. Sabía que el Señor se encargaría. Entonces, empecé a recibir algo más:

—Alza los ojos, pues se acerca Mi pequeñita, lista para saber de Mí. ¡Y por medio de ella, muchos serán hechos justos!

Me quedé sin entender el resto del mensaje, hasta que escuché un golpecito suave en la puerta. Al alzar la vista, vi entrar a Eh Mei, llevando una bandeja de comida.

Sonreí y supe qué hacer.

—Muchas gracias, Eh Mei, pero no tengo mucho apetito ahora. ¿Por qué no dejas la bandeja y te sientas conmigo un rato? —sugerí.

La joven apoyó la bandeja silenciosamente en la mesita baja y se puso a mi lado. Mientras sacaba la pequeña Biblia, los ojos de Eh Mei brillaban con ilusión. Ya habíamos pasado unos cuantos momentos especiales leyendo juntas sobre el Señor y Su misión en la tierra. Era hora, lo sabía, de guiarla para que recibiera a Jesús en su vida.

Le expliqué con delicadeza que ahora que sabía de la vida de Jesús y de las cosas maravillosas que podía hacer, ella podía conocerlo personalmente y hacerlo morar en su alma. Asintió entusiasmada, y no me costó que orara brevemente conmigo y aceptara al Señor. Aunque no podía hablar, cuando le pidió al Señor que entrara en su vida, hizo un ademán con la mano invitándolo a reinar en su corazón. Al término de la plegaria, los ojos le brillaban por las lágrimas y tenía una sonrisa radiante. Luego, me miró a la expectativa. Como no hice ningún movimiento para hacer ninguna otra cosa, alzó las cejas y se señaló la boca, asintiendo con anhelo. Al principio no entendí. Ante eso, apuntó hacia la Biblia que yo tenía abierta sobre las piernas. Viendo de nuevo que yo no parecía entender, dobló las manos en oración y cerró los ojos como una pantomima de las oraciones que seguramente me había visto orar otras veces.

¡De pronto, lo entendí! La última vez que leí con Eh Mei, fue acerca de los milagros

de Jesús. Abrí la Biblia de nuevo en el Libro de Marcos, capítulo siete, y leí el versículo 37 en voz alta:

—«Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar».

Eh Mei asintió vigorosa y enfáticamente. ¡Era evidente que deseaba que yo orara para que ella se curara y pudiera hablar! Una oleada de dudas me sobrecogió. ¿Qué pasaría si oraba por aquella alma confiada y no pasaba nada? ¿Acabaría con la fe que ella acababa de encontrar?

—Eh Mei —empecé con delicadeza a hablar del tema—, es cierto que Dios siempre contesta las oraciones, pero muchas veces lo hace de formas que no comprendemos. A veces, contesta de inmediato; otras, sus respuestas tardan un poco. Debemos confiar en Él en cuanto al resultado, ya sea que veamos la respuesta de inmediato o no.

Eh Mei asintió comprensivamente, pero al mismo tiempo su entusiasmo no se vio empañado en absoluto. Una vez más se tomó las manos, instándome a orar.

Envié una plegaria silenciosa al cielo para que el Señor me guiara, y de inmediato recibí dos pasajes de las Escrituras: «Tu fe te ha salvado» y «no es que pecó éste, ni sus padres, sino para que la gloria de Dios se manifieste.»

—¡Señor, ayuda mi incredulidad! —oré en silencio, y luego puse las manos sobre Eh Mei, que tenía la cabeza vuelta hacia arriba:

—Padre, te damos muchas gracias por salvar el alma de Eh Mei, por darle vida eterna en Tu Reino Celestial. No volverá a preocuparse por la muerte ni temerla, pues nos has prometido cuidarla por la eternidad. ¡Te damos gracias por ese don grandioso! Ahora, Eh Mei quiere presentarte una petición. ¡Pide que la cures, y que le devuelvas la voz! Sabemos, por lo que dice Tu palabra, que lo haces todo bien. Si te parece conveniente concedérselo ahora, Jesús, te daremos toda la gloria y la alabanza. Te pedimos que la toques, ¡en el Nombre de Jesús!

Sabía que el asunto había quedado en manos del Señor, pero abrí los ojos casi con cautela. También sabía que el milagro no sería resultado de mi poca fe, sino de la fe firme de esa pequeñita y del poder del Señor.

Cuando Eh Mei abrió los ojos, vi un brillo, algo radiante en ellos. Era una mirada de fe y confianza totales. Entonces, se llevó la mano a la garganta y abrió la boca. De allí, brotó un sonido grave y áspero. Sobresaltada por su propio sonido, sonrió, y volvió a intentarlo una y otra vez, como un bebé que experimenta con el habla.

Entonces, parece que sus cuerdas vocales se soltaron y los sonidos se volvieron distinguibles. Se me puso la carne de gallina en los brazos mientras contemplaba y

escuchaba esa voz gloriosa:

—Ie...Ie...¡Jesu! —exclamó, riendo y llorando al mismo tiempo.

¡Su primera palabra fue el nombre chino de Jesús! Me levanté de un salto y la abracé con todas mis fuerzas.

—¡Es un milagro! —exclamé— Oh, gracias, Jesús, ¡gracias, Señor!

Después de aquello, Eh Mei intentó decir muchas palabras, copiándome:

—Eh Mei... Lu Yisi... habla... Señor... milagro.

— Parecía ansiosa por intentar decirlo todo. Al cabo de poco rato, estaba hablando en frases cortas.

Ambas estábamos muy absortas con el increíble milagro que había ocurrido, cuando escuchamos un golpe fuerte y urgente a la puerta. Corrí a abrirla y me encontré con que allí estaban Kai Sun y Rimpa Sae.

—Oh, entren rápido, ¡deben ver esto! —les dije con alegría.

Ambos entraron a la habitación y cuando cerré la puerta, Kai Sun me tomó del brazo suavemente. Se lo veía preocupado.

—Lu Yisi —comenzó a decirme—, me temo que hay problemas.

—¿Problemas? —pregunté, escudriñando el rostro de los dos.

—Me temo que así es —afirmó Rimpa Sae—. Verás, resulta que me parece prudente estar al tanto de los asuntos del pueblo, por lo que he puesto oídos en los sitios debidos. Personas leales me informan de los rumores que circulan. Parece que se ha detectado tu presencia, y la gente habla de la mujer extranjera que se encuentra en el monasterio.

—¿Pero cómo se enteraron? —pregunté—, ¡me he mantenido oculta en estas habitaciones desde que llegué!

—Como les dije antes, la vida del templo está llena de intrigas y mezquindad. Hay muchos en quienes no se puede confiar. Tal vez fue uno que los vio entrar al templo conmigo el primer día. Quizás fue una persona que me cuestiona por leer y copiar los pasajes cristianos. No tengo forma de saberlo, pero una cosa es cierta: ¡hoy mismo van a registrar el monasterio! ¡Es algo inaudito! —El sacerdote meneó la cabeza desconsolado—. Podría negarles la entrada, pero en esta época peligrosa, ése podría ser un paso de lo más imprudente.

—Entonces, ¡debemos escapar de inmediato! —instó Kai Sun.

—Dudo también que eso sea prudente, mi amigo —respondió el amable sacerdote con pena—. Pues no sólo Lu Yisi no está lista para llevar una vida de fugitiva por las montañas, sino que lo más seguro es que el monasterio esté vigilado. Temo que los

atraparían enseguida.

Durante nuestra charla yo casi me había olvidado de Eh Mei, pero ahora ella había salido de las sombras. Hizo la reverencia ante Rimpa Sae y luego alzó el rostro para mirarlo implorando.

—¡De... bemos... ayu... darles! —instó.

Aunque Rimpa Sae no es una persona que pierde la compostura fácilmente, se quedó boquiabierto y se dejó caer en una silla.

Una vez más, Eh Mei repitió:

—Por favor... señor... le pido... ¡ayúdeles!

—¡La muchacha habla! ...Por el Dios del Cielo, ¿es verdad? —preguntó Rimpa Sae asombrado.

—¡Sí! —respondí sonriendo—. Eh Mei aceptó a Jesús en su corazón y en su vida. Además, ha orado por su curación. Sucedió un poco antes de que ustedes entraran. ¡Jesús la ha sanado!

—Pero... ¡la joven ha sido muda de nacimiento! —exclamó maravillado Rimpa Sae—. ¡Se trata de un milagro! ¡Es una señal! —El rostro se le iluminó y sus rasgos denotaron el comienzo de una idea—. ¿Se dan cuenta?, esto puede ser justamente lo que necesitamos. ¡Creo que el Señor nos ha dado un plan!

Levantándose de un salto de la silla, el sacerdote instó a Eh Mei a que lo acompañara. —Ésta es la señal que he estado esperando para convencer a los ancianos que todavía están indecisos —continuó—. Muchos temen a lo que les he dicho del Dios cristiano. Precisan un agujero que les demuestre Su poder. Para poder llevar a cabo este plan, necesitaré que me ayuden. ¡Vengan! ¡No tenemos tiempo que perder!

Moviéndose a un paso acelerado poco común en el anciano sacerdote, salió por la puerta, seguido de cerca por Eh Mei. Luego pidió:

—Por favor, ¡quédense aquí hasta que los llame! Y les ruego que cuando llegue el momento, hagan lo que sea que yo les pida. ¡Quizá no disponga de mucho tiempo para darles explicaciones! —nos **gritó** mientras se alejaba.

Cuando daban la vuelta a la esquina, Kai Sun cerró y trabó la puerta.

—Será mejor que oremos —dijo con voz tranquila—. Me temo que no nos queda otra salida que poner nuestra vida en manos del sacerdote, y esperar que ocurra otro milagro.

EL FUEGO Y EL AGUA

Aquel grupo de hombres llegó al monasterio por la tarde, avanzando por el sendero

que conducía al pueblo, un poco antes de que se encendieran los faroles. El grupo, enardecido y lleno de odio por las acusaciones oídas en el pueblo, se detuvo vacilante ante las puertas del monasterio mientras sopesaba su siguiente paso. El cabecilla de la turba era Pan Lin, un hombre que se tomaba muy a pecho su propia autoridad y disfrutaba de su papel de líder del grupo que había tomado la ley en sus manos. Se dirigía a la multitud con arrogancia y la había agitado y puesto en acción; con todo, no se podría afirmar que la inteligencia era uno de sus puntos fuertes.

Ni Pan Lin ni sus hombres sabían a ciencia cierta hasta qué punto la multitud iba a poder presionar a los sacerdotes para lograr sus exigencias y hacer valer sus acusaciones. Si el principal monje del templo les negaba la entrada y ellos insistían, los sacerdotes con facilidad podían pronunciar alguna temible maldición sobre todos ellos, pues exigir la entrada a un lugar sagrado era un asunto muy serio. No obstante, según razonaba Pan Lin, el lugar santo ya estaba mancillado por albergar a una persona extranjera. Si la sacaban de allí, lo único que podía pasar era que los dioses les dieran la bendición, y ni hablar de lo favorecido que se vería él a ojos de la gente del pueblo, y sin duda quedaría en algún puesto seguro como miembro importante de la comunidad.

Por último, la indignación rabiosa que incitaba al grupo superaba con mucho cualquier temor supersticioso de provocar el enojo del sumo sacerdote. Pan Lin calculaba que cualquier señal de debilidad de su parte podría socavar la autoridad que ejercía sobre sus compañeros del pueblo, una autoridad que había codiciado tanto. Así pues, con un dejo de desprecio, envió un mensaje áspero para que lo entregaran al maestro:

—¡Abra las puertas de inmediato y permita que registremos el edificio para buscar a los extranjeros!

Pan Lin y su pandilla se quedaron de lo más sorprendidos cuando recibieron la respuesta siguiente. Se envió a un mensajero del **sumo sacerdote**; es más, se envió nada menos que a uno de los ancianos más cercanos al **sumo sacerdote**, quien se apresuró a la puerta y la abrió de par en par.

—Entren, honorables señores, ¡entren, si son tan amables! ¡Rimpa Sae agradece su visita y la de los celosos guardianes de nuestro pueblo!

El gentío parpadeó de incredulidad. Esperaban un desaire airado y no sabían muy bien cómo responder ante la cortesía que se les mostraba. Tratando de recobrar su fachada de rudeza, Pan Lin afirmó con tono de importancia:

—¡Hemos recibido informes de que diablos extranjeros se esconden en las

habitaciones del monasterio! ¡Exigimos que los entreguen en nuestras manos de inmediato!

—¡Diablos extranjeros! —exclamó el superior chasqueando la lengua—. Insisto, entonces, que informen de ello al mismo Rimpa Sae. Estará de lo más interesado. A continuación, el anciano llevó al grupo adentro del monasterio. Pasando por el atrio y entrando a los sinuosos corredores, marcharon directamente al gran salón de audiencias en el que se encontraba sentado Rimpa Sae, el maestro del templo. Al entrar los alborotadores en el gran salón, se quedaron aún más sorprendidos. Apenas entrar, empezaron a sonar los tambores y a tañer los címbalos. Por la esquina del salón, asomaron seis actores enmascarados, vestidos con los trajes muy elaborados que se llevaban para la danza del dragón. Las máscaras feroces y los movimientos acentuados de los bailarines dejaron pasmada a la multitud. Todos sabían que, por lo general, dicha danza se realizaba únicamente en festividades, o como muestra especial de honor y respeto para huéspedes distinguidos, por lo que se quedaron mudos.

Después de unos momentos, el sacerdote alzó la mano y la música cesó. Los bailarines se retiraron de nuevo a las sombras.

—¡Bienvenidos, distinguidísimos caballeros! —saludó Rimpa Sae a la multitud atónita—. Mi asistente me dice que han venido con el honorable fin de buscar alborotadores extranjeros. Les aseguro, caballeros, que no encontrarán a ninguno aquí.

Defendiéndose, Pan Lin precisó:

—Le agradecemos el recibimiento, pero, aún así, nos vemos forzados a registrar el monasterio y toda la propiedad. ¡Será mejor que coopere!

—¡Desde luego! ¡Por supuesto, señores! —accedió Rimpa Sae de buen grado—. No sería bueno que la gente hablara de que hay espías extranjeros entre nosotros. Su curso de acción es de lo más sabio: ¡acallaré los rumores de inmediato! Regístrenlo todo, por todas partes. Inspeccionar servirá para que se demuestre la falsedad de esos rumores fastidiosos. Pues, ¿acaso se complacerán los dioses con tales acusaciones? Los hombres se movían nerviosos, pues no se habían imaginado una recepción como aquella y era evidente que los inquietaba. Pan Lin sentía la repentina falta de apoyo de sus seguidores, y trató de evitar la humillación hablando con el sacerdote de una forma más conciliadora.

Rimpa Sae, sin embargo, interrumpió alegremente:

—¡No, no! No hay necesidad de disculparse o lamentarse. Es más, ¡insisto en que

registren la propiedad! Después de todo, ustedes están cumpliendo con su deber y protegiéndonos de las mentiras maliciosas de quienes buscan desacreditarnos. Ante aquellas palabras, Pan Lin percibió en la espalda las miradas resentidas de algunos de sus hombres.

—Es más, estoy tan ansioso de ayudar a reivindicarnos que reuniré un grupo de mis sacerdotes. Quemaremos incienso y haremos plegarias por la búsqueda, ¡y danzaremos la danza del dragón para ahuyentar a cualquier mal espíritu que quiera obstruir su misión!

Haciendo con la mano un ademán, el sacerdote despachó un mensajero para que invitara a los ancianos a reunirse a orar. Los varones regresaron al poco rato, trayendo consigo ruedas de rezos, cuentas e incienso. Rimpa Sae instó a la multitud del pueblo a que se organizara en grupos y registrara cuidadosamente la propiedad, incluyendo el templo. Acompañados por un anciano, se los instó a registrar todos los cuartos, entre ellos, las habitaciones personales del maestro.

Los hombres registraron habitación por habitación, con mucho esmero al principio, y después, mientras proseguía la búsqueda, más bien con desgano. Los ancianos abrieron cada armario y cada bodega del monasterio para que el grupo lo viera, y hasta sugirieron que se registraran las habitaciones de las monjas, después de permitir respetuosamente que las monjas salieran una tras otra hasta el atrio bajo la mirada escudriñadora del grupo. Se trajeron escalerillas para registrar el techo, y se golpearon y se punzaron los arbustos. En síntesis, no había señal de que hubiera persona alguna escondida en el monasterio o la propiedad del templo.

Un poco avergonzados, los hombres regresaron uno tras otro al salón en que se encontraba esperándolos sentado Rimpa Sae. Mientras tanto, el grupo de ancianos salmodiaba plegarias y quemaba incienso, con lo cual el salón se llenaba de una densa nube. Los bailarines del dragón interrumpieron sus vueltas y giros cuando Rimpa Sae levantó la mano.

—Y, ¿cuál es su opinión? —preguntó Rimpa Sae— ¿Somos culpables de ese crimen o inocentes como alegamos?

—No hemos encontrado a ninguno, señor —musitó Pan Lin, haciendo una profunda reverencia y sin levantar los ojos para no encontrarse con la mirada del sacerdote.

—¡Fantástico! —exclamó Rimpa Sae—. Han hecho un trabajo de lo mejor y nos han ayudado en gran medida. Ahora para devolverles el favor, ¡me ofrezco a leerles la fortuna!

Ante una propuesta tan funesta, todo el grupo dio un paso atrás.

Un anciano trajo un frasco y se lo entregó a Rimpa Sae. Lo sostuvo en alto con los ojos cerrados, al mismo tiempo que entonaba un cántico con voz grave. Un anciano agitó el incienso y otro golpeó un pequeño gong de bronce. Entonces, Rimpa Sae echó lo que estaba dentro del frasco, en su mayoría eran huesitos y varias hierbas, encima de una alfombrilla bordada que tenía delante. Los hombres miraron ansiosos cómo se disponían los elementos al caer en la alfombrilla. El sacerdote los miró fijamente, luego gruñó. Los hombres quedaron boquiabiertos.

—¡Qué cosa tan extraña veo! —afirmó Rimpa Sae—. Hoy se han mezclado el fuego y el agua. El fuego de las mentiras se ha extinguido gracias a la pureza del agua. El fuego ha quedado en la nada y el agua reina por encima de todo... ¿En qué año naciste? —preguntó el sacerdote a Pan Lin.

—¡En el año de la rata! —contestó nervioso el hombre.

—Ah... ¡muy bien! —prosiguió Rimpa Sae—. La rata se quema con el fuego, ¡pero nada en el agua! ¡Sugiero que te quedes en tu casa y no salgas por tres días!...

Durante ese tiempo ustedes no permitan que se prenda fuego, ni siquiera para cocinar, ¡es un mal presagio!... Pasarán tres días lavándose repetidamente con agua de la cabeza a los pies, por lo menos dos o tres veces al día... Luego, ¡no tendrán nada que temer!

—¡Gracias! ¡Gracias, noble caballero! —agradeció con efusividad Pan Lin mientras se postraba, aliviado de haber escapado con tal facilidad de la ira del sacerdote.

Como no hubo intercambio de palabras ásperas, además quedó bien ante la multitud.

—¡No hay de qué! —dijo Rimpa Sae indicándole que dejara de manifestar su agradecimiento—. Ahora discúlpeme, pues estoy cansado. La danza del dragón continuará mientras se retiran.

Después de aquello, el maestro del templo dio unas palmadas y los bailarines regresaron. Los tambores y los címbalos comenzaron el golpeteo rítmico.

Los aldeanos se apresuraron a salir del salón, haciendo una marcada reverencia mientras se retiraban, y los bailarines del dragón se entremezclaban con la multitud, poniendo a los hombres más que nerviosos con sus máscaras funestas y sus miradas aguzadas.

Cuando la avergonzada multitud salió del salón, los ancianos cerraron y atrancaron tras de sí las grandes puertas labradas de color rojo y oro, dejándolas bien aseguradas.

—Creo que ya no hay peligro y pueden salir —llamó Rimpa Sae.

Los acalorados y cansados participantes de la danza del dragón se quitaron las máscaras y las ropas, revelando entre los bailarines experimentados, a una pareja

muy sudorosa.

—¡Vaya! ¡Qué calor he pasado! —exclamé.

—¡Fue extenuante! ¡Nunca imaginé que bailar fuera tan agotador! —agregó Kai Sun.

—A Dios gracias —comentó Rimpa Sae—, esas personas no habían observado la danza del dragón de cerca, pues no podría afirmar que ustedes dos lo hayan hecho como se debe. No obstante, tomando en cuenta lo rápido que la aprendieron, ¡diría que podrían llegar a ser miembros honorarios del grupo de bailarines del templo!

—¡Qué milagro que no se les ocurrió registrar a las personas enmascaradas! —agregué.

—¡La bendición y la protección de Dios están con nosotros! —declaró el sacerdote

—. Si todo sale bien, esos bravucones no nos causarán dificultades durante los próximos tres días, pues estarán encerrados en sus casas, dándose baños fríos y comiendo comida fría mientras pensamos lo que vamos a hacer. Se me ocurre que ambos deberían hacer un pequeño viaje en compañía de algunos de mis ancianos. Podrían acompañarlos parte del camino para asegurarse de que estén a salvo.

—¡Muchísimas gracias, señor! —dijo Kai Sun inclinándose ante el sacerdote para mostrar su agradecimiento.

—Sin embargo, voy a pedirles que hagan algo, que se disfracen de monjes del monasterio para que los que los acompañen no corran peligro... Eso significa —dijo mirándome— que se afeitarán la cabeza, claro.

—¿Afeitarme la cabeza? —pregunté alzando las cejas.

—Crece con rapidez, Lu Yisi —interrumpió Kai Sun, en un intento de ser persuasivo y cooperar.

Tragué saliva, pero me di cuenta de que, naturalmente, tenía que acceder. Lo haríamos para proteger a los ancianos que arriesgarían la vida por nosotros. Me di la vuelta para quedar de frente ante aquellos caballeros y me incliné mucho para hacer una reverencia.

—Estoy muy agradecida y honrada por lo que la ayuda que nos han brindado. No tenemos forma de recompensarlos por la gran amabilidad y valentía de que han hecho gala. Unos pocos mechones de cabello no son nada en comparación —les aseguré.

Un anciano miró a Rimpa Sae, pidiéndole permiso para hablar y le fue concedido. Entonces se dirigió a Kai Sun y a mí:

—Nos maravillamos ante el gran poder de su Dios, quien obra milagros como este, de hacer hablar a la joven novicia. Únicamente nos queda ofrecer asistencia a los que

han venido como maestros iluminados. Nuestro maestro nos ha transmitido muchas de las enseñanzas de sus Escrituras. Por ese motivo, les ofrecemos toda la ayuda que nos sea posible darles.

Kai Sun y yo nos inclinamos haciendo una profunda reverencia ante el grupo de ancianos que habían cooperado con el atrevido plan de Rimpa Sae para protegernos. —¡Muy bien! —continuó Rimpa Sae—. Esta noche dispondremos sus ropas y les afeitaremos la cabeza, a fin de que se marchen temprano, muy de mañana. Me despido; todo esto ha sido mucha actividad para un hombre de mi edad.

—Apreciado maestro, ¿cómo podré agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros? —le pregunté.

—Jovencita, nos has traído la luz del conocimiento del Cielo. Somos nosotros quienes estamos en deuda. Eh Mei los acompañará parte del camino, pues estoy seguro de que ella también se siente muy en deuda contigo —precisó.

—Toda la gloria es de Dios por cualquier bien que haya resultado de nuestra estadía aquí. ¡Gracias a la disponibilidad de ustedes, Dios ha podido ayudarnos! —puntualizó Kai Sun con mucho énfasis, dirigiéndose a todos. Y con esas palabras de despedida nos retiramos a nuestras habitaciones.

PENSAMIENTOS E INTENCIONES

Me pasé la mano por la cabeza afeitada, que se sentía como un mentón recién afeitado. Mis dedos lo palpaban con extrañeza. Eh Mei había completado el trabajo con rapidez y me mostró cómo se llevaba el traje de novicia. Después de cambiarme, oré, y el Señor me indicó que había llegado la hora de hablar con Kai Sun, pues debíamos tomar decisiones importantes en cuanto al sitio exacto a donde nos dirigiríamos. Mucho dependía de cómo reaccionara Kai Sun ante mi propuesta. Me embargaba una paz interior, que antes me había faltado. Sentía que era sin duda el momento propicio que Dios había escogido y además me guiaban Sus Palabras. Di unos golpecitos en la puerta de Kai Sun y la abrió un monje joven que tenía los ojos y la expresión intensos de Kai Sun. Me reí al verlo, y él de mí.

—Kai Sun, sé que es tarde, pero creo que el Señor quiere que hable contigo —le informé.

—Desde luego —dijo, abriendo la puerta para hacerme entrar, a la vez que me miraba con curiosidad.

Me acomodé en una silla. Percibí que el Señor me bañaba con Su gracia para que no me sintiera tensa y afrontara aquel tema que podría ser incómodo. Empecé:

—Kai Sun, me doy cuenta de que tal vez te parezca repentino, pero he estado orando y me parece que he recibido la guía del Señor sobre lo que debo hacer. Por supuesto, comprendo que todo depende de lo que pienses del asunto y que no es una decisión que se toma a la ligera. Pienso, no obstante, que el Señor nos da la oportunidad de elegir... Kai Sun, si me aceptas, deseo casarme contigo y acompañarte a las montañas para que puedas establecer un colegio.

Se quedó boquiabierto. Me miró fijamente, atónito. Si no hubiera sido por la gracia del Señor, el orgullo me habría dominado, pero en ese instante miré aquella circunstancia casi con cierta diversión.

—¡Ve que te he tomado por sorpresa! —dije sonriendo—. ¿Te parece muy aterradora mi propuesta?

De su compostura no había quedado nada.

—¡Vaya!... sí... ¡no!... pero, si... ¿cómo...? Lu Yisi, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Sí, me doy cuenta —respondí suavemente—. He orado mucho al respecto y lo he pensado bastante, y creo que el Señor me ha guiado a que tome esta decisión.

—Lu Yisi, estoy de lo más halagado, pero no tienes idea de los rigores que tendrías que soportar, ¡el sacrificio que una decisión así significaría! La vida en las montañas... ¡casada con un evangelista chino! ¿Cómo podría resultar bien? —se preguntó, negando con la cabeza.

—Kai Sun, ¡te amo! ¿No sientes nada por mí?

Me miró con un anhelo que jamás había visto en sus ojos, como si no pudiera contener sus sentimientos. Lo único que impedía que los ojos delataran sus emociones contenidas era su férrea voluntad, tentada al máximo. Entonces, apartó bruscamente los ojos de los míos.

—Lu Yisi, ¡en este asunto hay muchas otras cosas además de las emociones! —replicó, intentando no sólo convencerme a mí, sino también convencerse a sí mismo

—¡Debemos ser prácticos!

Intenté reprimir una sonrisa que se esbozaba en las comisuras de mis labios. ¡Kai Sun, siempre juicioso y práctico, continuó enumerando, con toda seriedad, todos los motivos que hacían inaceptable a aquel arreglo!

—...Viviré en una de las zonas más remotas del país. No es un sitio para una mujer como tú. Estaré en situaciones peligrosas y hostiles.

—Situaciones peligrosas y hostiles—repetí, reflexionando—. Sería un cambio interesante, ya que ¡aquí la vida se ha vuelto un poco monótona últimamente!

—Lu Yisi, te ruego que tomes en serio mis palabras. Mis ingresos son precarios o

nulos. ¿Cómo podría cuidar de una esposa? La misión no me dará apoyo económico. Ese fue el arreglo que hice con Everett, que la misión me daría formación, pero que cualquier obra que yo iniciara en un sitio tan remoto tendría que mantenerse de modo autónomo. De lo contrario, la gente me vería únicamente como un empleado de los extranjeros, y pensaría que mi conversión fue motivada sólo por dinero. Como ves, no tengo un centavo; ¡no podría mantenerte como debe hacerlo un esposo! —afirmó. De repente, recordé un pasaje de la Biblia:

—«Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falte conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» —repliqué.

Kai Sun me miró resueltamente.

—No tendrás contacto con ninguna persona occidental. ¡Tendrías que dejar atrás cualquier vestigio de tu pasado! —discurrió.

Otro versículo que se me ocurrió de inmediato fue:

—«No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios».

Kai Sun abrió la boca como si estuviese a punto de hablar, pero la volvió a cerrar.

Después, mirando hacia abajo, precisó con tristeza:

—Lu Yisi, no podría pedirte algo así.

—Kai Sun, tú no me lo estás pidiendo. ¡Soy yo quien te lo pide! Pero, si no me amas, o no te parece que sea la Voluntad de Dios, o si entorpece tu futura obra, entonces, lo entenderé y no te obligaré a aceptarme.

Me miró al rostro, y volvió a mirar hacia el suelo. Se veía totalmente confundido. Me daba cuenta de cuáles eran sus sentimientos, pero él pensaba que debía protegerme de todo peligro y mal. Comprendí por qué vacilaba, pues no era de los que ponen sus deseos por encima del bienestar de los demás. Entonces, cambió de expresión por algo que se le ocurrió.

—... Dime, Lu Yisi. ¿Cómo sabías que deseaba establecer un colegio? Te conté que quería evangelizar a mi gente, pero no hablé con nadie de mi deseo de fundar una escuela, excepto con Everett, pues no veía de dónde sacaría los recursos para hacerlo. ¡No parecía más que un sueño!

—¡Pues fue el mismo Everett el que me lo dijo en un sueño! ¿Recuerdas que te conté que él me había dado instrucciones?

Kai Sun asintió.

—Pues bien, las instrucciones que me dio fueron que el Señor tenía un plan para

nosotros dos juntos. Yo debía acompañarte y ayudarte en la obra de establecer un colegio en las montañas. ¡Y que después, Dios se valdría de ese mismo colegio para preparar a evangelistas nativos que, a su vez difundirían el Evangelio a toda la gente de la región!

—¡Oh, Señor nuestro! —exclamó Kai Sun poniéndose pálido—. ¡No lo entiendo! Ni más ni menos, ¡ese es el plan que le conté a Everett! ...Pero, ¿cómo conseguiremos el dinero para realizar algo así?

—Kai Sun de mi alma, si supiera la respuesta a esa pregunta, sería Dios —comenté con una sonrisa—. ...Pero como no lo soy, no nos queda más que confiar en que Él nos abrirá camino.

Una vez más, Kai Sun vaciló y, cabizbajo, señaló:

—Lu Yisi, espero que lo comprendas y que no te ofendas por que no puedo darte una respuesta de inmediato. Lo último que desearía es causarte daño, ¡significas tanto para mí! —Se atrevió a levantar los ojos antes de continuar—. Pero sí entiendes que debo pensar en el asunto y orar para saber cuál es la Voluntad de Dios, ¿no es así?

—No esperaré menos de tu parte. Lo comprendo perfectamente —le respondí mientras me estiraba y le acariciaba un poco la mejilla.

Luego, le di las buenas noches, y cerré la puerta al salir.

Aunque no me lo esperaba, dormí toda la noche. Tal vez fue gracias a la paz que da la sumisión, pues puse mi voluntad en las manos de Dios. No sabría explicar por qué, pero sabía que quedaría satisfecha con lo que decidiera Kai Sun, cualquiera que fuera su decisión. Con toda seguridad, lo que me ayudaba a no preocuparme era la gracia de Dios.

Kai Sun, por el contrario, no pudo pegar un ojo. El plan le parecía por demás ilógico, impráctico y disparatado. Sin embargo, su corazón le decía otra cosa. ¿Acaso no hacía Dios cosas inesperadas y aparentemente carentes de sentido común? Aunque trataba con todas sus fuerzas de apartar sus sentimientos de los elementos en que se basaba para tomar la decisión, su corazón anhelaba creer que todo podría concretarse... ¡Una esposa que lo amaba y a quien él amaba! Y si es inglesa, ¿qué importancia tendría? Dios mira el corazón, y los demás también debían aprender a ver más allá de las diferencias. ...Aún así, ¿podría ser posible? ¿Era la voluntad de Dios?

Kai Sun oró de rodillas como nunca en la vida. La paz y la certeza de lo que tenía que hacer le llegaron con los primeros trinos de los pájaros matutinos y las primeras luces del día.

Escuché que tocaban a mi puerta y supe que era él. Salté de la cama y me apresuré a abrir la puerta. Al ver la sonrisa que irradiaba su rostro supe lo que había decidido. Me eché en sus brazos y él me besó con una mezcla de ternura y pasión que me inundó los ojos de lágrimas. Luego, me miró y con gran seriedad preguntó:

—Lu Yisi, te pido que seas mi esposa y que vengas a vivir conmigo.

—¡Qué idea tan encantadora! —dije riéndome—. ¿Cómo no se me ocurrió a mí?

Inclusive Kai Sun no logró evitar sonreír, y añadió con tono serio:

—Quiero, sin embargo, que sepas algo. Si alguna vez, por la razón que sea, cambias de opinión en cuanto a la vida que has escogido conmigo en las montañas, no preguntaré nada. Solemnemente te prometo que estaré contigo mientras viva. No obstante, además te prometo que te liberaré de tu voto conmigo en el momento en que me lo pidas y desees reunirte con tus compatriotas ingleses. No te lo echaré en cara. Lo entenderé.

Pese a que traté de oponerme a tal arreglo, no lo convencí de rehacer su voto. Con el tiempo, sin embargo, comprobaría que fue útil aquella condición preliminar de nuestro matrimonio. Como sabía el alto precio de manifestar quejas o descontento con mi destino como esposa de Kai Sun, jamás me permití hablar de tales cosas en los momentos oscuros de desaliento que enfrenta todo matrimonio. Sabiendo lo fácil que sería echarlo todo por tierra con un comentario descuidado, me mantuve bien alejada del borde de ese despeñadero tan peligroso, pues no quería dar pie a ningún desliz. Eso nos fortaleció a ambos.

Por fin, dejé de discutir con aquel hombre maravilloso y tan obstinado, y le di un beso prolongado y colmado de cariño. Me reí en mi interior pensando que aquello era una prueba de que de verdad existía entre nosotros un verdadero amor, pues con mi cabeza afeitada y vistiendo las ropas sin forma de una monja, no era posible que Kai Sun se sintiera atraído sólo por mi apariencia.

En ese momento, escuchamos que alguien se aclaraba la garganta en el pasillo.

Alzando la vista, vimos a Rimpa Sae que se hallaba detrás de nosotros. Sin duda alguna, una novicia y un monje abrazándose con pasión no era una escena común en los pasillos del monasterio y él no sabía muy bien cómo reaccionar.

Kai Sun, aunque un poco confundido, se recuperó con rapidez y anunció:

—Noble señor, queremos que usted sea el primero en enterarse de nuestra decisión.

¡Lu Yisi y yo estamos comprometidos y planeamos casarnos!

El sacerdote pareció inmensamente aliviado.

—¡Enhorabuena! Por un momento me pregunté si no se trataría de ritos tántricos que

eran parte de sus creencias, y de los cuales no estaba enterado. ¡Aquí no hemos practicado esa forma de culto!

Kai Sun se ruborizó y no dijo nada.

De pronto, una idea iluminó el rostro del sacerdote.

—Pues bien, ¡éste parece es el momento ideal para entregarles el obsequio que les he traído! Les ruego que acepten esto, con nuestros humildes deseos de que sean felices. Rimpá Sae se inclinó ante nosotros mientras nos entregaba un objeto envuelto en un paño amarillo. Kai Sun aceptó el regalo, que era bastante pesado, con una reverencia.

—Les ruego que lo abran ahora —pidió el sacerdote— para que sepan lo importante que es llevar este regalo sin correr riesgos.

Kai Sun quitó cuidadosamente la envoltura de satén que cubría el objeto y se quedó contemplándolo un momento, sin comprender: ¡se trataba de una barra de oro macizo! Mirando al sacerdote manifestó:

—Estimadísimo señor, su amabilidad es ilimitada, ¡pero no puedo aceptar un regalo tan valioso! ¡No somos dignos!

El sacerdote alzó la mano para acallarlo.

—Les ruego que no nieguen a un anciano el placer de dar —expresó con una sonrisa—. Me doy cuenta de que su cortesía no les permite aceptar un regalo sin objeción; empero, creo que me estarían negando una gran bendición si no aceptan humildemente mi pequeña ofrenda. ¿Acaso sus Escrituras no dicen que «es más bienaventurado dar que recibir»? Además, ¡ahora será mi regalo de bodas!

Miramos al sacerdote y luego a la barra de oro, sin lograr pronunciar una sola palabra. Entonces, de repente, tomé a Kai Sun del brazo, y exclamé:

—¡El colegio! Kai Sun, ¡Dios proveyó!

Me miró con los ojos muy abiertos. Creo que fue demasiado para él. Después de todo, en un lapso de 24 horas había visto a una joven muda a la que el Señor curaba milagrosamente, había escapado de una turba enardecida, se había afeitado la cabeza y había adoptado la vestimenta de un monje, había aceptado la propuesta matrimonial de una extranjera a la que en un sueño le fueron revelados los secretos anhelos de él, y ahora le ofrecían como regalo una gran cantidad de oro con la cual podría concretar sus sueños. Pasaron muchos días antes que Kai Sun pudiera dejar de sacudir la cabeza diciendo:

—¡Cuán grande y misterioso es el Señor!

HASTA LO ÚLTIMO DE LA TIERRA

En cuanto se levantó el sol por el horizonte, una procesión de monjes abandonó el monasterio, seguida por dos jóvenes novicias que caminaban respetuosamente a cierta distancia. Como estaban bien envueltas para protegerse del frío matutino, poco se veía de su rostro debajo de los ropajes y el sombrero, al menos por el momento. Cuando se tuvieran que quitar la tela que les cubría la cabeza, ésta se vería afeitada y parte integral del convincente disfraz. Después de entrar al pueblo, el grupo evitó con cautela cualquier contacto físico con los aldeanos madrugadores, pues tocar a un miembro del sexo opuesto se consideraba una contaminación. Las novicias mantenían la mirada hacia el suelo, con humildad, para asegurar su castidad y piedad. Afortunadamente, a esa hora temprana y debido al clima frío había pocos aldeanos en las calles.

El grupo, que parecía ir en peregrinaje, alquiló una embarcación para viajar por el río muchos días, hasta llegar a un lugar en que los senderos que venían del oriente llegaban al río. Comenzando primero por montes bajos, luego subiendo hasta cumbres altas, pasarían muchos días caminando por la ruta sinuosa, si deseaban viajar hasta las tierras de las tribus montañosas.

Entonces, uno de los monjes hizo algo extraño: compró ropas seglares y se las dio a dos de sus compañeros de viaje. Al término de una despedida prolongada y afectuosa, los demás monjes alquilaron otro barquero y se dirigieron de nuevo al monasterio. No obstante, los monjes que regresaron se detuvieron para enviar amables comunicaciones por barco a un puesto misionero distante, informando de los avances de cierta empresa misionera reciente; además, se esperaba que la misión enviara otra carta a Inglaterra informando a la familia de cierta joven de su decisión de convertirse en «la señora de Kai».

Kai Sun y yo subimos a un monte alto. Desde allí se podía contemplar el valle junto al río. Calculamos que nos esperaba una caminata de más o menos medio día para llegar a un pueblecito cercano habitado por un grupo étnico. Esperábamos que nos resultara posible pasar lo que quedaba del invierno en aquel pueblecito, hasta que se despejaran los senderos que nos permitirían llegar a las tierras natales de Kai Sun. Oramos pidiendo guía y resolvimos decir a todo el que encontráramos que yo provenía de una provincia occidental distante, y así explicaríamos por qué yo tenía ojos claros.

Esperábamos permanecer en una posada hasta que se derritieran las nieves y dar el mensaje del Evangelio a la gente del pueblo. La región, al parecer, era mucho menos restrictiva que el resto del país, y si lo hacíamos con prudencia, y evangelizábamos

persona a persona y con cuidado, pensábamos que tendríamos una estadía fructífera mientras esperábamos que se despejaran los senderos.

Gracias a Dios, en esa región llevar la cabeza rapada era señal de duelo. Como era de mala suerte hablar de los muertos, esperábamos que se nos harían pocas preguntas de por qué ambos estábamos teníamos el pelo casi cortado al rape.

Llegamos al pico salpicado de nieve que acababa de caer. Contemplamos aquella escena presentada debajo de nosotros.

—¿Alguna vez has visto algo tan hermoso? —pregunté a Kai Sun.

—Lu Yisi —me dijo, mirándome a los ojos. Sus pensamientos evidentemente estaban en otra parte—. ¿Te das cuenta de que no tenemos pastor que officie nuestra boda?

—Entonces, tal vez tengamos que casarnos nosotros mismos —sugerí prosaicamente, sin preocupación por las formalidades.

Kai Sun se sonrió, y sin un momento de vacilación me tomó las dos manos enguantadas entre las suyas.

—Lu Yisi, ¿me aceptas como esposo? ¿Vivirás conmigo y junto a mí servirás al Señor?

—¡Sí, mi amor! —respondí—. Y tú, Kai Sun, ¿vivirás conmigo, serás mi marido y obedecerás al Señor, al igual que yo lo haré, todos los días de tu vida?

—¡Sí, lo haré, paloma mía! —contestó.

—Entonces, ¡ya puedes besar a la novia! —le dije, y Kai Sun obedeció a la perfección. Después del abrazo más tierno y amoroso de mi vida, comenzamos a caminar subiendo el sendero tomados de la mano.

No podía dejar de pensar en todos los milagros que había obrado Dios para protegernos y unirnos —y ahora como marido y mujer—, para que le sirviéramos. No lograba agradecer al Señor lo suficiente por la manera increíble en que nos manifestó Su presencia en distintas ocasiones. Aunque el futuro era de lo más incierto, nunca me había sentido tan feliz. Casi estallando de emoción, grité a toda voz ante el campo desierto:

—¡Gracias, Jesús! —y la frase se repetía. Era mi propia voz que hacía eco en los montes que nos rodeaban.

—¿Escuchas? —pregunté a Kai Sun, sonriendo—. ¡Nos llaman! ¡Es el llamado de la montaña!

PARTE 3

A TODA CRIATURA

«A la obra de Dios que se hace como Dios quiere, nunca le faltará provisión!» J. Hudson Taylor

CUANDO EL PECADO ABUNDA

En cierta forma me parece extraño hacer mucha mención de ciertos sucesos de mi vida que, por así decirlo, fueron un poco más dramáticos que otros. Al leer todos estos capítulos de mi vida, uno pensaría que la mayoría de mis años los pasé experimentando incesantes aventuras, presenciando día tras día milagros portentosos como los que relato. Ello me causa gracia en cierta medida. A decir verdad, mi vida, en su mayor parte, fue bastante rutinaria y muchas veces hasta monótona.

Mis días se centraban principalmente en las tareas monótonas y comunes que son necesarias para la vida diaria de servir al Señor: cuidar a un niño enfermo hasta que se sane, preparar la comida, escuchar los problemas de una amiga, lavar la ropa, enseñar la Palabra de Dios a personas que muchas veces tardaban mucho en comprender hasta las verdades espirituales más sencillas; todo ello constituía la verdadera esencia de mi vida. Los demás sucesos eran como el baño de una torta o pastel de muchas capas, el cual se sirve para dar más sabor y que se vuelva más interesante.

Con todo, al reflexionar sobre lo que ocurrió en nuestra vida, veo que muchas veces los detalles aparentemente insignificantes eran los que nos daban mayor satisfacción y nos hacían sentir que habíamos logrado algo. Una muralla se construye con pequeños e insignificantes ladrillos, puestos uno encima del otro. Es indudable que una aventura estimulante contribuye a que un relato resulte cautivador. Además, debo contarlos para dar testimonio de todo lo que Dios hizo por mí. Lo que me da mayor placer, sin embargo, es recordar y ver toda una vida llena de expresiones de cariño que, por lo general, se manifestaban de formas sencillas y comunes.

Luego de este breve inciso, continuaré con el relato de cómo Dios me llevó a mi hogar en las montañas de lo que hoy es Yunnan. Los años que pasé allí estuvieron colmados de felicidad, y a la vez teñidos de tristeza. Para mí fue un período de mucho aprendizaje, una época de renunciar a todo lo que yo creía que sabía, y de aprender a escuchar a Dios paso a paso. En esa época tuve que aprender a ser esposa, a querer a un pueblo extraño como si fuera mi propio pueblo, a no dar la espalda a lo que Dios me había llamado a hacer, y a perseverar. Por lo bueno que haya resultado, debo darle todo el mérito a Dios y sólo se debe a que Jesús nos cuidó y nos dirigió

continuamente y sin falta.

Después de huir del monasterio, Kai Sun y yo pasamos el invierno en los pueblecitos más bajos de las regiones montañosas hasta que la nieve invernal dejó de bloquear los pasos de montaña. A comienzos de la primavera, subimos por las altas montañas para llegar a la tierra natal de Kai Sun y al que sería nuestro hogar.

Recuerdo la increíble limpidez azul del firmamento: parecía extenderse hasta lo infinito, hasta la misma bóveda celeste. Al contemplarlo, imaginaba que los picos blancos y distantes eran semejantes a grandes montones de crema batida contrapuestos en el fondo azul del cielo. Me preguntaba si habría en la tierra algún lugar de igual belleza. Muchas veces caminaba por las afueras del pueblito a solas y aspiraba el aire fresco para despejarme de los problemas.

Aquellos primeros años fueron difíciles para Kai Sun y para mí, sin embargo fueron gratificadores en gran medida. Nos encontramos con muchos obstáculos, pero saber que habíamos sido unidos de una forma tan milagrosa nos impidió dar la vuelta y echar a correr cuando parecía que las circunstancias rigurosas nos abrumaban. Yo estaba agradecida por eso, pues si nuestra misión y nuestro matrimonio no hubieran estado tan claramente dirigidos por Dios, en ciertos momentos no habría tenido la fe necesaria para quedarme.

Recuerdo bien una época en Inglaterra, cuando me preparaba para venir a China como misionera. Una persona que se hallaba de visita en mi casa, un caballero de lo más educado, expresó su desaprobación por mis inclinaciones de hacerme misionera. Arguyó que yo no tenía derecho a ir a una tierra extraña y obligar a unas personas a que aceptaran mis creencias religiosas, cuando éstas ya tenían su propia religión. —En su ignorancia, son felices —había argumentado, un poco divertido por mi entusiasmo—. ¡No les hace falta un Salvador!

A lo largo de los años había pensado muchas veces en aquel caballero, y más de una vez me imaginé invitándolo a pasar un tiempo con nosotros en nuestro hogar de la montaña.

En el pueblito, aunque no lo habría cambiado por nada, la vida no siempre es rústica y encantadora. Es cierto que me quedé enamorada del lugar y de su gente, pero el cortejo no fue sin sus dificultades. Tuve que aprender a vérmelas con la suciedad y la enfermedad, la ignorancia y la superstición, además del temor, los chismes y una gran medida de intolerancia hacia lo extranjero. Y para que se den una idea, *extranjero* puede ser cualquier cosa que se haga en un pueblito ubicado a unos 16 kilómetros sendero abajo.

Las rivalidades entre los clanes también tuvieron un papel social predominante, y los que se hicieron creyentes tardaron muchos años en aceptar a cabalidad que todos somos «hermanos en Cristo». Entre los clanes rivales se libraban guerras que llevaban a muchos hogares muertes sin sentido y rencillas enconadas. Con frecuencia las familias ni siquiera sabían por qué estaban enemistadas con otros clanes, pues los rencores habían pasado de generación en generación, y la ofensa original se había olvidado por completo, pero no se había perdonado.

Pese a que el paisaje era majestuoso y la gente montañesa era extraordinaria, la vida rural no quedaba exenta de presiones, como ocurre en la ciudad. Hay decepciones, las cosechas se arruinan, los seres queridos fallecen, los animales se enferman o se pierden. La gente tiene que encontrar formas de superar el agotamiento y el dolor, la soledad y el temor. Durante los meses más fríos del invierno, cuando no se puede trabajar mucho afuera, el aburrimiento y el potente licor hecho en casa, que era tan popular en las montañas, puede llegar a convertir a un esposo dócil en un borracho que golpea a su esposa, o en un apostador irresponsable.

Apostar era normal en las montañas. Lo peor eran los festivales, sobre todo después de que se habían recogido las cosechas. En tales ocasiones, tanto hombres como mujeres pasaban días bebiendo. En una noche, un ebrio podía perder en las apuestas todo lo que la familia entera había obtenido con trabajo sacrificado durante la agotadora época de la siembra. Si se perdían las cosechas en la apuesta, era posible que también se apostaran los animales. En intentos desesperados por recuperar lo perdido, se apostaba hasta a los miembros de la familia. Más de una vez se llevaban arrastrando y entre llantos a una jovencita aterrorizada como pago de la deuda que tenía su padre borracho. En otros casos, se sabía que los hombres hasta llegaban a apostar a sus propias esposas. A nadie le gustaba, y los aldeanos chasqueaban la lengua y meneaban la cabeza avergonzados. Pero así eran las cosas, ni más ni menos. Después, estaba el asunto de los chamanes de la aldea. Temidos por todos, aquellos hombres tenían mucho poder en sus manos gracias a su habilidad de comunicarse con los espíritus malos. La gente creía que había que aplacar a los demonios. Si el espíritu estaba ofendido y enojado, tenía el poder de echar una maldición, causando desastre al hogar de la persona o a su aldea. La vida ya era difícil sin despertar además la ira de los espíritus malvados, por lo que con regularidad se consultaba a los chamanes.

El sacerdote, después de salmodiar y beber mucho, se dejaba poseer por un demonio. Entonces, se movía violenta y convulsivamente, y empezaba a proferir cualquier

palabra que el demonio le pusiera en los labios. Muchas veces, hablaban demonios poderosos que amenazaban con hacer grandes estragos en la aldea. Se pedían enormes recompensas, y para calmar al demonio se ofrecían licor, dinero, animales, o cosechas. Los ancianos recordaban una época, hacía años, en que el hambre y la escasez se había apoderado de todas las aldeas de la región y se había exigido un sacrificio humano. La gente meneaba la cabeza y todos suspiraban. A nadie le gustaba aquella situación, pero así era la vida.

Sin embargo, el grito más patético y más desgarrador que oí en la vida fue seguramente el de una joven madre que yo conocía, cuando dio a luz mellizos en la casa de la loma, justo encima de la nuestra. Conocíamos bien a la familia, pues se encargaban de cuidar nuestros animales. La joven madre, de apenas 16 años, había esperado con ilusión tener a su bebé.

Para esa época Kai Sun y yo llevábamos dos años casados y por algún motivo todavía no había concebido. Ansiaba tener un bebé en mis brazos. Aunque muchas veces me costaba entender, estaba aprendiendo las costumbres de la gente y nos animaba ver que estábamos logrando tener un efecto en la vida de los aldeanos. Para entonces muchos habían aceptado la fe en Jesús. Sin embargo, las viejas costumbres son difíciles de desarraigar. El sol ya se había puesto y nos estábamos sentando para cenar cuando escuchamos el gemido angustiado de la madre que venía de arriba, del monte, y el grito horrorizado de los asistentes:

—¡Hay dos! ¡Son dos!

Kai Sun soltó el tazón que tenía en la mano y corrió, conmigo siguiéndolo detrás.

Gritaba:

—¡Yo los tomo! ¡En el nombre de Dios, deténganse! ¡Yo los tomaré!

Pero ya era tarde; cuando llegamos allí, los recién nacidos ya habían sido enterrados. La ignorancia, el temor y las profecías malignas de los demonios hacían que los aldeanos tuvieran miedo de que el nacimiento de los mellizos les trajera una maldición. Los demonios exigían que los indefensos bebés fueran enterrados vivos de inmediato.

Algunas embarazadas que sospechaban un nacimiento múltiple se arriesgaban y se alejaban a fin de dar a luz solas. Preferían el riesgo de parir sin ayuda antes que tener que enterrar a los dos niños. Si no había prueba de que habían nacido dos, por lo menos uno se podía llevar a la casa. El parto con frecuencia era un suceso temido y que se mantenía con mucho secreto. Las mujeres lloraban y sacudían la cabeza. A nadie le gustaba la situación. No obstante, en las montañas las cosas cambiaban muy

despacio.

A veces, en momentos de debilidad, cuando llevaba sobre mis propios hombros el peso de querer iluminar a esas personas, me daba ira, amargura, e inclusive sentía odio. Luego me arrodillaba, pedía a Jesús que me dejara sentir como Él, que me hiciera amar a esas personas con Su amor, y entonces se me quebrantaba el corazón por ellas.

La gente, ya sea de la aldea o de la ciudad, que viva en Inglaterra o en China, o donde sea, tiene necesidad del Salvador. El mal, donde sea que se encuentre, únicamente puede combatirse con el poder de Dios, pues sólo Él es mayor y más poderoso que cualquier demonio. Lo que no podemos hacer por nuestras propias fuerzas, Jesús lo puede obrar con Su poder.

Perdónenme si he tocado mucho el aspecto negativo de la vida tal como era en esa época en nuestro hogar de la montaña. Aunque sin duda había mucha belleza y felicidad en la gente de la aldea y el campo que nos rodeaba, con todo, hay que mencionar el aspecto oscuro de la historia a fin de comprender de manera íntegra la verdadera luz que llevó Jesús a aquel sitio. Aunque fue difícil y muchas veces lloraba, pues no entendía por qué las personas actuaban de esa forma, con el tiempo llegué a quererlas. Vi cómo Jesús transformaba su vida y borraba la oscuridad, el dolor, la superstición y el temor. Él curaba y salvaba las vidas y los cuerpos, y trajo orden y paz a un pueblo esclavizado por el enemigo de su alma.

Sí, me habría gustado que aquel caballero inglés pasara un tiempo con nosotros en nuestra aldea, en la primera época, y que observara cómo vivía la gente. Tal vez hasta él habría comprendido que aquellas personas precisaban de un Salvador.

PONER LA MANO EN EL ARADO

Decidimos establecer nuestro hogar en la aldea del *Tigre que Salta*. Habíamos orado y pedimos al Señor que nos dirigiera. Se podía llegar a todas las aldeas de la región —más de un centenar en total—, yendo por los senderos que cruzaban y serpenteaban por las escarpadas montañas y gargantas que se hallaban por encima del río. *Tigre que Salta* era una de esas aldeas, un sitio próspero, y los festivales que se hacían en el mercado muchas veces atraían a la gente de las regiones vecinas.

No era la aldea en que Kai Sun se había criado, pues para la familia de Kai Sun habría sido muy vergonzoso que su hijo llegara a la aldea no sólo con una nueva religión, sino además con una esposa extranjera a la zaga. Parecía más seguro esperar un poco antes de intentar restablecer vínculos con sus familiares. Los habitantes de

aquella aldea eran de la misma tribu, hablaban el mismo lenguaje y seguían las mismas costumbres. Kai Sun los comprendía y con paciencia también trataba de entenderlos.

Las primeras reacciones ante nuestra presencia fueron mejores de lo previsto. Por la innata curiosidad de la gente de la región, se me consideraba una novedad, alguien muy interesante. Para nuestra sorpresa, aceptaron la idea de que una persona nativa tuviera una esposa extranjera mucho más rápidamente de lo que lo hubieran hecho los chinos Han. Kai Sun me hizo practicar las costumbres tribales y supervisaba mi vestimenta de forma que en nuestras primeras apariciones en público me viera lo más *normal* posible.

Me di cuenta de que me convenía quedarme en segundo plano y ser la asistente de Kai Sun en todo lo posible. Traté de parecerme a ellos en todo, excepto cuando significaba transigir en aspectos de fe o de conciencia. Pero en la forma de expresarme, en vestimenta y alimentación, era toda una mujer de la montaña. Por esa razón, las pocas cosas en que no transigía—como por ejemplo que no me adaptaba a sus creencias religiosas ni a su bajo nivel de higiene—, no se percibían tanto como una amenaza. Con el tiempo, no hacían caso de mis costumbres extrañas de hacer ciertas cosas y las veían como excentricidades y rarezas inofensivas.

Otra vez tuve que aprender desde el principio lo básico del idioma, ya que tenía poco o ningún parecido con los dialectos que había aprendido antes. Era una novata, lanzada a una escuela en la que los exámenes finales se daban primero y las lecciones se estudiaban después. No tenía diccionario ni libro de frases que me guiara, y me vi obligada a aprender como los bebés, escuchando y repitiendo. Al cabo de un tiempo, logré entender lo que decía la gente. Por lo visto, siempre había alguien que quería ayudarme a entender, y durante nuestro primer año, Kai Sun también me traducía simultáneamente las conversaciones casi todo el tiempo.

Apenas llegamos, oramos y el Señor nos indicó que debíamos utilizar un poco del oro que teníamos para comprar un terreno en la aldea de *Tigre que Salta*. Parecía el lugar perfecto para instalar una combinación de escuela con iglesia que sirviera para transmitir el Evangelio a todas las aldeas de la región.

El jefe de la aldea, ansioso por conseguir oro en vez de ganado o cosechas se mostró muy servicial a la hora de ayudarnos a encontrar el sitio apropiado. Para construir, elegimos un lugar que daba al valle y, al mismo tiempo, quedaba al lado del sendero que pasaba por el centro del pueblo. En la propiedad había una pequeña casa de piedra, y abundante espacio para el colegio grande que planeábamos construir.

Contrariamente a como se hacían las cosas en *Tigre que Salta*, para cultivar adquirimos tierras en terrazas que quedaban a cierta distancia de nuestra casa, en vez de tenerlas al lado. Ello, debido a que esperábamos que con el tiempo tendríamos muchos asistentes al colegio e iglesia, y no deseábamos que los cultivos estorbaran la propiedad que iba a servir como centro comunitario en muchos aspectos.

Contratamos a unos cuantos aldeanos dignos de confianza para que nos ayudaran con la edificación y el cultivo, y nosotros vivíamos en la casita de piedra, mientras se iniciaba el trabajo en el colegio.

Sabía que el sueño de Kai Sun era que con el tiempo en el colegio pudiéramos dar formación a evangelistas nativos que nos ayudaran a evangelizar la región. No obstante, para cristalizar ese sueño, primero debíamos tener conversos, ya que no había una sola persona en la región que supiera quién era Jesús.

Kai Sun era el hijo menor de su familia y conoció a Jesús gracias a que su padre, un granjero próspero, lo envió a estudiar al distante municipio junto al río. Era señal de prestigio que el hijo viajara tan lejos para asistir al colegio donde podría aprender a leer y escribir. Pocos eran los que podían darse ese lujo y menos los que lo consideraban necesario. No obstante, la prosperidad había llegado a la familia de N'gai —ése era el nombre nativo de Kai Sun—. Había recibido varias extensiones grandes de tierras como pago de deudas contraídas con él, y se había beneficiado en gran medida por unas cosechas inusualmente cuantiosas. Así pues, el padre de Kai Sun dio un paso muy progresivo y decidió educar a su muchacho.

Ello causó gran alboroto entre los montañeses de la región, quienes en general no veían bien a los chinos Han y no se relacionaban mucho con ellos, aunque por el gobierno y el comercio se veían forzados a mantener un contacto mínimo. Muchos aconsejaron a la familia que no mandara a su hijo de viaje, temerosos de que al entrar en contacto con esas *sanguijuelas*, como llamaban despectivamente a los chinos Han, se fuera a contaminar.

Kai Sun fue un alumno muy inteligente. Aprendía el idioma con rapidez, además de la lectura y la escritura. Luego de varios años de aprendizaje, Kai Sun, que por entonces rondaba los veinte años, se cansó de los estudios. Extrañaba las montañas, era cierto, pero lo que lo preocupaba era algo más que nostalgia por su hogar. Lo afligía cierta ansiedad espiritual que no podía aplacar. Ansiaba algo más que volver a la vida en las montañas; empero, no sabía a ciencia cierta qué era eso que buscaba. Ese anhelo, aunque era intangible, para él era más real que el hambre o la sed, pero no podía precisar qué era lo que buscaba. En su esfuerzo por expresar sus

sentimientos en palabras, se dio cuenta de que su corazón estaba sediento. Tenía sed de conocer la verdad.

Cuanto más leía, más interrogantes se planteaba. Se propuso estudiar los clásicos antiguos chinos, pero únicamente encontró que cuanto más aprendía, menos sabía o entendía. Se planteó la eterna pregunta, lo que los buscadores han planteado desde el principio del tiempo: ¿cuál es el significado de la existencia?

No obstante, su búsqueda comenzó en firme cuando recibió un pasaje de la Biblia traducido al chino, algo que para él fue valiosísimo. Un estudioso nativo se lo había comprado a un grupo de evangelistas durante un viaje a una provincia vecina.

—Léelo —le aconsejó el estudioso—. Contiene una filosofía peculiar, pero interesante.

Luego de estudiarlo con minuciosidad, Kai Sun tenía más interrogantes que antes, pero eran preguntas de otro orden. En vez de preguntarse cuál era el significado de la vida, lo que ahora quería saber con toda su alma era cómo convertirse en cristiano, pues había decidido que quería serlo. Con el tiempo, aquello lo llevó a viajar por su cuenta, sin la aprobación de su familia, hasta la provincia vecina con la esperanza de ponerse en contacto con cristianos. Así ocurrió, y por fin se quedó en la misión, donde trabajó y donde fue en aumento su fe.

Con los años, sin embargo, Kai Sun no olvidó a su pueblo, que no sabía nada de la paz y del gozo que él había encontrado desde su conversión. Nadie había intentado hacer apostolado entre la gente de su tribu; la misión tenía bastante trabajo llevando el Evangelio a toda la región interior de China. No se iba a esfumar el llamado que sentía de volver a su tierra natal. Su deseo e insistencia por dar a su pueblo el mensaje de Dios desembocó finalmente en que fuera aceptado para que lo preparara Everett en la misión que se acababa de fundar en *Garganta de Dragón Largo*.

Era el momento de poner a prueba todo lo que Kai Sun había aprendido, y resolví ayudarlo al máximo de mis posibilidades.

El Maestro había proclamado: «Id por todo el mundo. [...] Y seréis Mis testigos. [...] Hasta los confines de la tierra.» Y habíamos obedecido su mandato.

A veces pensaba que no había otra forma mejor de describir la vida extraña y de aislamiento que yo llevaba viviendo entre los aldeanos de *Tigre que Salta*.

TIEMPOS DE COLEGIO

La reacción de la gente del pueblo ante la idea de establecer un colegio en *Tigre que Salta* debe de haber sido semejante en ciertos aspectos a la reacción que enfrentó Noé

al anunciar sus intenciones de construir un arca. La aplastante mayoría simplemente se preguntaba con toda sinceridad: «Y... ¿de qué serviría?»

Otros se reían y nos aconsejaban que no perdiéramos el tiempo con esa tontería.

Según la forma de pensar regional, construir un colegio sería tan útil como construir una represa en el desierto. Pocos, o ninguno, comprendían que era necesario.

Sin hacer caso de los comentarios, seguimos adelante. Mientras avanzaba el trabajo, sin embargo, además de supervisar la construcción, el plan principal de Kai Sun era convencer a la gente de que educar a sus hijos era muy útil. Y no era tarea fácil.

Los aldeanos, aunque tal vez eran incultos por no saber leer y escribir, distaban mucho de ser ignorantes. Conocían el campo, la flora y la fauna nativas como la palma de su mano. Entendían las complejidades de cultivar en cualquier clima imaginable y eran expertos en el cuidado y cría de los animales. Durante los meses de invierno las mujeres se concentraban en hilar y tejer telas teñidas en casa y bordaban trajes coloridos y complicados que eran el orgullo del ama de casa. Los hombres curaban carne, curtían cuero y labraban la madera esmeradamente haciendo tallas en madera que decoraban las ventanas y los aleros. Los conocimientos de medicina de la gente de campo se pasaban de generación en generación.

La gente de la montaña contaba con un enorme caudal de herencia cultural, pero nada de ese conocimiento se conservaba en forma escrita, pues no había nadie que lo escribiera. Además, si no sabían leer, la evangelización de los nativos sería únicamente posible de boca en boca. La clave para llevar el Evangelio a ese pueblo era enseñar a leer a la generación más joven.

Pese a que se daba poca importancia al aprendizaje con libros, contar relatos era un arte muy cultivado entre las tribus de la montaña. Como Kai Sun sabía que a todos les gustaba escuchar narraciones, hacía un gran despliegue cuando, con regularidad, leía en voz alta a su entretenida audiencia los relatos más espectaculares de la Biblia. Aunque hacía gala de gran animación y prácticamente actuaba él solo los relatos que leía, sostenía siempre la Biblia en la mano, y destacaba mucho que leía directamente del libro. La gente se quedaba fascinada con las historias y Kai Sun le informaba que en el libro había muchas más, pero claro, para los que sabían leer.

Ese método, sin embargo, contenía una pequeña trampa; la verdad era que el dialecto local se hablaba pero no se escribía. Lo que hacía Kai Sun era traducir mentalmente la Biblia mientras miraba el libro. No lo leía de manera directa, ya que nadie habría entendido el dialecto mandarín que hablaba la mayoría de los chinos Han. Pero nadie se daba cuenta de eso, y Kai Sun se imaginaba que cuando la gente llegara a ese

punto, entonces él vería cómo resolverlo. A la postre, se vio que ese método era la respuesta al dilema de cómo proceder para enseñar a los niños.

Enseñar a los aldeanos de las montañas remotas a hablar o escribir en chino Han habría sido tan útil como enseñarles latín. En cambio, él pensaba que podía enseñarles los caracteres chinos y emparejarlos con las palabras del lenguaje local en vez del Han. De esa forma, no tendrían que aprender primero a hablar el dialecto Han para aprender a leer, sino que con unas pocas lecciones sobre los cambios gramaticales y la construcción de oraciones —que eran bastante diferentes—, entenderían lo básico del chino escrito. De esa forma, siempre podrían comunicarse con personas ajenas utilizando los caracteres escritos, aunque no de modo verbal. Luego, a los alumnos avanzados también les enseñamos el dialecto mandarín hablado.

Kai Sun nunca dejaba pasar la oportunidad de mencionar algunas de las muchas ventajas de estudiar con libros. En medio de una conversación, lanzaba indirectas sobre lo útil que es comprender los reglamentos y avisos gubernamentales, ya que sin conocerlos la mayoría de la gente se encontraba en desventaja cuando conversaba con las autoridades. También le parecía provechoso explicar, de paso, un poco de matemáticas básicas, con lo cual se evitaría que los recolectores de impuestos deshonestos cobraran de más cuando había que pagar impuestos. Por desgracia, pagar impuestos era algo imposible de evitar, pese a que todos lo detestaban, y era principalmente la única razón por la que el gobierno tenía contacto intermitente con la gente de la montaña. La idea de que se podía ahorrar un poco de dinero dejó muy impresionado al jefe del pueblo. A partir de ahí parecía que al menos daba su apoyo tácito al plan, lo cual al final llevó a que el resto de la gente no se entrometiera.

No obstante, el mayor obstáculo era lograr que los aldeanos se separaran de sus hijos —a quienes consideraban obreros muy valiosos—, durante las horas de trabajo. En la época de invierno, cuando había mucho menos trabajo que hacer, se presentaba la mejor oportunidad para enseñar. Aún así, los dos meses de nevadas fuertes y frío riguroso hacían imposible que los niños que vivían en las partes más alejadas de la aldea se arriesgaran a salir de su casa y volver por senderos helados y traicioneros. Se hizo evidente que al menos durante dos meses al año, nuestro colegio —si queríamos que funcionara— debía convertirse parcialmente en un internado. Tendríamos que construir un edificio más para albergar a los alumnos. Además, tuvimos que convencer a los padres de que dejaran que sus hijos residieran con nosotros durante varios meses. Ello suponía que los progenitores debían renunciar a la ayuda adicional

que daban los hijos en la casa.

Por último, se nos ocurrió que al menos parte del tiempo los niños podrían hilar, tejer tela y tallar madera. Al final del período esos objetos se entregarían a los padres. Eso dejó contentos a los progenitores, ya que pensaban que en tal caso, el tiempo pasado en el colegio no sería totalmente desperdiciado, y por fin accedieron a dejarlos concurrir.

Pese a que empezábamos las clases de nuestro colegio a fines de otoño, desde que llegamos a *Tigre que Salta* a principios de la primavera, además de visitar con regularidad a los aldeanos en sus casas, celebrábamos reuniones en las que todos cantaban y escuchaban relatos de la Biblia y testimonios. Aunque en un principio muchos iban por pura curiosidad para ver a la mujer extranjera, los relatos de Kai Sun eran una gran atracción, y los *oficios religiosos* que se daban en la propiedad, al lado de la construcción comenzaron a atraer grupos que asistían regularmente. A los aldeanos les gustaba mucho cantar. Casi todos lo hacían muy bien, y Kai Sun no era la excepción; tenía una voz sonora y modulada. Tradujo muchas de nuestras canciones cristianas favoritas y se las enseñó a la gente que podía entonarlas casi en un instante. Mientras daban palmadas, los aldeanos se mecían y bailaban al compás de la música, y escuchábamos el coro entusiasta que resonaba por las montañas: «Jesús, ¡eres la canción de mi alma!»

Al principio nadie entendía mucho lo que predicábamos. Pese a ello, la felicidad y gozo del Señor que se veía en nosotros atraía a mucha gente. Una señora comentó que le gustaba el cristianismo «porque le recordaba mucho a los festivales del mercado». Sabíamos que los aldeanos debían aprender que ser cristiano es algo más que cantar y disfrutar de un ambiente festivo. Tampoco desconocíamos que las pruebas vendrían solas. Por ahora, queríamos dejar que la gente absorbiera lo máximo posible del Espíritu de gozo del Señor.

Empezamos a traducir pasajes apropiados de la Biblia y los cantábamos al son de tonadas populares de los campesinos. Nos dábamos cuenta de que teníamos que inculcar en ellos todo el conocimiento de la Palabra de Dios que fuera posible. A la vez, parecía más fácil hacerlo con las canciones. La gente se acostumbró a eso de buena gana, pues ya se habían familiarizado con las tonadas. Al cantar siguiendo la música, aprendían con rapidez las palabras. Así empezamos nuestro «Programa de memorización de las Escrituras», sin que nadie se diera cuenta. Formábamos un gran círculo, y los aldeanos daban palmas y bailaban las ya conocidas danzas folklóricas acompañadas de nuestras canciones con textos de la Biblia.

Eso nos dio otras ideas. Los festivales y las competencias de canto eran un evento que se esperaba con ilusión en el pueblo. Se realizaba una especie de competencia de canto en la que un grupo interpretaba una parte de una canción y otro grupo le respondía. Kai Sun les enseñó muchos Salmos de esa forma, cantando un grupo y otro alternadamente y compitiendo en un ambiente de lo más animado.

Nos parecía, sin embargo, que para los aldeanos lo principal de nuestro mensaje debía ser el poder de Dios sobre los espíritus inmundos, y que Él quiere que todos seamos Sus Hijos, salvados por gracia. Aunque la gente disfrutaba muchísimo de los relatos y las canciones, se percibía que iba a pasar un tiempo hasta que pudieran confiar plenamente en que Jesús era más poderoso que los demonios que temían y adoraban desde hacía tanto tiempo.

Al principio, nos sorprendió la poca interferencia de los chamanes y sospechamos que se debía a que el jefe del pueblo aprobaba nuestra presencia. Luego, al reflexionar en lo ocurrido, nos damos cuenta de que fue la mano del Señor lo único que contuvo a los demonios y no les permitió manifestarse en contra de nosotros hasta que la gente hubiera tenido la oportunidad de escuchar el mensaje de Dios y elegir entre el bien y el mal con pleno conocimiento. Posteriormente, tuvimos bastantes problemas con los chamanes, pero en los inicios nuestro mensaje era bastante popular.

SI YO FUERE LEVANTADO

Pese a nuestra popularidad, todavía nos quedaba mucho por aprender en el aspecto de conquistar a la gente para Jesús. En particular, debíamos aprender a apoyarnos en Dios, pues Él tenía que ser la fuente de nuestra fortaleza. Jamás olvidaré el primer día —una vez concluida la construcción que combinaba el colegio y la iglesia—, cuando Kai Sun invitó a toda la aldea de *Tigre que Salta* a nuestro oficio religioso.

—¿Trajeron los bancos? —me preguntó Kai Sun, mientras se ponía su mejor traje que, aunque inmaculadamente limpio, había sido remendado más de una vez.

—Sí, Lei Nor barrió todo el edificio y mandó traer todas las cosas.

Los bancos se habían terminado el día anterior. Durante el frío invierno el piso de piedra iba a estar cubierto de agujas de pino secas, pero por ahora Lei Nor (el ayudante que habíamos contratado para todo tipo de trabajos, y que teniendo en cuenta su estatura menuda era un hombre increíblemente trabajador) había barrido las piedras lisas y las dejó impecables. Kai Sun había diseñado el edificio de forma que las paredes frontales pudieran empujarse para quedar abiertas en toda su extensión,

con un aspecto parecido a las puertas de los graneros ingleses. De esa forma, si en el futuro llegaba a asistir a las reuniones un gran número de personas, nuestro edificio podría convertirse en un auditorio al aire libre. Ese día, como esperábamos que todo el pueblo apareciera para la inauguración, las habíamos abierto de par en par.

Me di cuenta de lo agotado que se veía Kai Sun.

—Mi cielo —le pregunté poniéndole la mano en el hombro—. ¿Te sientes bien?

—Sí, claro. Sólo es cansancio. Hemos tenido tanto que hacer.

Los ojos de Kai Sun tenían ojeras oscuras. Había estado trabajando sin parar supervisando a los obreros que construían y además a los que cultivaban, pues quería que el colegio estuviera terminado antes de las nevadas, y también que se recogieran las cosechas para que nos duraran todo el invierno.

—¡Pero ya está terminado! —agregó Kai Sun con un dejo de satisfacción—. Lu Yisi, he esperado este momento por mucho tiempo.

Me envolví el tocado apropiadamente —todas las mujeres casadas de la montaña los llevaban puesto—, y me ajusté el delantal y el chaleco bordados. Aunque no creía que podría llegar a tener la habilidad de las aldeanas, disfrutaba aprendiendo las artesanías de la región.

Entonces, escuchamos los cantos. Nos miramos el uno al otro inquisitivamente.

—Deben de haber llegado y comenzaron sin nosotros—, dijo Kai Sun con una mirada de perplejidad.

Abrimos la puerta de nuestra casita de piedra y salimos a la luz. Lo que vimos nos dejó atónitos, sin poder creer el espectáculo que tenía lugar ante nosotros.

Toda la propiedad rebosaba de risas, brincos, hombres, mujeres y niños que se tambaleaban, de los cuales, la inmensa mayoría estaba decididamente en estado de ebriedad, algunos al grado de no poder mantenerse en pie. Por lo visto, nuestro festejo de inauguración se estaba haciendo al estilo montañés: en las montañas no se podía asistir a ningún festival importante estando sobrio; tal cosa se consideraba una descortesía.

Un grupo de hombres ubicados cerca de la puerta de la iglesia sostenía por las esquinas una gran piel estirada que utilizaban como trampolín. Allí echaban, una a una, a las mujeres. Ellas, entre risitas tontas eran lanzadas por los aires en medio de las carcajadas estridentes. Como las aldeanas no llevaban ropa interior, el juego atraía la atención de todos, y mientras tanto los que las lanzaban cantaban una balada obscena.

Otros habían empezado a bailar en círculo, batiendo palmas y cantando. Los ancianos

habían traído instrumentos y se veía que la celebración había empezado en serio. En un costado de la propiedad, se había iniciado una riña, y los hombres borrachos, cada uno armado con un mazo, se defendían con ellos, mientras se hacían apuestas sobre quién de los dos sería el primero en sacar sangre. Los gritos entusiasmados de «¡Pelea! ¡Pelea!» hacían que la gente corriera desordenadamente para ver la disputa. Un grupo de chiquillos bebía a tragantadas de unas calabazas secas llenas del ardiente licor fermentado en casa, mientras sus madres se hallaban entretenidas con los bailes y los juegos. Otros jugaban tratando de atar una rama seca a la cola de un perro aterrorizado, mientras otros muchachos esperaban a su lado con un palo encendido hasta que el animal estuviera atado para incendiar la rama. Mientras tanto, podíamos ver que algunos comerciantes desplegaban sus mantas y se alistaban para exhibir sus productos en el suelo, como se hacía siempre en los festivales. Se trocaban hierbas y talismanes medicinales para protegerse de los demonios y los malos espíritus.

Un aldeano borracho pasó tambaleándose a nuestro lado y cayó, vomitó en el suelo delante de nosotros, y luego se desmayó encima del repugnante charco.

Miré a Kai Sun y vi una nube oscura de enojo que le cruzaba el rostro. De pronto me dio miedo de lo que pudiera hacer, pues estaba cansado y no le quedaban fuerzas. Lo tomé por los brazos y le supliqué:

—¡Por favor, Kai Sun! Te ruego que entres conmigo a la casa, ¡ahora!

Demasiado desanimado para oponerse, me dejó que lo guiara adentro de la casita.

Una vez adentro, cerré el pestillo de la puerta. Kai Sun se sentó frente a nuestra rústica mesa con la mirada clavada en el piso. Me senté en una silla a su lado, y pasamos un rato sin decir palabra, aunque yo lo tenía abrazado por los hombros, en silencio.

Finalmente, habló con dificultad:

—¡Parece Sodoma y Gomorra! —exclamó disgustado—. ¡Es como si todo lo que les he estado diciendo mes tras mes no hubiese servido de nada!

Sabía que para él era un momento muy difícil. Su sueño había sido evangelizar a la gente de allí, y ahora parecía que en vez de un servicio religioso lo que había era una refriega de borrachos. Era algo muy raro que mi Kai Sun, con lo estable que era, demostrara desánimo, y mucho menos que manifestara dudas. Ocurría algo grave. Me puse a orar con fervor por él, aunque sin pronunciar palabra. Entonces, recordé un versículo con gran claridad, y éste pareció traer luz a la oscura situación.

—¡«Y Yo, si fuere levantado, atraeré a todos a Mí!» —exclamé entusiasmada.

—¿Qué dices? —me preguntó Kai Sun, alzando los ojos del piso.

—Mi amor, ¡no te preocupes! Ésa es la respuesta: ¡eso es lo que quiere el Señor que hagamos! Jesús dijo: «Y Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo». Juan, capítulo 12, versículo 32. No podemos combatir esto con nuestro propio espíritu, pero el Señor es más fuerte que cualquier espíritu malo, o inclusive cualquier tradición local. Eso es lo que hemos estado predicando desde que llegamos, que Jesús es más poderoso que cualquier otra cosa. No somos nosotros los que debemos combatir todo eso, Kai Sun. Sólo debemos hacer resaltar a Jesús, y Él atraerá a la gente a Sí mismo!

Kai Sun se quedó callado un momento, luego me abrazó con mayor fuerza. Me había pasado un brazo por el hombro. Suspiró y precisó:

—Tienes razón. Que Dios me perdone. Estoy muy cansado —me miró y me apartó de los ojos el mechón que se me había salido del tocado—. Eres el sol que ilumina mi alma.

Me sequé las lágrimas de los ojos. Oramos juntos y preguntamos al Señor qué debíamos hacer, y nos indicó que Kai Sun no debía hacer caso de lo que ocurría y que procediera a dar el mensaje que había planeado. Así de simple.

Con renovadas fuerzas, nos abrimos camino por entre la multitud. Al pasar, logramos llevarnos a Lei Nor, que todavía no había tenido tiempo de embriagarse del todo. Lo llevamos al frente con nosotros para que nos acompañara en las canciones y tocara el tambor. Comenzó a tocar rítmicamente y comenzamos a palmear y cantar: «Dios es nuestro refugio y fortaleza». Al poco rato, la gente comenzó a juntarse a nuestro alrededor y a cantar con nosotros. Pese a que el consumo de alcohol había enronquecido la voz de nuestro *coro*, éste interpretó el tema con entusiasmo.

Al término de la primera canción, Kai Sun comenzó a hablar con ungimiento y autoridad. Explicó que debemos dejar en las poderosas manos de Dios todos nuestros problemas y preocupaciones, y que Dios nos cuidaría. Mientras daba su discurso, Kai Sun se detenía y los hacía cantar diferentes versículos que les habíamos enseñado, explicando cada una de las promesas de la Palabra de Dios.

Todo marchaba bien, y el Espíritu del Señor estaba calmando a la multitud. La voz de Kai Sun resonaba por la propiedad y se impuso un silencio respetuoso. Manifestó que soñaba con que la gente de *Tigre que Salta* tuviera un nuevo comienzo, una vida libre del temor. Habló de que el Espíritu del Señor era más fuerte que todo demonio, y que los seguidores de Jesús habían sido enviados para dar un mensaje de esperanza al mundo, a echar fuera demonios y a curar a los enfermos.

Entonces, mientras él hablaba, ocurrió algo con una puntualidad que sólo pudo haber sido obra del Mismo Dios: una persona de entre la multitud cayó repentinamente al suelo, retorciéndose. Parecía sufrir convulsiones.

En medio de gritos aterrorizados, la multitud se dispersó; el ataque se veía igual a lo que le pasaba a un chamán que se había dejado poseer por un espíritu maligno. Aquel hombre, sin embargo, no era chamán, ¡más bien parecía una oveja indefensa atacada por un lobo demoníaco, un malvado ser espiritual! Kai Sun logró pasar por entre el gentío e impuso las manos a la figura que se retorció:

—En el Nombre de Jesucristo, ¡ordeno a este demonio que se marche y quede prisionero en el fondo de la tierra! —gritó.

Ante aquello, las convulsiones del hombre apaleado cesaron tan repentinamente como habían comenzado. Se quedó inmóvil, como desmayado.

La muchedumbre, atónita, preguntaba:

—¿Está muerto?

Sin responder, Kai Sun no dejó de orar:

—Señor, todo poder está en Tus manos. ¡Te rogamos que ahora mismo sanes a este hombre! ¡Levántalo para que tome una decisión! Debe elegir entre seguirte a Ti, el Dios de amor, o a los demonios del infierno. ¡Devuélvele su sano juicio para que pueda elegir entre pasar por la puerta estrecha que lleva a la vida, o por el camino ancho que lleva a la perdición! Hazle ver que Tus brazos están extendidos para recibirlo y que Tú lo amas y quieres ayudarlo, ¡en el Nombre de Jesús!

De pronto, el hombre parpadeó y se movió. Abrió los ojos, se puso de pie y quedó frente a Kai Sun, completamente sano de cuerpo y mente. ¡El gentío vitoreó!

Kai Sun le habló con calma:

—Jesucristo te ha librado de las garras del Diablo. ¿Te gustaría creer en Jesús?

—Sí, ¡quiero a Jesús! Yo... yo creo —respondió ansiosamente el hombre.

—Entonces, ¿me acompañarías y me permitirías orar para que aceptes a Jesús en el corazón y recibas Su don de salvación? —le preguntó Kai Sun.

—Sí, ¡quiero!—, respondió el hombre de manera rotunda.

Tomándolo de la mano, Kai Sun lo llevó al frente del edificio y lo hizo subir a una pequeña plataforma que había construido.

—¡Hoy —gritó Kai Sun, dirigiéndose a la multitud— la salvación ha llegado a este hombre! ¡Ha decidido poner su fe en Jesús, que es más fuerte que cualquier demonio! Rezaré conmigo para que Jesús viva en su interior por la eternidad. ¿Otra persona querría orar con nosotros ahora mismo para recibir al Señor Jesús?

De entre el gentío, surgieron cinco personas más, las que con dificultad se abrieron paso hasta el frente; entre ellas estaba Lei Nor. Así, mientras Kai Sun les imponía las manos a cada uno y oraba, nació la iglesia cristiana de *Tigre que Salta*.

UN REGALO DEL CIELO

Escuchaba a Kai Sun que caminaba nerviosamente al otro lado de la puerta. Adentro él oía sonidos que le resultaban extraños y lo asustaban un poco; con todo, intentaba mantener la compostura lo mejor posible delante de Lei Nor. Este último, que ya era padre de cinco, se hallaba sentado e indiferente en una esquina, muy concentrado en el tallado de un cucharón de madera que estaba haciendo. Cada tanto, Lei Nor echaba una mirada a Kai Sun y sonreía para sus adentros.

El cuarto interior se consideraba dominio de la mujer y a Kai Sun lo habían echado afuera, pues se acercaba el momento esperado. ¡A él le parecía que había estado afuera una eternidad! Mientras intentaba inútilmente ocuparse con lo que sea que pudiera encontrar, se preguntaba por qué demoraba tanto. Oró varias veces para que el Señor hiciera que todo fuera rápido y sin complicaciones... En ese momento ¡lo oyó! ¡Se trataba del llanto inconfundible, tierno y enojado, de un recién nacido! —¡Lei Nor! ¡Lei Nor! ¡Escucha! —Kai Sun se levantó de un salto y agarró la mano de Lei Nor.

—¡Tenga cuidado con mi cuchillo de tallar, pastor N'gai! —pidió Lei Nor riéndose, mientras dejaba la hoja para disfrutar plenamente de la euforia del nuevo padre.

Kai Sun sonreía lleno de satisfacción, como el gato que se acaba de engullir al proverbial gorrión. Después, ya sin poder contenerse, estalló en una serie de alabanzas, agradeciendo al Señor por traer al mundo a un...

—¡Oh, caramba! ¡Todavía no sé! —se interrumpió a sí mismo—. ¿Es un hijo o una hija? ¡Por qué no salen y nos informan!

Como si le hubieran avisado en ese momento, Tse Ling, la esposa de Lei Nor, abrió la puerta del dormitorio y llamó a Kai Sun para que entrara. Allí nos encontró. Yo estaba en la cama, sosteniendo en los brazos a mi bebé recién nacido.

—¡Es un varón! —anuncié.

Con cuidado y delicadeza, Kai Sun retiró la frazada de la frentecita húmeda y arrugadita de nuestro bebé, y sonrió de oreja a oreja.

—¡Es hermoso!... ¡Es perfecto!... ¡Qué brazos tan fuertes y regordetes tiene!... ¡Y cuánto pelo! —decía maravillado.

En ese instante, me miró y se le humedecieron los ojos al decirme:

—Paloma mía... me has convertido en padre.

Tse Ling, sin embargo, como siempre tierna y brusca a la vez, estaba atareadísima.

—Entonces, señor padre, tenga la bondad de llevarse a su hijo. Salga mientras terminamos lo que hay que hacer aquí.

No pude evitar reírme, mientras con gran habilidad ella me quitaba al niño de los brazos y se lo entregaba al sorprendido Kai Sun. El flamante padre sostenía a la criatura, que en ese momento lloraba, como si tuviera miedo de que se rompiera.

—¿Q... qué hago con él? —tartamudeó Kai Sun, mientras Tse Ling lo guiaba gentilmente hacia la puerta.

—¡Manténgalo abrigado! Pronto acabaremos. No podemos tener aquí dentro a ningún pariente, ¡estamos ocupadas!

Luego, ella cerró la puerta, dejando al padre y al bebé afuera.

Kai Sun se dirigió a una silla y se fijó que el bebé estuviera bien envuelto en la cobija, después lo cubrió además con su saco, por si acaso. Al cabo de unos minutos cesó el llanto frenético del nene. La criatura abrió los ojitos, observando sus alrededores y el rostro que lo miraba con insistencia.

—¡Eres mi hijo! —exclamó Kai Sun—. Te amo inmensamente. Eres un regalo que Dios me dio, como tu madre.

No logré oír el resto de lo que se dijeron padre e hijo aquel día. Sin embargo, escuchar ese poquito de la conversación me llenó el alma de tanto gozo que si hubiera escuchado más, tal vez habría estallado de felicidad.

v

Con tanto que hacer en nuestro hogar de la montaña, los días y los meses transcurrieron con celeridad. El pequeño Richard Everett N'gai aprendió a caminar y a hablar. Era un niño saludable y precoz, que se sentaba a jugar feliz en el piso de la iglesia de *Tigre que Salta*, mientras su padre celebraba las fraternidades y daba clases de la Biblia, o mientras yo enseñaba a los niños en el colegio o dirigía las reuniones de mujeres.

Criarlo en las montañas me dejó muchas enseñanzas. Nunca me di cuenta, por ejemplo, de cuánto polvo había en el mundo hasta que tuve un niño al que había que cuidar que no se acercara a la tierra, pues invariablemente el pequeño Richard encontraba algo muy, pero muy sucio que quería tocar o llevarse a la boca. La querida Tse Ling me ayudó al principio, aunque tuve que enseñarle mucho en una

gran variedad de aspectos relacionados con la higiene. Consideraba que mis ideas eran muy raras, pues tenía cinco niños y, por lo que ella sabía, un poquito de tierra nunca les hizo daño.

Lichay, como lo llamaban, pues nadie en la aldea podía pronunciar «Richard», y mucho menos «Everett», era en todo sentido un niño montañés. Aparte de su nombre inglés —Richard, por mi padre, y Everett, por nuestro amigo—, nuestro hijito hizo pocas otras concesiones a lo «extranjero», pues no habló inglés hasta que fue más mayor, y era moreno y de pelo oscuro como Kai Sun. No obstante, cuando empezó a caminar yo me volvía loca tratando de controlarlo, además de mantenerme al día con los demás quehaceres.

Como Tse Ling no tenía otro marco de comparación que la vida en *Tigre que Salta*, no era muy fácil convencerla de muchas de mis prácticas. A medida que Richard crecía, observé que, aunque con otros era áspera, malcriaba a «su Lichay» con un cariño ciego al estilo de las abuelas. Asimismo, él era inteligente y aprendió a manejarla a su antojo. A mí me preocupaba su aprendizaje y progreso espiritual. Por otra parte, me di cuenta de que debía pasar más tiempo ayudando a Kai Sun a evangelizar, además de ocuparme del colegio. Tenía un conflicto entre mis deberes para con mi hijo y la tarea que el Señor nos había dado. Así pues, oré fervientemente para encontrar un remedio a tal situación. Entonces, un día hermoso de primavera, la solución se presentó a mi puerta.

—Señora N'gai, ¡un desconocido se acerca! —anunció Tse Ling señalando al cerro que daba en nuestro hogar. Me asomé al balcón para ver la figura que subía por la loma, pero todavía no lograba distinguir de quién se trataba. Habíamos terminado la estructura de piedra y madera de nuestro hogar el año antes que naciera Richard. Estaba decidida a tener un balcón. De niña me encantaba sentarme en el amplio mirador que rodeaba nuestra casa y miraba cómo se mecían los árboles al viento. Kai Sun había indicado que no había ninguna estructura así en el pueblo, y que nos habíamos esforzado de todas las formas por adaptarnos a las costumbres de la región. Accedí de mala gana, pero tal vez al ver la desilusión reflejada en mis ojos, Kai Sun lo volvió a pensar. Después, vino a decirme que había orado acerca del asunto. —Es una cuestión insignificante, ¿qué importancia tendría? —me dijo, y al día siguiente los obreros empezaron a construir el agregado.

Creo que su «transigencia» en cuanto al diseño de la casa era su forma de querer comprender todo lo que debí adaptarme a un estilo de vida completamente distinto. Asimismo, él estaba aprendiendo a ser flexible y a preguntar al Señor qué cuestiones

eran importantes y cuáles no. Muchas veces, a Kai Sun le costaba mucho expresar sus sentimientos más íntimos, y yo debía averiguarlos de otra manera, sin que él me lo dijera. En esos casos, la oración servía para resolver muchos de nuestros conflictos, ya que si no entendía sus razones, siempre me quedaba el recurso de orar y preguntar al Señor por qué Kai Sun hacía lo que hacía. Más adelante, me enteré de que él empleaba esa misma táctica conmigo. Así sorteábamos muchas de las diferencias que surgían por ser ambos de culturas diferentes, además de los malentendidos que se dan inevitablemente en todo matrimonio más allá de raza o nacionalidad.

...Ahora, desde mi balcón vi la figura —aparentemente era una mujer— que se acercaba más a nosotros...

—¡Kai Sun! ¡Ven a mirar! —grité de alegría, mientras extendía la mano hacia la joven que se acercaba saludándonos con la mano—. ¡Eee... es Eh Mei!

OPORTUNO SOCORRO

Eh Mei se quedó de pie delante de nosotros. Sonreía ampliamente y se la veía tan simpática y vivaz como siempre, con la única diferencia de que ahora su bonito rostro estaba enmarcado por una cabeza llena de cabello grueso, negro y lustroso. —¡Entra, por favor, entra! —dije dándole la bienvenida y abrazándola con cariño, mientras Tse Ling se quedaba mirándonos, entre confundida y desconfiada de la recién llegada. Después de observar con cautela a Eh Mei y viendo que la situación no presentaba ningún peligro, Tse Ling se apresuró por fin a preparar un poco de té para nuestra invitada.

Por mi parte, no podía evitar bombardear con preguntas a nuestra querida amiga. Por su parte, Kai Sun apenas podía pronunciar una palabra.

—Eh Mei, ¡qué fantástico es verte! ¡Cuéntame qué hay de nuevo! ¿Qué ha sido de Rimpa Sae? ¿Cómo están los demás en el monasterio?... Pero, ¿qué motivo te trae a la aldea del *Tigre que Salta*?

Se rió y levantó la mano.

—Me encantará contestar todas tus preguntas, pero mejor será que lo haga una por una. Indudablemente, me siento contentísima de estar aquí y por este recibimiento tan afectuoso. Como es natural, deseaba verlos y por eso vine.

Escucharla me maravillaba. Aquella muchacha que una vez no podía hablar en absoluto se había convertido en una persona con gran facilidad de palabra. Con el transcurso de los días y al trabar amistad de nuevo, descubrí que le causaba un placer

extraordinario el hecho de conversar y expresarse, como si estuviera disfrutando de una buena comida. Se trataba del gozo inefable que disfrutaban a cabalidad únicamente los que han sufrido la enfermedad y luego se sanan, un gozo comparable al de quien una vez fue ciego y luego contempla y disfruta de la puesta de sol.

—Después de que ustedes dos partieron para llegar aquí —contó— volví al monasterio por un tiempo. Pero cuanto más leía los valiosos escritos que fueron copiados de los textos de ustedes, más me daba cuenta de que, por mucho que tratara de adaptarme a la vida del monasterio, aquel no era mi lugar. No sabría explicarlo, pero junto con mi voz, algo se había despertado en mi interior y no lograba ignorarlo. Veía en ti y en Kai Sun una luz que jamás había visto en nadie, y comprendí que esa luz era Jesús.

No pude evitar abrazarla al enterarme de la increíble transformación que había ocurrido en su vida. La escuché fascinada, mientras continuaba el relato.

—Te pido disculpas si resulta un poco largo lo que cuento, pero quisiera que supieran todo lo que sucedió desde nuestro último encuentro. ¿Podrán tenerme un poquito de paciencia?

—Eh Mei, estamos encantados de escuchar lo que ha hecho el Señor por ti. ¡Te ruego que nos cuentes más! —supliqué.

—Pedí una audiencia con Rimpa Sae —continuó Eh Mei— y hablé de esto con él. Se mostró de lo más comprensivo y coincidió en que debía procurar seguir a Dios fuera del monasterio. Dicho sea de paso, él también se retiró del monasterio no mucho después de mi partida. Creo que se sentía igual que yo en muchos aspectos, y no podía vivir como antes. Su explicación pública, sin embargo, fue que iba a realizar un largo viaje de peregrinación, que pensaba sería el último, debido a su salud desmejorada. Tengo entendido que volvió a su hogar anterior, en donde esperaba pasar sus últimos días.

—Es un hombre bueno. Si no hubiéramos contado con su ayuda y la tuya, Eh Mei, yo habría muerto, y esta obra no habría comenzado —precisé.

Eh Mei sonrió tímidamente y comentó:

—Doy gracias a Dios si de alguna forma se valió de mí para ayudarte. Después que dejé el monasterio, no sabía adónde ir. Primero fui a visitar a mi familia. Rimpa Sae me había dado cartas que manifestaban su bendición y consentimiento con mi partida del monasterio a fin de que no tuviera dificultades con mis familiares, pues se considera una afrenta el que una hija vuelva de un monasterio. Mas ¿qué podrían decirme? Vieron que estaba curada y tenía las cartas del sacerdote. Se quedaron

sorprendidísimos de que pudiera hablar. Creo que para ellos fue algo más allá de su capacidad de comprensión. Luego, cuando les hablé de mi fe en Jesús, no sabían cómo tomarlo.

—Los vecinos hablaban y chismeaban. Yo sentía la necesidad de irme para encontrar otros cristianos con quienes estudiar más las Escrituras, pero no sabía cómo presentárselo a mi familia. Como ya saben, en este país una hija no puede dejar el hogar así como así y hacer lo que le plazca, por lo menos no sin enfrentarse con muchos problemas. Oré para encontrar la manera de presentárselo a ellos, pero antes de que lo hiciera, ¡Dios intervino! Ellos son muy supersticiosos y no sabían qué pensar de que un Dios extranjero me hubiese curado, y como no estaban dispuestos a ser blanco de todos los chismes del vecindario, pensaron que debía irme. Con todo, no podían negar el milagro de que pudiera hablar. Temían que mi presencia atrajera la maldición de algún espíritu del templo que estuviera celoso, y me aconsejaron que buscara un monasterio cristiano, preferiblemente lo más alejado posible de mi hogar, y que allí me convirtiera en monja, ya que ahora adoraba al Dios cristiano.

—¡Rebosaba de felicidad! Para serles franca, en ese momento, ni yo ni ellos sabíamos cómo se celebraban los cultos cristianos, por lo que pensamos que para servir a Dios debía encontrar un monasterio. Sabía que tú no eras una monja, pues te ibas a casar con Kai Sun. Pese a ello, no puedo afirmar que en ese momento comprendía a cabalidad lo que significa ser misionero. Pues bien, nos enteramos de que había un puesto misionero grande en Wuzhou, y me enviaron allí con suficiente dinero para viajar y quedarme en esa ciudad un tiempo hasta que encontrara un templo cristiano que me recibiera como novicia. Encontré la misión y me presenté, los que trabajaban en la misión eran de lo más amables. Comencé a asistir a las reuniones y a las clases de la Biblia con regularidad y aprendí muchísimo. Me quedé muy sorprendida cuando descubrí la gran diferencia que existe entre la vida cristiana y la vida monástica. ¡Pero me encantó! Fue maravilloso conocer a tantos creyentes. Encontré trabajo y alquilé un cuartito en el que vivía y cocinaba, y ayudaba a la misión siempre que podía. Ahí estuve más de dos años, aprendiendo y afianzarme en la fe.

—Sin embargo, al final de aquella época, percibí un llamado bien definido en mi corazón. Aunque suene raro, sentía que Jesús me indicaba que los buscara y los ayudara en su obra. Antes de que partieran, me dijiste que deseaban construir un colegio en las montañas. Oré muchas veces, y pregunté al Señor si eso era lo que quería que hiciese, y Él me contestó claramente que sí era Su voluntad. Por eso, para

resumir, he pasado estos últimos meses buscándolos.

—¡Es increíble, Eh Mei! ¡No sabes lo mucho que te necesitamos! Pero, ¿cómo nos encontraste?

—Hice averiguaciones y se me informó a rasgos generales en dónde se encontraban

—respondió con cortesía.

Percibiendo que no me lo había dicho todo, le pregunté:

—¿Y quién te dio esa información?

Vaciló un momento antes de contestarme.

—La misión —dijo bajando el tono de voz. Ese solo comentario me indicó mucho.

Suspiré mientras pensaba en los intentos que habíamos hecho, hacía casi un año, de ponernos en contacto con la misión de la llanura por medio de una carta. Enviar una carta implicaba viajar al municipio distante de los ríos. Kai Sun tuvo que hacer el viaje, pues nuestro colegio ya estaba en marcha y necesitábamos suministros. En realidad, el primer año y medio nos habíamos arreglado para enseñar utilizando únicamente pinceles y tinta confeccionados en casa. Además, fabricamos pizarras y tiza, y un ábaco casero para cada alumno. En aquellos primeros tiempos, como no había otros libros disponibles, nuestra único ejemplar de la Biblia era el único libro de texto. No obstante, una vez que los estudiantes superaron lo básico de la enseñanza tuvimos urgente necesidad de libros de texto y otros suministros.

También nos dábamos cuenta de que precisábamos ayuda urgente para nuestra labor de llevar el mensaje del Evangelio a toda la región montañosa. Habíamos comenzado nuestra misión como una empresa autosuficiente económicamente y estábamos logrando mucho éxito. Para esa época, muchos pobladores de la zona habían aceptado a Jesús y llevábamos varios años enseñando la Biblia a los niños de *Tigre que Salta*, además de las materias escolares. Esos niños se criaban como cristianos y eran la simiente de la futura iglesia de la región. Ahora había familias de los pueblos vecinos, que no querían que se las considerara atrasadas en comparación con los pobladores más «civilizados» de *Tigre que Salta*, quienes se ufanaban de la escuela extranjera a la que asistían sus hijos. Vimos la necesidad de ampliar nuestra obra, pero el aumento de la población estudiantil significaba más trabajo que nunca en los quehaceres del hogar.

Si contábamos con la ayuda de otros misioneros, también podríamos continuar haciendo apostolado en los pueblos vecinos. Además, Kai Sun esperaba que pudiéramos establecer a *Tigre que Salta* como un puesto del recorrido que hacía el doctor de la misión. Y como es lógico, no se había olvidado de su sueño más

preciado, el de un día formar evangelistas nativos que, a su vez, entregaran el mensaje de la Palabra de Dios a cada persona de las montañas.

Kai Sun había escrito con gran esmero una carta dirigida a la misión, ofreciendo nuestro hogar como base para otros misioneros que desearan unírseles. Lleno de esperanzas había viajado al pueblo distante. Pagando un oneroso depósito anticipado en la municipalidad, arregló que cada respuesta proveniente de la misión nos fuera entregada por un mensajero que viniera en poni. Entonces, después de comprar provisiones para el colegio, regresó a *Tigre que Salta* y esperó. Y esperó.

El día que llegó la respuesta, lo vi regresar de los campos hacia la casa. Caminaba con lentitud. Antes de que llegara, cuando aún se hallaba monte abajo, me di cuenta de que había algún problema. Su paso era lento y parecía el de un hombre cansado y adolorido.

—Lu Yisi, la misión nos ha contestado,— me dijo solemnemente, mientras me entregaba los atados de papel.

No podía creer lo que leía. Era la respuesta del supervisor distrital, a quien yo no conocía personalmente. Informaba que hubo muchos cambios administrativos desde la última vez que estuvimos en contacto con la misión del llano, cuando habíamos llegado por primera vez a *Garganta de Dragón Largo*. Su respuesta, para decirlo benévola, era escueta. La carta reconocía que una vez habíamos pertenecido a la misión, pero que habíamos abandonado nuestro puesto.

—Pero, ¿acaso no entiende que nos vimos obligados a huir a fin de salvar la vida? —comenté, mirando a Kai Sun—. ¡Está claro que no entienden las circunstancias! ¡Se estaba llevando a cabo una masacre masiva!

—Sigue leyendo —fue todo lo dijo.

La misiva indicaba que, luego de haber abandonado nuestro arado, pedíamos asistencia de la misión, lo cual les parecía moralmente impropio. En particular, ponían reparos a nuestra «cuestionable unión romántica interracial, que no se podría considerar de ningún modo un matrimonio formal cristiano». A sus ojos, nuestra relación era un escándalo.

—¡Están hablando de nuestro matrimonio! —dije casi sin voz.

Para concluir, el supervisor sugería que hiciéramos un examen de conciencia, que abandonáramos nuestra inútil labor, y que yo volviera de inmediato a Inglaterra. Transcurrió algo de tiempo antes de que lográramos resignarnos a lo que había ocurrido con la misión. Enfrentar peligros y persecución había sido, de cierta forma, más fácil que los desacuerdos y división con nuestros hermanos. Cuando uno

enfrenta al enemigo externo, encuentra fuerzas y la habilidad de luchar por el bien. Pero la división interna, dentro del círculo de la hermandad cristiana, le quita a uno toda fortaleza espiritual.

Pasamos muchas noches inquietos en la cama y un gran número de días debatiendo qué debíamos hacer, y qué podíamos haber hecho en principio para prevenir ese distanciamiento. Experimenté toda una gama de emociones. Entre ellas, culpabilidad, autocompasión y hasta una justa indignación.

Vimos que habíamos sido ingenuos al no prever que nuestra relación podía causar una reacción negativa, y cuánto más el hecho de que iniciáramos el colegio sin avisarles. En esa época, no se aceptaba el matrimonio interracial. Y aunque se entendía que Kai Sun tenía permiso de comenzar su programa. Se consideraba que yo, como mujer soltera, estaba bajo la tutela de la misión y bajo su directa protección y autoridad. Entonces, entendimos por qué, sin tomar en cuenta las agitadas circunstancias de la época, no les había gustado que nos aventuráramos por nuestra cuenta como lo habíamos hecho.

Pero ¿qué podíamos hacer? Sabía sin sombra de duda que era la voluntad de Dios que estuviera con Kai Sun. Era mi marido y el padre de mi hijo. Comprendí que quizá, si Dios no nos hubiera cegado a las posibles reacciones de nuestra organización misionera, no habríamos tenido jamás la valentía de obedecer ese llamado poco común. Con todo, me sentía indignada por el hecho de que nuestra relación fuera blanco de tantas críticas.

En ese momento, de repente, vivíamos al margen del movimiento cristiano de China, como parias. Estábamos deshonrados y en nuestro interior luchábamos con la idea de que, de una u otra forma, debíamos reivindicarnos a nosotros y a nuestra obra. ¿Debíamos, tal vez, apelar a alguna autoridad superior? Ambos sentíamos enojo de forma intermitente por el trato que habíamos recibido después de años de realizar fielmente la obra con la misión. Asimismo, sentíamos angustia, pues nos encontrábamos solos para emprender la enorme tarea de difundir el mensaje cristiano en esa región montañosa.

No tardamos mucho tiempo en descubrir, sin embargo, que el resentimiento es un patrón cruel. Su pesada túnica puede sofocar la llama del gozo y la felicidad de un cristiano, y anular lo que Dios quiere obrar en nuestra vida. Con el paso de los días, reconocimos que la ira y frustración que sentíamos era nada más una raíz de rencor, algo que estábamos permitiendo que nos envenenara el corazón. Por fin, el apremio que sentíamos por desembarazarnos de aquel veneno hizo que nos pusiéramos de

rodillas. Llegamos a la conclusión de que, por muchos errores que hubiéramos cometido o que los demás se hubieran equivocado, y por mucho que se hubieran malinterpretado nuestras intenciones, no debíamos permitir que el resentimiento nos contaminara y nos pusiera en contra de nuestros hermanos. Jesús nos instaba a perdonar y a volver la otra mejilla. Debíamos reconocer nuestros yerros y luego perdonar las equivocaciones de los demás.

También debíamos reconocer plenamente que había sido Dios quien había iniciado esta obra, no Kai Sun o yo. Lo que Dios había comenzado, Él era capaz de terminarlo. Se trataba de Su obra. En última instancia, nuestra reputación era lo de menos. No importaba lo que pensara la misión, Dios nos había pedido que fuéramos allí y era Dios quien nos iba a sacar adelante. En conclusión, nos parecía que por nuestro bienestar espiritual, debíamos olvidarnos de todo lo demás, y proseguir simplemente con la obra que teníamos ante nosotros.

Pero ahora, mi querida amiga Eh Mei había llegado y con ella había surgido en mi corazón una nueva esperanza.

—¿Entiendes, entonces, lo que piensa la misión de que trabajemos aquí, Eh Mei? —, le pregunté. Quise cerciorarme de que sabía en qué se estaba metiendo si decidía quedarse.

—He escuchado, lo que podríamos llamar, diferencias de opinión bastante marcadas en cuanto a tu presencia en *Tigre que Salta*. Pero «una cosa sé, que habiendo yo sido ciega, ahora veo». Hace rato dijiste, que si no hubiera sido por mi ayuda no estarías con vida. Hermana mía, te digo lo mismo, si no hubiera sido por ti, hoy yo no estaría de pie ante ti. Como ves, he venido a trabajar contigo. Eso, si me aceptan.

V

Eh Mei se propuso ser lo más útil posible en la casa. Por naturaleza era una persona servicial que instintivamente percibía las necesidades de quienes la rodeaban. Era una cocinera excelente, y añadió variedad a nuestras comidas, lo cual agradecemos mucho. A veces, la cocina montañesa llega a ser un poco monótona, pues los alimentos que se consiguen son limitados. Eh Mei, sin embargo, había traído consigo una variedad de semillas de hortalizas y hierbas que plantó detrás de la casa, y cultivó una huerta deliciosa. Además sabía tocar muy bien el *erhu* de dos cuerdas, un instrumento parecido al violín chino, y cantaba de maravilla. Su participación mejoró mucho los oficios religiosos y los cantos.

Sin embargo, al principio, mi mayor preocupación era lo que Tse Lin iba a pensar de la nueva integrante del hogar. Tse Ling, pese a su brusquedad exterior y de que era una mujer muy convencida de sus ideas, también tenía un corazón cariñoso. Se desvivió por hacernos la vida lo más cómoda posible. Cocinaba para nosotros, atendía la huerta, cuidaba la casa y ayudaba en lo que hiciera falta. No quería que se ofendiera, ni que sintiera que ya no la necesitábamos. Pero no tuve que preocuparme mucho por eso.

Aunque no sé muy bien cómo lo hizo, Eh Mei, con su simpatía, reconoció humildemente la antigüedad de Tse Ling, y al mismo tiempo asumía la responsabilidad de muchas de sus tareas. Como Tse Ling sintió que su puesto en la casa no corría ningún peligro, se encariñó mucho con Eh Mei y se propuso instruirla en las costumbres de *Tigre que Salta* para que tuviera el comportamiento adecuado de un habitante del pueblo. Al pequeño Richard también le encantó Eh Mei. Su estilo de firmeza suave era justo lo que necesitaba mi *potrillito*, y ella pasaba mucho tiempo ayudándome con el cuidado de mi hijo, por lo que yo estaba muy agradecida. La llegada de Eh Mei en aquella época en particular fue, sin duda, una bendición de Dios. En parte, se debía a que me encontraba desesperada por compañía femenina. Es cierto que al principio de nuestra estadía había trabado amistad con muchas mujeres en el pueblo de *Tigre que Salta*. No obstante, pocas entendían o se identificaban con lo que no fuera algo de su pueblo aislado, por lo que muchas veces me sentía sola. Aunque Kai Sun y yo teníamos una relación muy estrecha, echaba de menos tener una amiga íntima o confidente, alguien que conociera al Señor y con quien hablar, una amiga como La-Ong.

Aunque el pasado de Eh Mei y el mío no eran semejantes ni mucho menos, pues ella había sido una monja budista criada en el interior de China, y yo era una misionera extranjera criada en Inglaterra, nuestras vidas coincidían en parte y se entrelazaban en Jesús. Teníamos mucho en común; las dos habíamos escuchado el llamado del Señor en nuestro interior y desafiamos a los convencionalismos para obedecerlo. Ambas soportamos la censura de familiares y amigos, y llegamos a ver las riquezas de Cristo como algo mucho más valioso que el rechazo de nuestros seres queridos. Las dos, asimismo, habíamos quemado las naves, por expresarlo de ese modo, pues ninguna de las dos podría, aunque lo quisiera, volver a su vida anterior. Esas similitudes tenían para nosotras mucho más peso que las diferencias externas, y se forjó una amistad estrecha que duraría toda la vida.

EL CUIDA DE LOS SUYOS

Una mañana temprano, muchos meses después de la llegada de Eh Mei y cuando había caído la primera helada, Kai Sun entró corriendo en la casa. En su abrigo traía algo envuelto. Resulta que había salido a dar su acostumbrada caminata matutina antes del desayuno, pues con frecuencia salía solo a orar y después daba una vuelta por el pueblo para saludar a los vecinos y amigos. Aquella mañana, sin embargo, en vez de saludarme alegre como siempre que volvía, con celeridad se acercó al calor del fuego.

—¡Lu Yisi! ¡Ven pronto, te lo ruego! ¡Mira lo que he traído! —me gritó apurado, desenvolviendo con cuidado lo que tenía dentro del abrigo. Me asomé y me llevé la mano a la boca.

—Ay, ¡Dios mío! —exclamé.

Allí, entre los pliegues de su abrigo ¡se hallaban dos pequeñísimas bebitas recién nacidas, desnudas y desvalidas! Tse Ling, que por lo general era muy pronta a ofrecer ayuda, esa vez se quedó petrificada. Juguetecía nerviosamente con su delantal. Todo lo que logró decir fue:

—Podrían traer mala suerte...

—¡Caray! ¡Tráeme unas cobijas para abrugarlas antes de que se mueran de frío! —le gritó Kai Sun—. ¡Estas pequeñas son hijas de Dios! Ningún daño ocurrirá a quienes cuiden a los corderos del Señor, pero ¡malditos serán quienes no hagan caso del llanto de los inocentes!

Nos sacudimos de aquel estado momentáneo de sorpresa y de un salto pusimos manos a la obra. Eh Mei y yo agarramos un poco de ropa y tomamos cada una a una bebita poniéndola cerca del hombro. Parecía que no tenían ni fuerzas de llorar. Mis instintos maternos me dominaron y oré con fervor para que no murieran aquellas frágiles niñas.

Dando un suspiro de alivio al ver que Eh Mei y yo tomamos a las bebitas, Kai Sun se volvió hacia Tse Ling y le pidió disculpas:

—Lo lamento, amiga. Te ruego que me perdones. No tenía motivos para hablarte con severidad; lo que pasa es que siento una pena indecible por estas pequeñas, que casi sufren un final terrible.

Tse Ling asintió. En ese momento se puso a prueba todo lo que le habíamos enseñado sobre la Biblia, pues ella sabía que los chamanes habían declarado que todos los mellizos recién nacidos eran malditos, y hasta ese momento nadie se había opuesto de manera abierta a esos falsos profetas. Nuestra presencia había sido aceptada por la

mayoría de la gente de la región, aunque hasta ese momento nuestras prácticas no habían estado en pugna con los chamanes de manera directa. Hasta ahora, nos habían dejado tranquilos y nosotros simplemente nos habíamos dedicado a la tarea de hacer resaltar a Jesús.

Kai Sun nunca había vacilado en condenar esa malvada práctica infanticida, y, gracias a Dios, no nos habíamos enterado de que nacieran muchos mellizos. Pero que ahora interviniéramos y rescatáramos a esas niñas... todos sabíamos que, sin duda, acarrearía consecuencias. Inquieta por la indecisión en que se debatía, Tse Ling salió del cuarto arrastrando los pies y fue a ocuparse en la cocina. Me puse a orar por ella, para que resistiera las mentiras del Diablo y permaneciera firme.

Después de envolver bien a las bebitas, me volví a Kai Sun:

—¿Dónde las encontraste, mi amor?

—Son de la casa de Lakpa. Caminaba por el pueblo cuando oí llantos y gritos. Se escuchaba una ruidosa discusión en la casa en que nacieron los bebés. La madre quería enterrarlas, temerosa de que sus otros hijos murieran si no lo hacía, pero el padre no quería hacerlo. Entonces, de milagro pasé por allí. ¡Imagínate! ¡Ni siquiera tenía intenciones de pasar por ahí!... Creo —dijo mirándome a los ojos— que por lo que hemos enseñado a este pueblo, su conciencia le remuerde más que antes. Sé que esas personas le tienen pavor a los chamanes, mas Dios está poniendo en su corazón un miedo mayor, que deben temer a Él mucho más que a los demonios. ¡Debemos hacerles ver lo horroroso que es! Sea como sea —señaló mirando a los diminutos cuerpos que Eh Mei y yo teníamos en brazos— me parece que el Señor se valdrá de estas niñas para lograrlo.

—Pero, ¿cómo lograste rescatar a las niñas? —pregunté.

—Me presenté en la mitad de la discusión. Entré y ofrecí llevármelas. De inmediato ambos padres accedieron. Entonces tomé a las criaturitas y salí antes de que cambiaran de opinión.

—Hiciste bien, mi cielo. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Lu Yisi, imagínate, si no hubiera conocido al Señor, podría haberme encontrado en las mismas circunstancias... Esas niñas podrían haber sido mías y yo también podría haber... —sacudió la cabeza al decir—: ¡Es demasiado horrendo para pensarlo! ...Pero ahora son una bendición que Dios nos ha dado. ¿Qué te parece llamarla así? *Bendición*.

—¡Es un nombre hermoso y apropiado! —contesté, acariciando la mejillita de la pequeña. —Y para la otra preciosura, ¿qué te parece *Preciosa*?

—¡Muy bien! —respondió—. ¡Bendición y Preciosa se llamarán! —y luego rezó—: Jesús, ¡ayúdanos a cuidarlas!

—Kai Sun, las niñas duermen, pero no será por mucho tiempo. Vamos a necesitar leche, alguien tiene que amamantarlas —le dije, acurrucando a la pequeña que tenía en brazos.

—Déjame ver si encuentro a alguien que pueda hacer de ama de cría —me contestó, buscando su abrigo.

Entretanto, Eh Mei y yo tratamos de encontrar más tela para envolver a las niñas, y también cestas en donde ponerlas a dormir. Cuando Richard entró y vio las bebitas en sus cestas cerca del fuego, ¡dio un grito de asombro y alegría como un niño que encuentra un montón de regalos en Navidad! Se puso a hablar sin parar. Mientras atendíamos a las dos criaturas, él les tomaba los deditos en la mano, o les tocaba suavemente sus negros cabellos. Cuando Lei Nor entró en la casa, Richard se apresuró a la puerta y anunció entusiasmado:

—¡Anoche mamá tuvo dos bebés!

Al cabo de varias horas Kai Sun regresó con un rostro de preocupación y disgusto.

—¡No logro entenderlas! —dijo enojado—. Ninguna estuvo dispuesta a amamantar a estas pequeñas desvalidas. ¡Todas se han negado! Pusieron excusas pésimas, ¡pero ni una sola quiere ayudar! Pero no te preocupes, mira afuera.

Eché un vistazo al patio y vi una gran cabra nodriza que estaba junto al umbral, ocupada mascando las plantas de mi macetero.

—¡Fuera! —grité y la cabra corrió alejándose de mí hasta donde daba la cuerda—. Veo que quieres que alimente a las nenas con leche de cabra.

—Es lo único que se me ocurre que podemos intentar —respondió entristecido.

Eh Mei y yo nos pusimos a hervir la leche y a diluirla para elaborar una especie de alimento que pudieran tomar las mellizas. Teníamos que dárselo en la boca con cuchara, y con frecuencia se atragantaban, pero no teníamos otra cosa. No podíamos hacer mucho más que experimentar intentando fabricar una mezcla adecuada con la leche de cabra, miel silvestre y agua, y orábamos constantemente que les cayera bien. Vigilábamos mucho a las bebitas, pues sabíamos que si sobrevivían sería un milagro. Era evidente que la leche de cabra era difícil de digerir para las chiquitas.

Por fin, las puse al pecho en un intento de calmarlas, y se nos ocurrió la idea de dejar gotear la leche por el costado de sus boquitas. Cuando Bendición y Preciosa se acostumbraron a eso, chupetearon con furia y prefirieron este método antes que el de la cuchara sola. Aunque tomaba mucho tiempo, nos pareció que les hacía bien y

servía para que se sintieran amadas y seguras. Con todo, estábamos muy preocupados. Las bebitas, que ya de por sí eran pequeñas al nacer, apenas si habían aumentado de peso, y parecía que estaban adelgazando más.

La siguiente semana, Eh Mei y yo no hicimos casi nada más que intentar alimentar a las bebitas. Cuando una dormía, la otra quería comer, o si no, tenía cólicos e indigestión por el preparado. Nos pasábamos la noche y el día hirviendo leche y agua, o paseando a las bebitas que lloraban. Me sentía al borde de un colapso cuando volví a escuchar a la pequeña Preciosa chillando para que la alimentáramos.

—Jesús, ¡te ruego que me ayudes! ¡Dame las fuerzas! —recé.

En ese momento, ¡sentí que me brotaba abundante leche del pecho! Miré hacia abajo extrañada, pues ¡Richard ya tenía más de dos años y había dejado de amamantarlo hacía casi un año!

Con rapidez tomé a Preciosa y le di el pecho. Comenzó a chupar y luego abrió los ojos grandes por la sorpresa, mientras seguía tragando el líquido, que salía de modo constante. La leche fluía con tanta rapidez que la bebida escupía y tocía. Después de recobrase, atacaba otra vez el pecho con voracidad hasta que logró satisfacerse. Bendición se alimentó con los mismos resultados, y a partir de ese momento pudimos reducir las raciones de leche de cabra gradualmente a medida que aumentaba mi leche.

Al final, entre la lactancia y la papilla que les empezamos a dar enseguida, logramos alimentarlas bien sin necesidad de la cabra nodriza, que continuaba devorando con ardorosa pasión los arbustos de mi jardín. Nos la quedamos, pues a Richard le gustó mucho la leche de cabra, por lo que al final renuncié por completo a intentar cultivar cualquier cosa en los sitios frecuentados por la cabra.

Cuánto llegamos a querer a esas adorables bebitas. Ellas eran como tizones arrancados del fuego. ¡Eran tan puras y delicadas! Sabíamos que era un milagro el que aquellas criaturitas estuvieran vivas. Para mí se convirtieron en mis hijas, como si hubieran sido de mi propia carne. Kai Sun ayudaba a cuidarlas con una ternura singular y prometió que, si alguien intentaba hacerles daño, las protegería con su vida.

Mientras intentábamos cuidar la llama de la diminutas vidas que el Señor nos había encargado, en el pueblo se empezaban a gestar los problemas. Los chamanes, que practicaban una combinación extraña de animismo mezclado con partes raras de teología budista, se ponían cada vez más celosos y enojados. Parecía que el Señor ya no tenía la mano conteniéndolos, y el torrente de mentiras del enemigo se

descontrolaba. La gente de *Tigre que Salta*, y también la de los pueblos adyacentes —pues los comentarios se propagaban rápidamente en las montañas—, estaba forzada a escoger. Ahora que habían escuchado la verdad, tenían que escoger entre creer la verdad del Dios viviente o las mentiras de los demonios del infierno.

Kai Sun fue intransigente en los sermones que daba en la iglesia y decía a la gente: «Si Baal es dios, ¡sigan a Baal! Pero si Dios es Dios, ¡vayan en pos de Él! ¡Pero yo y mi casa serviremos al Señor!» Jamás hubo tanta conmoción en la iglesia: se habían fijado los límites y varios tuvieron que decir basta. Algunos que eran poco entusiastas y que asistían sólo por curiosidad, se fueron y no volvieron más. Otros seguidores indecisos esperaban quedar a la expectativa sin asumir un compromiso pleno con ningún bando hasta ver quién era más poderoso, si los demonios de los chamanes o el Dios de los cristianos. Pese a que en un principio todos tenían miedo de ayudarnos a alimentar a las recién nacidas, la época de decidirse al final hizo que quienes verdaderamente habían depositado su fe en Jesús se acercaran todavía más a la fe. —Estamos de su parte, pastor N'gai —le dijeron a Kai Sun los miembros del consejo de la iglesia—. Ese mal no puede continuar. ¡Lucharemos con usted en contra de esas amenazas y mentiras malignas!

Nos alegró ver que Lei Nor se encontraba entre ellos. A pesar de la debilidad espiritual de Tse Ling, su esposa, él se mantenía firme. Los conflictos estallaron de verdad tres semanas después de que tomamos a las dos niñas. El chamán más importante de la región —un hombre fornido y lleno de marcas de viruela llamado Dorjay—, era conocido por actuar de médium para los demonios. Muchas de sus predicciones de cosechas fallidas y otros desastres habían ocurrido, y también había tenido mucho éxito curando a quienes adoraban a demonios. Era algo así como un «predicador viajero» del Diablo, pues Dorjay hacía su recorrido por nuestro pueblo y otros cuatro.

Después de que nos mudamos a *Tigre que Salta*, y la comunidad cristiana comenzó a aumentar, él comenzó a pasar más tiempo en los otros poblados en un intento de evitar problemas. Mantenía su propiedad en los límites de *Tigre que Salta*, y no dejaba de presentarse en los principales festivales con el objeto de recoger ofrendas. Esperaba su oportunidad con ojos escrutadores, preguntándose cómo hacer para deshacerse del azote de cristianos que había trastornado el control que él tenía sobre el pueblo y que le hacía perder ganancias.

Cuando se dio cuenta de que su autoridad espiritual en la región estaba amenazada por el hecho de que habíamos adoptado a las mellizas, Dorjay regresó al pueblo en

toda su fuerza, trayendo consigo a otros hombres de la región vecina. Se hablaba mucho del «mal extranjero» y de «la religión de las sanguijuelas» que había infestado el campo. Clanes enteros empezaban a tomar partido y rápidamente los acontecimientos dieron un giro peligroso. La amenaza de que los espíritus malvados provocaran hambre o enfermedades en toda la aldea representaba una nefasta posibilidad, así lo había advertido el chamán, y la gente esperaba nerviosa el futuro. El populacho parecía leña que espera a que la enciendan, por lo que no hizo falta mucho para prender fuego a sus temores hasta conseguir una llama furiosa y desatada. Se corrió la voz de que una familia que vivía en la quebrada ubicada afuera de *Tigre que Salta*, se había enfermado misteriosa y repentinamente. Al investigar, ¡se supo que padecían la temida fiebre tifoidea! Sin duda, eso evidenciaba que una plaga había caído sobre toda la aldea en venganza por salvar la vida de las mellizas malditas. Nadie estaba a salvo de esa maldición demoniaca, les dijo el chamán. Muchos de los aldeanos, dominados por el pánico, exigían que se hiciera algo para aplacar a los espíritus a fin de salvar a los «inocentes» de los estragos amenazadores de la enfermedad.

La situación quedó bien definida. El chamán y los de su bando anunciaron a la aldea que se reunirían para invocar a los demonios y ponerlos contra nosotros. Invitaban a los que quisieran a que vinieran a escuchar lo que decían los espíritus. La siniestra ceremonia se iba a celebrar en la propiedad de Dorjay en los límites de *Tigre que Salta*, donde el sendero pasa peligrosamente cerca del despeñadero. Se decía que en esa parte del bosque crecían hierbas que se empleaban en los rituales para conjurar a los poderes de las tinieblas. La mayoría de la gente con una pizca de inteligencia evitaba pasar por aquel sitio frecuentado por malos espíritus. No obstante, ¡se instaba a todos los pobladores a que asistieran a la invocación para escuchar lo que iban a decir los demonios!

V

Cuando el desafío de los chamanes se supo en toda la aldea, la gente tomó partido. Los que estaban de parte del Señor se negaron a asistir al ritual del chamán; en cambio, se reunieron en la iglesia para orar fervientemente con Kai Sun y conmigo a fin de repeler las fuerzas demoniacas que sabíamos iban a tratar de atacarnos. Cuando la gente se agrupaba a nuestro alrededor en el edificio, uno de nuestros apreciados hermanos cristianos se acercó a decirnos:

—Pastor N'gai, señora N'gai, ustedes saben que los apoyaremos. Esas mellizas, y todas las que nazcan después de esto, deben ser rescatadas. Hemos entregado el corazón a Jesús y no podemos tolerar más esa maldad. Pero también les pedimos que piensen, por su propio bien, si no les convendría intentar escapar antes de que estallen los conflictos. ¡Tememos que corra peligro la vida de ustedes! ¿No sería bueno que se escondieran en las aldeas que están más adelante por los senderos? Kai Sun y yo habíamos pasado la noche rezando y pedimos al Señor que nos indicara qué hacer en cuanto a esa situación. ¿Qué quería que hiciéramos? ¿Era hora de huir, o debíamos mantenernos firmes? Teníamos que tomar en cuenta a los niños y estábamos muy apremiados por saber adónde nos guiaba Dios. Después de pasar largo rato de rodillas, Kai Sun se volvió hacia mí y comentó:

—Lu Yisi, sabes que el colegio y la misión significan mucho para mí. Espero que también te des cuenta de que las dejaría en un momento, si el Señor me lo pidiera. Mis mayores tesoros son Richard, tú, y ahora las mellizas, nuestras hijas. Jamás pondría en peligro el bienestar de ustedes por conservar un edificio. Tengo la sensación, sin embargo, de que esta vez el Señor quiere que nos quedemos. Con todo, no lo voy a hacer a menos que estés totalmente de acuerdo.

—Kai Sun —le había contestado, ¡yo siento lo mismo! No lo digo por nuestra casa ni por el colegio: Dios sabe que este mundo no es nuestro hogar y que aquí no somos más que peregrinos y extranjeros. Pienso que el Señor está abriendo una brecha entre el bien y el mal, y que hemos sido llamados a este sitio para esta hora. La frase que recibí de parte de Dios fue: «Apartaos y vedme luchar, dice el Señor». Estoy convencida de que Él luchará por nosotros.

—Hermanas y hermanos míos —dijo Kai Sun dirigiéndose al grupo que se había reunido a nuestro alrededor—. El Señor nos ha dicho que este día debemos asumir una postura de fe. Yo he predicado abiertamente delante de todos que mi casa servirá al Señor. Dios peleará por nosotros. Les rogamos que oren con nosotros para que el Señor haga que cualquier mal que ellos intenten hacer les vuelva sobre su propia cabeza. ¡Nos quedaremos!

Mientras los cristianos de *Tigre que Salta* se reunían a orar, otra clase de reunión se celebraba al mismo tiempo. Los que habían rechazado a Jesús y despreciaban a la misión y todo lo que ésta representaba, se volvían hacia los poderes del infierno que

estaba convocando el chamán. Dorjay se lastimaba con pedernal usado en los rituales y la sangre brotaba de sus heridas en el pecho y los brazos. Se llevó a los labios una calabaza seca empleada como vasija, y bebió a grandes tragos el licor y bebida de hierbas.

Salmodiando y meciéndose junto con el chamán, toda la multitud era dominada por el golpear intermitente de los tambores. Los golpes se hacían cada vez más rápidos y los presentes empezaron a dar vueltas y a pedir a los demonios que entraran. De golpe, el gentío contuvo la respiración al ver que el chamán se caía de espaldas y el demonio se apoderaba de su sacerdote.

Cayendo al piso, Dorjay se quedó tendido un momento sin hablar, luego se sentó con unos movimientos bruscos y cortados, mientras movía los ojos hacia atrás. Rodó por el piso. Se contorsionaba de manera extraña y echaba espuma por la boca, mientras aquella fuerza maligna le penetraba en el cuerpo. De pronto, las sacudidas cesaron, la fuerza malvada se apoderó de él, y el espíritu empezó a hablar por la boca del chamán. La voz era grave y áspera, y no se parecía en nada a la del chamán.

Resonaba con claridad entre la multitud.

—¡Entierren a los cristianos, y saldrán ilesos!

Los que habían estado indecisos, inseguros de qué partido tomarían, ya no vacilaban. En cambio, los que se habían reunido en aquella siniestra ladera, que eran en total la cuarta parte de la población de *Tigre que Salta*, vitorearon y procedieron a darse latigazos para entrar en un trance sanguinario. Llegó el momento de tomar una decisión y echaron su suerte junto con la del chamán y sus demonios, revelando la oscura obstinación de su alma. Su pecado ya no podría mantenerse oculto.

V

Acabábamos de terminar de orar y una de nuestras hermanas empezó a entonar un himno. Todos la acompañamos, pero ¡vaya sorpresa!, nuestras voces quedaron ahogadas por otro sonido. Miramos hacia el techo. ¡Estaba lloviendo! Pero no era una simple lluvia; lo que ocurría se podría describir únicamente como un torrente de agua que una mano poderosa estaba echándonos encima. Nadie de la región se acordaba de que alguna vez hubiera llovido así, como aquella cascada que caía con tal fuerza que temíamos que el techo de la iglesia se derrumbara.

Uno de los hermanos comentó:

—¡Esto es como en la época de Noé!

Lo más extraño era que nos halláramos en la estación seca. Las lluvias ya habían pasado. Y ninguno de los creyentes recordaba haber visto ninguna nube en el cielo a su llegada cuando se habían juntado afuera de nuestra humilde capilla.

Por el momento, no teníamos esperanza de poder salir, por lo que nos acomodamos y continuamos cantando con toda el alma. Entre las canciones y el sonido extraño, pero reconfortante de la lluvia, sentimos que la tensión se desvanecía. Al cabo de una media hora todos sentíamos mucho gozo, rebosábamos tanto del Espíritu de Dios, que aquello parecía más una celebración que una reunión para rogar al Señor que nos ayudara. Entonces, tan repentinamente como había comenzado, la lluvia cesó.

Kai Sun pensó que habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance y habíamos pedido a Dios que nos ayudara. Como la lluvia había parado, parecía que lo mejor sería que cada uno regresara a su casa y confiara en el Señor. Caminábamos juntos hacia la puerta cuando escuchamos gritos que provenían del monte, cuesta abajo.

Abrimos la puerta y vimos a una figura cubierta de barro que agitaba la mano y corría monte arriba, dirigiéndose a nosotros.

—¡Pastor N'gai! ¡Pastor N'gai! ¡Venga rápido! —gritaba desesperadamente el vecino.
—¡La montaña se ha derrumbado!

v

Nos apresuramos a ir al sitio donde ocurrió, y al llegar apenas logramos entender lo que había sucedido. El sendero que daba a la aldea, y toda la montaña que lo rodeaba, simplemente había desaparecido. Lo que encontraron nuestros ojos fue un pedazo de tierra mezclado con barro y rocas que acababa de ser cortado de la montaña y formaba un precipicio. Donde una vez hubo casas en los linderos de *Tigre que Salta*, no había más que desolación. Nos estremecimos al comprender que la casa de Dorjay, y todas las personas que se habían congregado allí con él aquel día, habían sido barridas por la fuerza atronadora de la mano de Dios.

La destrucción no tenía precedentes. Cada familia de los montes adyacentes se vio afectada de una u otra forma, pues casi cada una tenía parientes o amigos que habían muerto en la catástrofe. Los que se enteraron del final del chamán y sus seguidores, se llenaron de un gran temor del Señor.

Los cristianos de *Tigre que Salta* se agruparon para socorrer a quienes habían sido más afectados por el desprendimiento de tierras. Había viudas y huérfanos que atender, además de algunos que habían escapado a la muerte, pero cuya vida y hogar

habían quedado sepultados bajo el torrente de barro y piedra. La asistencia a la iglesia aumentó mucho y un gran número de personas que antes vacilaban, acudieron al Señor. En la región de *Tigre que Salta* se dio un renacer religioso sin precedentes que se difundió a las aldeas vecinas con una fuerza y rapidez que únicamente pudo haber resultado de la intervención de Dios. El Señor había levantado Su poderosa mano para rescatar a Sus pequeños. Nunca más las madres de *Tigre que Salta* sentirían miedo por la vida de sus bebés, en caso de que dieran a luz gemelos. Así pues, en vez de inocentes criaturas, lo que quedó sepultado para siempre debajo de aquella montaña de barro y piedra fueron las mentiras del Diablo.

CUARTA PARTE

«Si tuviera mil vidas, China me pediría que se las diera todas.» J. Hudson Taylor

EL EXTRAÑO

La vida terrenal es sólo una prueba. Las experiencias del mundo pueden quebrantarnos el corazón de formas que los ángeles logran sólo imaginarse, que para ellos son únicamente cavilaciones abstractas. Empero, esos quebrantos y amoldamientos de nuestra vida —que con frecuencia rechazamos y resistimos—, son la materia prima que Dios debe utilizar para hacer de nosotros vasijas más útiles para la eternidad.

Sin embargo, damos muy poca importancia a esas experiencias cuando estamos en la Tierra, tan ocupados con todo lo que llena nuestros días, ¡y qué atareada estaba yo en la aldea! Amaba a Kai Sun, quería mucho a mis hijos, y amaba la meta emocionante que el Señor nos había puesto delante. Hacíamos muchos viajes a las comunidades vecinas, llevando el mensaje de Jesús a un gran número de personas que no sabían nada del cristianismo. Con el tiempo, hubo grupos de nuevos creyentes desparramados por todas las aldeas que rodeaban a *Tigre que Salta*.

El colegio también estaba en marcha, ¡y en ocasiones eran muy traviesos esos chiquillos! Muchas veces me alegraba de escapar del bullicio del aula cuando nos íbamos en un viaje de apostolado a la región vecina. De todos modos, estaba igual de contenta al volver después de aquel respiro. Nuestros primeros jóvenes estudiantes se convirtieron más tarde en los creyentes más fuertes, pues se habían criado desde sus primeros años conforme a los principios de la Biblia. Ellos, a su vez, con frecuencia viajaban con Kai Sun o conmigo. Allí, trabajando a nuestro lado, aprendieron a

enseñar y predicar el Evangelio, procediendo como nosotros lo habíamos hecho con ellos. Con todo, sabíamos que era grande la necesidad de grupos evangelísticos preparados y ansiábamos que llegara el día en que pudiéramos preparar adecuadamente a otras personas para que ellas a su vez llevaran la Palabra de Dios a las montañas y aún más allá.

El pequeño Richard crecía con rapidez y Eh Mei era mi constante asistente y amiga que cuidaba como una madre a mis hijos, igual que yo lo haría. Cuatro años después de que Preciosa y Bendición llegaron a formar parte de nuestra familia, nos nació otra hija, Luz de Esperanza. Pero me estoy adelantando en el relato, pues los extranjeros llegaron un año antes de que naciera Luz de Esperanza.

Eran ingleses, pero para mí eran tan extranjeros como para cualquiera de los aldeanos chinos. El primero que llegó fue un comerciante desastrado, cuyo nombre nunca se mencionó. Su carácter, si fuera posible, era tan sucio como su camisa, que alguna vez había sido blanca, y que le colgaba del cuerpo sudoroso y grueso como un montón de arrugas grasientas. Cuando descendió de su mula aquella mañana calurosa de verano, instintivamente me causó disgusto.

Me miró de arriba a abajo, y emitió un sonido que era mitad bufido y silbido. — ¡Recórcholis! —dijo irrespetuosamente—. Así que los chismes son verdad, ¡hay una mujer blanca viviendo aquí como los nativos!

Hacía un tiempo que no hablaba inglés, pero me las arreglé para contestar: —Buenos días. Soy la señora N'gai, la esposa del pastor.

Se rió de una forma fastidiosa y rara.

—Ah, entiendo... ya veo. Entonces, no creo que es a usted a quien vengo a ver.

¿Dónde encontraría al jefe de esta distinguida y gran ciudad? —preguntó sarcásticamente, mientras se fregaba la mejilla sin afeitar con su fornida mano.

Arreglé para que un chico llevara al extranjero —quien nunca se tomó la molestia de presentarse como es debido—, hasta la casa del jefe de la aldea. Luego entré adonde se encontraba Kai Sun, ocupado preparándose para el estudio de la Biblia de la tarde. Después de informarle de la presencia del hombre, le dije:

—Espero estar equivocada, pero ¡presiento que ese tipo sólo traerá problemas!

No tardamos mucho en descubrir que yo tenía razón. Al cabo de una hora el cacique me había citado a su casa. Kai Sun por ningún motivo me iba a dejar ir sola, así que bajamos juntos por el sendero. Al aproximarnos a su vivienda, vimos al comerciante extranjero sentado en el sitio de honor del recinto frontal junto con el cacique y varios de los ancianos del pueblo reunidos a su alrededor. En ese momento se levantó

un anciano y saludó a Kai Sun con mucha cortesía, pero se lo llevó aparte para discutir «un asunto urgente». Yo, sin embargo, fui llevada con prontitud delante del grupo. Cuando el extraño me vio, abrió grandes los ojos por un momento y luego rápidamente se dio vuelta.

Una jovencita servía té mientras el corpulento inglés la miraba con una mirada indiscreta y desagradable, que ponía incómodos a todos los presentes. Me incliné ante el cacique y me arrodillé mientras se nos servía el té, un ritual ceremonial que en los montes es un elemento vital de los buenos modales. Mientras saludaba al cacique con las cortesías de costumbre, el extraño tomó un trago del té y escupió a tierra una hojita de té perdida. Volviéndose hacia mí, murmuró en un inglés que ninguno de los ancianos presentes podía entender:

—¡Maldito brebaje! ¡Uno se imagina que uno de estos chinos asquerosos podría preparar una buena taza de té, pero hasta ahora no he encontrado ninguno en toda la China!

Su conducta era tan despreciable que por lo visto hasta la gente sencilla de la montaña estaba atónita. Era evidente que las cosas no marchaban bien entre el cacique y el extranjero. El recién llegado se acercó entonces a mí, echó una risita contenida, y miró de reojo a la joven que nos atendía.

—El aire de montaña pone a estas chicas calientes y listas. Buenas para calentar la cama, ¡sí, señor!

Escandalizada, tartamudeé:

—¿Qu... qué dice!

El extraño no hizo caso de mi pudor y se volvió al jefe para continuar la conversación que mi entrada había interrumpido. No obstante, me quedé sorprendida al escuchar que el basto intruso conversaba en un dialecto de la llanura casi fluido, aunque burdo.

—¿Y ahora qué respondes? Estoy ofreciendo a esta aldea la oportunidad de hacer buenos negocios, buena plata, ¡y mucha! ¡Mucho comercio!

El extraño echó una mirada a su alrededor a los rostros intencionadamente inexpresivos de los ancianos, que buscaban ocuparse de sus tazas de té.

—Me da la impresión de que esta gente no entiende bien mi generosa oferta para que ganen un poco de dinero. Así lo entiendo yo, —apuntó en mi dirección—, ¡o no la habrían llamado a usted para que hiciera de intérprete!

Un silencio incómodo se apoderó del grupo y percibí que se esperaba que yo dijera algo.

—Señor —me dirigí al cacique en el dialecto local que por lo visto el inglés no

comprendía—, no estoy muy segura de la clase de negocios que trae a este extraño a *Tigre que Salta*. Pero sé —señalé con respeto— que usted habla y entiende el dialecto de la llanura tan bien, o quizás incluso mejor, que yo. ¿Puedo preguntarle por qué necesita que le traduzca?

—Es difícil —explicó el jefe con la mayor vaguedad que pudo—. Hay muchas cosas que tomar en cuenta. El extranjero quiere que hagamos comercio con opio. O mejor dicho, promete abastecernos de opio si lo abastecemos a él de mujeres. Los marineros y los soldados siempre quieren mujeres, y él dice que las de la montaña son las que le dan menos problemas. Ofrece un negocio lucrativo si le ofrecemos suficientes mujeres para los salones de las grandes ciudades.

Era consciente de la vida que llevaban las chicas de «los salones» de las ciudades, que en realidad eran pocilgas de opio. La mayoría de esos lugares eran cobertizos sucios en los que tenían a las jóvenes como esclavas sexuales para satisfacer los placeres abusivos de los marineros extranjeros y también de los chinos adinerados.

—Verá usted... —me dijo el cacique— como aquí somos cristianos, no queremos entrar en un negocio como ese.

El cacique me miró para ver mi reacción, esperando que me agradaría aquella respuesta. Conocía bien al cacique, y sabía que lo que le impedía entablar negocios con esa sabandija no era la devoción a Dios. El líder de nuestra aldea, aunque era un político astuto, tenía lealtades cambiantes en todos los asuntos, excepto en lo que tenía que ver con ganar dinero. A ese ideal permanecía fiel, y pasaba la mayoría de su tiempo buscando ganancias al máximo. Parecía que le caíamos bien, sin embargo, y veía con buenos ojos lo que habíamos hecho por su aldea. Por esa razón conservábamos lazos de amistad con él, pero en cuanto a su sinceridad religiosa, yo no me dejaba engañar.

No, se trataba de algo más que la cuestión de moralidad, aunque no estaba muy segura qué era. Asentí aprobando ante las palabras del cacique, pero percibí incómoda que se me iba a pedir que me encargara de una tarea desagradable.

—Me parece que sería mejor que de inmediato informara al inglés cuál es su parecer —le respondí con cautela—. Los extranjeros se encargan de sus asuntos de esa manera. Hablan con mucha franqueza.

—Sí. ¡Por lo que dice este hombre, comprendo que así es! Es algo tan extraño... de lo más... —parecía que buscaba el término preciso— ...¡de lo más incivilizado! Es difícil... —dijo meneando la cabeza. Entonces, se le iluminó el rostro, al parecer de repente había dado con una solución sumamente ingeniosa para el dilema—. Claro,

¡usted, señora N'gai! ¡Usted también es extranjera! Desde luego, lo digo sin intención de ofender —y al decirlo hizo un ademán hacia mí—. Verá, usted puede explicarle nuestra difícil situación de forma que no despierte en ellos rencores. Después de todo, son poderosos en cierta medida.

—Pero... si no parece poderoso en absoluto —señalé, echándole una mirada a su vestimenta grasienta. El individuo nos miró con curiosidad, mientras continuábamos lo que para él era una conversación ininteligible.

—No se trata de él forzosamente —prosiguió el cacique— sino de la gente a quien representa. Se relaciona con gente que no nos atrevemos a tomar a la ligera. Rechazarlos sería buscarse problemas. Fíjese en el brazalete de cuerda trenzada que él lleva en el brazo.

Eché una ojeada al adorno sucio que llevaba puesto el extranjero. Parecía algo sin importancia.

—¿Y qué con eso? —pregunté.

—¿Ha escuchado alguna vez de la Hermandad del Dragón?— preguntó en voz baja el cacique.

Negué con la cabeza.

—Constituyen una sociedad muy poderosa y secreta de las sanguijuelas —explicó utilizando el término despreciativo con que los montañeses se referían a la gente de la llanura—. Controlan muchos de los salones. Dondequiera que hay crimen, los promotores son ellos, sin duda. ¡Hasta los gobernadores militares les temen! Muchos les deben dinero. ¡Únicamente le permitirían llevar un brazalete como ése a alguien que estuviera aliado con ellos! Si lo rechazamos, ¡es muy posible que nos ponga en peligro a todos! ¡Ay, qué difícil es todo esto! —exclamó lamentándose.

Se puso más nervioso, previendo las calamidades que individuos tan deshonorosos podrían ocasionar a la vida pacífica y rentable que llevaba él como cacique de la aldea de *Tigre que Salta*.

—Entonces —resumí la situación con un dejo de ironía— usted preferiría que fuera yo quien corriera peligro, y no todos ustedes, ¿o me equivoco?

—¡Exacto! —dijo sonriendo el anciano, bastante complacido de que había captado su razonamiento con tal celeridad—. Después de todo, no sería conveniente poner en peligro a todo el pueblo, ¿no le parece? Y como usted es extranjera, podrá convencerlo con mayor facilidad que nosotros. Es la única solución posible, ¿no es cierto? —preguntó asintiendo, convenciéndose a sí mismo cada vez más mientras hablaba.

Transcurrió un rato y no pronuncié ni una palabra. Luego le dije:

—Primero tendré que hablar un momento con mi marido.

—Desde luego, señora N'gai, ¡por supuesto! —exclamó.

Me llevaron afuera adonde se hallaba Kai Sun, que esperaba con impaciencia, y procedí a explicarle brevemente la situación.

—El cacique está aterrorizado del rufián. Piensa que son peligrosas las relaciones de ese sujeto con la Hermandad del Dragón. Tal vez sea sólo la imaginación del cacique, pues no parece alguien imponente. De todos modos, creo que debemos hacer algo, o ¡es posible que, por sentirse intimidada, esta gente termine haciendo negocios con él! Kai Sun me miró.

—Según entiendo, quieren que seas intermediaria, o más bien chivo expiatorio, asegurarse de que cualquier culpabilidad recaiga sobre ti, y no sobre el consejo de ancianos del pueblo. ¡Estas ideas políticas! —exclamó negando con la cabeza—. He oído hablar de la Hermandad del Dragón... quizá no sea algo que se deba tomar a la ligera... ¡Mejor oremos!

En ese instante, acudimos al Señor y le pedimos fervientemente que nos ayudara.

—Jesús, debemos saber qué hacer de inmediato. ¿A nosotros nos corresponde combatir en esta situación? Parece que los ancianos y el cacique no tienen el valor de oponerse a ese individuo. ¡Te rogamos que nos indiques qué hacer, y que nos hables ahora mismo!

Apenas acabamos de rezar unas palabras consoladoras nos penetraron los pensamientos, escuché de la boca de Kai Sun:

—No temáis, Mis hijitos, aunque vendrá la hora en que el buen pastor debe dar su vida por las ovejas, aún no ha llegado vuestra hora. Esta es sólo una prueba.

Manteneos firmes y hablad Mis palabras, pues ese malvado no podrá triunfar sobre vosotros, por más que lo intente. Pues ninguna arma forjada contra vosotros prosperará.

V

Armados con esas palabras reconfortantes de nuestro Señor y Maestro, entramos a los aposentos del cacique. Allí estaba el inglés inquieto y nervioso, pues los ancianos lo mantenían con evasivas y demorándolo, y fingiendo que no entendían nada de lo que él les decía.

—Siguen demorándose una eternidad, ¡todos ustedes! ¡Usted tiene que hacer entrar

en razón a esta gente!—, me gritó al verme entrar.

—Tenga plena seguridad de que no le haremos perder más tiempo del necesario — dije con firmeza, mirándolo a los ojos—. Me temo que ha habido un malentendido. La gente de *Tigre que Salta* no quiere hacer negocios con usted. Esta comunidad no es de esa clase. Lamento que se haya molestado en viajar hasta aquí. Si se va ahora mismo, y sugiero que lo haga, podrá llegar a algún refugio para el anochecer. Entrecerró los ojos y me lanzó una mirada iracunda.

—¡Así que la vieja arpía iglesiera me quiere decir lo que tengo que hacer! —gruñó. Aunque Kai Sun no entendía el inglés que hablábamos, percibió con claridad la tensión en el ambiente y dio un paso hacia mí. Miré al hombre con la misma fijeza con que me miraban sus ojos viperinos.

—No hay nada más que decir. Le aconsejo que busque gente con quien negociar en otra parte. ¡Hasta luego y que tenga buen día! —dije con un tono terminante. El individuo escupió en el suelo, nos dirigió una mirada amenazadora y luego se volvió a su mula. Después de montarla, se dio la vuelta y me dirigió de nuevo una mirada amenazadora.

—¡Pequeña puerca! —dijo entre dientes, y levantó el brazo para mostrarme el brazalete—. ¿Ve esto? —preguntó.

El Señor me dio fuerzas para no acobardarme ante la ferocidad de su voz.

—... Las hacen más grandes —dijo siseando— gruesas y largas... ¡para que se ajusten al cuello de las personas!—. Se rió a carcajadas de su propio ingenio. Luego, pateó a la mula y empezó su marcha cuesta abajo.

v

El día siguiente, después del desayuno, mientras recogía la mesa, Kai Sun se demoraba en tomar el té.

—Hay algo, Lu Yisi, que no me parece bien con la visita que hizo ayer al cacique el extraño inglés.

—¡Estoy de acuerdo! —asentí—. Nada estuvo bien.

—Sí, claro, pero, además de que era un sinvergüenza... es que no creo que fuera todo lo que aparentaba.

—¿Crees que era algo más que un criminal codicioso y descortés? —pregunté.

—Ponte a pensar en él, Lu Yisi. Teóricamente hizo un viaje hasta aquí para hacer tratos comerciales con los ancianos de esta aldea. Hablaba chino muy bien,

demasiado bien como para no saber cómo debe dirigirse al jefe del pueblo, y mucho menos si le interesa hacer negocios. Un comerciante avaricioso sabe cómo hacer negocios, aunque se trate de algo deshonesto. Daba la impresión de que quería provocar problemas, en vez de intentar sacar dinero. Además, venía a ofrecer opio a cambio de mujeres. Mujeres, que dicho sea de paso, podría haber conseguido en cualquier pueblo kilómetros más abajo, ahorrándose así el largo viaje hasta nuestro pueblito montañoso. Por otra parte, el cacique no estaba interesado en la oferta de opio. Al fin y al cabo, es bastante sagaz como para saber que si la gente empieza a fumar opio, el dinero va a desaparecer de su aldea; dinero que, en cambio, él espera que termine en su bolsillo. Si el inglés le hubiera ofrecido dinero contante y sonante, tal vez habrían llegado a un acuerdo antes de que nosotros nos presentáramos. ¿Por qué no le ofreció dinero a cambio de las mujeres?

—Es que quizás el inglés tenía opio, y no dinero —sugerí.

—Lu Yisi, él podía vender el opio en cualquier parte, y luego ofrecer al cacique el dinero, y todavía habría salido ganando en el trato. No creo que era comerciante. Creo que esa historia fue nada más una excusa para que el extraño visitara esta aldea. Y en cuanto a la visita que le hizo al cacique, ¿te imaginas de qué habló antes de que llegáramos?

Lo miré con las cejas arqueadas.

—¡De ti! —se respondió a sí mismo, señalándome.

—¿De mí? —contesté sorprendida—. ¿Por qué?... Apenas intercambiamos unas palabras antes de indicarle dónde estaba la casa del cacique.

—Quizás, pero después de que llegó, un anciano me contó que ese individuo hizo incontables preguntas sobre la mujer inglesa. Es decir, acerca de ti. Preguntó quién era, cuánto hacía que vivía aquí, si tenía contacto con su familia de Inglaterra... todas las preguntas imaginables. Fue al final que hizo su propuesta comercial ridícula. El cacique sólo pensó en llamarte porque el vagabundo hablaba de ti sin parar. Creo que lo tomaron desprevenido cuando te invitaron a la discusión.

—¿Pero qué crees que ello significa? —pregunté.

—Tal vez me equivoque, pero creo que ese personaje despreciable era en realidad... un espía.

—¡Un espía! ¿Qué hay que espiar en el pueblo de *Tigre que Salta*?

Kai Sun me miró a los ojos y respondió:

—A ti.

—¿Por qué querría alguien espiarme? —pregunté riendo.

—No lo sé, Lu Yisi. Pero te amo y quiero que sepas que jamás permitiría que te hicieran daño, y que Dios me ayude para que así sea.

Al ver que Kai Sun se tomaba ese asunto muy en serio, yo también lo hice. Lo abracé, y oré para que el Señor nos guardara y protegiera a todos.

LA EPOCA DE LA SIEGA

Al transcurrir los meses siguientes vimos con alivio que la visita del extraño no tuvo consecuencia alguna. Con la esperanza de que lo habíamos visto por última vez, al final nos tranquilizamos y atendimos nuestros asuntos como de costumbre.

Se aproximaba el momento de la siega y todos estaban ocupados en los campos. En las montañas, aquella era la época de más trajín en el año, pues el bienestar o la ruina de la familia durante los rigurosos inviernos dependía de si la cosecha era buena o mala. Todo hombre, mujer y niño era necesario para recoger y conservar las cosechas. Durante esa temporada, Kai Sun seguía haciendo su recorrido predicando por las otras aldeas. Si una familia pasaba por momentos difíciles y la cosecha no parecía muy prometedora, muchas veces necesitaba oración y ayuda. Más de una vez había visto a Kai Sun apresurarse a ayudar con la cosecha de una familia desesperada, cuyos parientes enfermos no podían recoger la siega que se veía amenazada por las heladas tempranas.

Nuestro sustento provenía de campos y ganado de nuestra propiedad; para ayudarnos a atenderlos contratábamos personas que se contentaban con un porcentaje de lo producido. Por lo general, las familias contribuían para pagar la enseñanza de sus hijos proveyendo tela hilada en casa, trabajos bordados, acolchados y cobijas. Los adornos de madera tallados eran otras mercaderías que nos daban como trueque por la enseñanza. Así pues, nuestra casa estaba llena de biombos, alféizares y barandas con labrados de intrincado diseño, además de muebles de toda clase. Al final logramos vender el excedente de dichos productos a fin de reunir un fondo para la compra de libros. En cuanto a las ofrendas que se daban a la iglesia, la mayoría eran alimentos, los cuales, si no eran perecederos, por lo general los guardábamos para distribuirlos a familias necesitadas de la comunidad en épocas difíciles, ya que nuestras necesidades estaban por demás atendidas.

A mí siempre me gustó el otoño, pues los árboles se volvían de un carmesí y amarillo encendidos, y los vientos frescos comenzaban a soplar bajando desde los distantes picos nevados. La naturaleza ponía un ambiente de alegría que incitaba al trajín y ajetreo de la comunidad, mientras la gente laboraba en los campos. Incluso los niños

percibían la emoción del cambio de estaciones. Richard me rogaba que lo dejara explorar los bosques, mientras Preciosa y Bendición me suplicaban que las dejara ir con él. Todos esperaban ilusionados el próximo festival de la siega, que se realizaba una vez terminado el trabajo, y que se celebraba a lo grande en la iglesia. La gente venía de kilómetros a la redonda para participar de la diversión y dar gracias al Señor por que proveyó para nosotros.

Como empezaba una nueva semana, Kai Sun sintió la urgencia de visitar a una de las familias de *Pozo Profundo*, una aldea que quedaba a un día de viaje bajando por el sendero hacia el sur. El padre de dicha familia, que era creyente y muchas veces nos hospedaba cuando visitábamos su aldea, se recuperaba poco a poco de una grave afección pulmonar. Kai Sun estaba preocupado por las cosechas de aquella familia, pues el padre de ésta se encontraba muy enfermo, sin poder trabajar. Planeó su visita de forma que le permitiera ayudar en lo que hiciera falta, y todavía volver a tiempo para dirigir el culto matutino del siguiente domingo.

No había clases en el colegio, pues durante la siega se precisaba a todos los niños en la casa, por lo que yo quedaba encargada de la reunión de oración de los miércoles por la tarde, además de supervisar a nuestros ayudantes y a los niños que estaban con Eh Mei. Después de orar juntos, Kai Sun instruyó solemnemente a cada uno de los pequeños a que obedecieran a su madre y se portaran bien hasta su regreso. Entonces, cuando nadie miraba, abrazó a cada uno con mucho cariño, mientras forcejeaban para ver quién lograba sentársele en las piernas. Aunque los hombres de la región montañosa no les resultaba natural demostrar el cariño, a Kai Sun le costaba resistirse a los niños.

Había llegado a comprender que yo necesitaba que me expresara su amor con abrazos y caricias, pese a que a un hombre de su cultura le parecía algo extraño. Me causaba gracia, pues ahora parecía que Kai Sun lo deseaba tanto como yo, aunque dudo que lograría que él lo confesara.

Los días pasaron con rapidez. El sábado por la tarde me preparé para el regreso esperado de Kai Sun, poniendo su puesto en la mesa. Me dio la impresión de que las horas pasaban con lentitud. Los niños comieron y fueron a acostarse, pero no había señal de mi esposo. Me preparé para acostarme, y no di importancia a cualquier indicio de un mal presentimiento. Me dije a mí misma que quizás se había demorado y había salido muy tarde de *Pozo Profundo* como para llegar al anochecer. Lo más seguro era que pasaba la noche en el camino y regresaría a tiempo para el culto de la mañana siguiente. Oré con fervor para que Dios lo protegiera y guardara, y después

me acosté, aunque tardé en dormirme más de lo acostumbrado.

El canto de los gallos que me saludó por la mañana me hizo sentar de golpe en la cama, ¡sólo para ver que Kai Sun todavía no llegaba! Sabía que si no aparecía pronto, me tocaría dirigir el culto del domingo.

Empecé a preocuparme por su seguridad. ¿Por qué razón no me informaría de una posible demora? Tomé la Biblia y preparé un sermón improvisado sobre el tema del cuidado y protección de Dios que comentaría con la congregación. ¡A mí me hacía tanta falta como a los fieles! Sin embargo, antes de emprender la tarea de dirigir el culto, supliqué a Tse Ling, quien movía las ollas ruidosamente en la cocina, que fuera a buscar a su marido. Lo necesitaba para que hiciera el viaje de un día por el sendero y preguntara si alguien sabía algo de la demora de Kai Sun.

Como era época de siega, esta vez nadie había podido acompañar a Kai Sun. Comencé a lamentarme de no haber sido más cautelosos y de haber dejado que se fuera solo. Empecé a recordar a aquel extraño sucio. Me estremecí y oré de nuevo por el bienestar de mi esposo.

Llegó la noche y todavía no se sabía nada de Kai Sun. Esperé con inquietud todo el día siguiente hasta casi el crepúsculo. Entonces, un viajero solitario se acercó a la puerta. Me levanté de la silla a toda prisa para encontrarlo; y era Lei Nor que se acercaba a los escalones de nuestra casa. Miré inquisitivamente sus ojos cansados. —Lo lamento, señora N'gai. Su esposo no llegó a *Pozo Profundo* —me informó—. Nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él.

Por un momento, me pareció que la cabeza me daba vueltas, y entonces, Eh Mei llegó a donde nos encontrábamos. Las lágrimas me rodaban por las mejillas y las dos nos pusimos a orar, implorando al Señor que protegiera a Kai Sun. En mi mente escuchaba una y otra vez estas palabras: «No temáis manada pequeña, no temáis manada pequeña...»

Cuando terminamos de orar, un grupo de vecinos se había juntado y comentaba la situación afuera de la puerta de nuestra casa. Los hombres habían decidido formar un grupo para buscarlo. Planeaban salir al amanecer e ir por el sendero que conducía hacia abajo. Pensaban que tal vez se había caído por un despeñadero y se hallaba herido. Sentí una opresión en el corazón, pues sabía que las posibilidades de sobrevivir una semana con poca agua o comida eran mínimas. Agradecí profusamente a los amigos por su ayuda, pero sabía que su bienestar estaba en manos de Dios.

Los hombres partieron a la mañana siguiente y estuvieron fuera de la aldea apenas la

primera luz gris del amanecer subió por los montes. Peinaron el camino empleando dos días para llegar a *Pozo Profundo*, lo cual en una situación normal tomaba sólo un día. De regreso, tardaron otros tres días, buscando también por los lados empinados y escarpados del sendero. Mientras tanto, nosotros orábamos día y noche por su bienestar. Parecía como si Kai Sun simplemente se hubiera esfumado de la faz de la tierra.

Cuando los hombres regresaron sin noticias, una profunda tristeza se apoderó de la aldea. Aunque esperamos y oramos mucho, por el momento no había más nada que hacer. Nuestros amigos ya habían dedicado la mayor parte de la semana a buscar a Kai Sun, restando ese tiempo a la labor vital de recoger la siega; pedirles más era impensable, pues podía significar que sus familias pasaran hambre durante el invierno.

Entonces, me asaltó la idea de que sería ideal planificar un ataque durante la época más importante de la cosecha, cuando todos hacían mucha falta en el hogar... ¿Era acaso una casualidad lo ocurrido, o había sido calculado con esmero? Pero... ¿por qué?... ¿Por quién?

Me arrodillé e imploré al Señor:

—Ah, Jesús, ¡no sé qué pensar! ¡Te ruego que me muestres qué hacer! ¿Está muerto Kai Sun? ¿Acaso alguien le hizo daño intencionalmente? Por favor, prepara mi corazón si es así, y ¡dime qué quieres que haga en este momento!

¡Cómo no apreciar la guía del Señor en tiempos de gran angustia! Sus palabras reconfortantes pueden hacer por nosotros lo que ningún ser humano. ¡El privilegio de escuchar Su voz es de un valor inconmensurable! Me respondió así:

—No temas... espera y confía. Todo será revelado en el momento que Yo considere más indicado y ¡verás el poder de Mi fuerza! Aunque muchos traman a fin de hacer daño a Mis hijos, Yo sostengo a los Míos y los amparo con Mi mano. Confía y espera en Mí, pues tengo un plan y obraré en el corazón de los que quieran conocerme. Pese a que no comprendí todo lo que podía significar el mensaje del Señor, con todo, me dio alivio. Me preparé para la difícil tarea de esperar y confiar.

LA CARTA

No mucho después nos despertamos una mañana y sentimos un viento frío que descendía por las faldas de las altas montañas. Como la temperatura había bajado, los aldeanos se apresuraban a meter el resto de las cosechas, pues sabían que era una carrera contra el tiempo, ya que en cualquier

momento llegarían las heladas que destruirían la cosecha que quedara afuera. Había ciertas plantas que no estaban listas para que se las recogiera, y por ello había que cubrirlas con paja y prestarles mucha atención. A otras cosechas había que protegerlas de la lluvia, el granizo y la temida putrefacción del campo.

Almacenar el grano era otra tarea difícil para la que había que valerse de ingenio. Además del moho y la humedad que arruinaban los alimentos, también estaban las ratas y demás animales que llegaban a robar un tercio o más de las cosechas, a menos que se montara constante vigilancia. Las hortalizas que se cosechaban temprano se ponían a secar antes de que llegaran las lluvias para que la familia pudiera tener una alimentación equilibrada durante los meses invernales de escasez. La intranquilidad por la desaparición de Kai Sun y su consiguiente búsqueda ya había desorganizado la vida a tal punto que el trabajo se había retrasado peligrosamente. Cada hombre, mujer y niño en condiciones de trabajar, lo hacía desde el amanecer hasta la caída del sol.

Entonces, vimos a un extraño que subía por el sendero que conduce a *Tigre que Salta*. Era un joven de la tribu situada río abajo, ¡y traía noticias de mi marido!

Junto a mi puerta se reunieron muchas personas, que rodearon al mensajero mientras me llamaban y me hacían señas para que me presentara con urgencia. ¡Las sonrisas complacidas y el bullicio alegre de la gente me hicieron recobrar esperanzas! ¿Estaba bien Kai Sun? El mensajero, un joven sencillo vestido de rojo y azul como los de su clan, era aclamado como un héroe y recibía palmadas en la espalda. Me informaron: —¡Trae noticias del Pastor N'gai! ¡Su esposo está vivo! ¡Alabado sea Dios! Todos hablaban al mismo tiempo y les rogué que se callaran. Cuando disminuyó el bullicio y logré escuchar lo que decía aquel joven, y me enteré que sabía muy poco. Se le había pedido que llevara el mensaje que le había entregado un hombre de la aldea de *Charco de Antílope*, un caserío bastante pobre y aislado que quedaba a dos días de viaje, pasando los senderos altos, al oeste de *Tigre que Salta*. Kai Sun se hallaba ahí, me informó, recuperándose de fiebre tifoidea, y me había enviado una carta. Con ansia tomé el pergamino que el muchacho me extendía y lo leí:

Queridísima Lu Yisi:

Lamento muchísimo haberte causado el ansia y la preocupación que sé que has pasado por mi prolongada ausencia. Estoy recuperándome, poco a poco, de una enfermedad bastante grave que, a juzgar por los síntomas, es fiebre tifoidea. Si no me hubieran encontrado estas amables personas que me trajeron a Charco de Antílope y me cuidaron cuando estuve tan cerca de la muerte, creo que hoy no estaría escribiéndote. Ahora mismo, mi recuperación es lenta, aunque con cada día que pasa me siento mejor. Anhelo verte, y te ruego que salgas al amanecer para encontrarte conmigo en esta aldea. Estoy seguro de que tus cuidados me ayudarán a restablecerme. También te pido que traigas a nuestro hijo Richard contigo, pues deseo verlo de nuevo. Qué pena sentiría si estas fueran mis últimas horas de vida y no pudiera ver a mi hijo una vez más.

Te ruego que traigas ropa de cama, pues nuestras habitaciones aquí son muy reducidas. Las personas que me cuidan no tienen mucho, pero han sido amables y lo que tienen lo han compartido conmigo. Te aconsejo que vengas sola para no abusar de la hospitalidad de nuestros anfitriones que cuentan con pocos alimentos hasta para ellos mismos. Tampoco quisiera distraer a nadie del importante trabajo de recoger la cosecha cuando a todos se los necesita allí.

Te sugiero que pases la primera noche en el sendero de la aldea de los Siete Cañones, antes de seguir viaje a Charco de Antílope. Disculpa que sea tan breve, pero todavía me encuentro muy débil como para escribirte más. Quiero verte pronto.

Kai Sun

Por unos momentos clavé la vista en la carta, luego miré al mensajero. Al interrogarlo con brevedad, me convencí de que no sabía más de lo que ya nos había dicho. Ahora que había cumplido con su trabajo, lo único que quería era comer y partir. Le pedí a Tse Ling que le diera algo de comer y entré de nuevo en la casa con Eh Mei.

Nos sentamos, volvimos a abrir la carta y la leímos juntas de principio a fin. Al terminar, oré para que el Señor nos diera sabiduría.

—Eh Mei —le pregunté—, ¿hay algo en la carta que te parezca extraño? Se quedó callada un momento.

—Varias cosas —me respondió—. Lu Yisi, no deseo causarte preocupación. Me alegra mucho que tengamos noticias de que Kai Sun está bien... y la carta parece escrita de su puño y letra.

—Sí —asentí—. No hay duda de que es lo escribió Kai Sun.

Los caracteres bien escritos en el papel indudablemente eran suyos. Luego le pregunté:

—Pero, Eh Mei, ¿qué es lo que más llama la atención de esta carta? ¿Qué ves tú?

Volvió a mirar la página un momento.

—Lu Yisi, ¿no dice una sola palabra del Señor!

Asentí. Cualquiera que conociera a Kai Sun se arriesgaría a decir que aquello era caso imposible. Kai Sun elevaba alabanzas a Dios en todo momento. Era absurdo pensar que me había escrito encontrándose casi al borde de la muerte y que no mencionara ni una vez el nombre de Jesús.

—Además no menciona qué hacía en una aldea al oeste de aquí cuando debía dirigirse al sur —señalé—. Si se hubiera dado el caso de que lo encontró alguien de *Charco de Antílope*, sin duda nos habríamos enterado. Ya sabes con cuánta rapidez se difunden las noticias.

—¡Y mira esto! —agregó Eh Mei—. Te pide que lleves a Richard. No dice una palabra de Preciosa y Bendición, ¡a quienes me atrevería a decir que quiere igual que a su hijo!

—Sí, me pide que lleve a Richard y lo exponga a una enfermedad contagiosa que hasta podría provocarle la muerte. ¿Haría Kai Sun algo así? No, no lo creo. Es evidente que Kai Sun escribió esto, pero lo único que me imagino es que alguien lo forzó.

—Pero... ¿quién? —preguntó Eh Mei mirándome sorprendida.

—No lo sé. Pero sea quien sea, lo único que puedo deducir es que se vale de él para llegar a mi hijo y a mí, esperando que estaremos tan felices de que mi marido se encuentre con vida que no pondremos en tela de juicio lo que salta a la vista.

—Lu Yisi, ¿insinúas que ha sido secuestrado?

—Sí y sé que no suena muy probable. No me imagino cuál sería la razón.

Pero desde la visita del inglés, he tenido una sensación de tristeza... de que las cosas no marchan bien.

Eh Mei se quedó pensativa un momento, y luego opinó:

—Dices que te parece que Kai Sun fue obligado a escribir esto. Me cuesta creer que él haya escrito esta carta por los motivos que estamos comentando, pero no me cabe duda de que se trata de su letra. Pero tampoco puedo creer que alguien lo pueda forzar a hacer algo que te ponga en peligro a ti o a Richard, ¡antes que eso daría la vida! De eso estoy segura.

—Tienes razón —asentí, pues ese factor no encajaba muy bien en las circunstancias y luego me pasó por la cabeza otra explicación—: ... ¡Un momento! ¿Y si haciéndome ir evitara un mal mayor? Me imagino que si alguien tratara de raptarme directamente de aquí, habría un enfrentamiento. Tenemos muchos amigos, y ya sabes lo protectores que son los aldeanos contra cualquier ataque externo; nos protegerían con uñas y dientes. En caso de que fuera preciso pelear con un enemigo de afuera, hasta los aldeanos que se odian a muerte dejarían su enemistad para unirse de inmediato a la lucha. ¡Y no son nada cobardes! ... Por eso, si alguien intentara sacarme de la aldea por la fuerza, lo único que puedo prever es que habría derramamiento de sangre... ¿Y si Kai Sun quisiera evitarlo? ¿Qué si quisiera salvar a Bendición y a Preciosa, a ti y a todos nuestros amigos? ¿Y si él supiera que de todos modos me van a llevar, ya sea por las buenas o por las malas? ¿No trataría, entonces, de cooperar?

—Lu Yisi, ¡son muchísimas conjeturas! ... Dejando eso de lado, ¿por qué alguien querría secuestrarte?

Tuve que reconocer que no tenía la más remota idea.

V

Al llegar la mañana, sabía lo que debía hacer. Después de pasar la mayor parte de la noche orando, el Señor me había confirmado claramente que tenía que ir. Si la carta era verdadera, Kai Sun deseaba verme. Si la carta era falsa —lo cual en ese momento me parecía lo más probable—, entonces, de todos modos tenía que ir para evitar que ocurriera una calamidad mayor. Al principio pensé en dejar a mi hijo, pero al orar más al respecto, me di cuenta de que podría acarrearlos algo peor, si la persona que estaba detrás de todo aquello también estaba resuelta a capturar a Richard.

Recogí mi ropa de cama, otra ropa y alimentos, además de algo de dinero y remedios. Mientras empacaba las últimas cosas, Eh Mei entró en la habitación.

—Lu Yisi..., ya veo lo que has decidido. Yo también he estado orando... El Señor me indicó que también debo ir.

Le puse una mano en el hombro para decirle:

—Lo aprecio, querida amiga, pero no creo que sea prudente. La carta dice específicamente que vaya sola con Richard. Si no cumplimos, ello nos podría acarrear problemas.

—Ah, pero es que irás sola. No dije que iría contigo. Dije que yo también iría. Te seguiré de lejos por el bosque, a un lado del sendero.

—Eh Mei... no. ¡No te lo puedo permitir! Además, tal vez no resulte bien. Ella sonrió y luego exclamó:

—¡No creo que estés enterada de todas mis habilidades! Pasé mi infancia en los bosques ayudando a mi familia a recoger plantas medicinales. No es mi intención jactarme, pero me puedo mover con el sigilo de un gato hasta en las malezas más densas. Me dedicaba a seguir pájaros; mi padre era cazador y muchas veces lo acompañaba.

Era cierto que Eh Mei estaba en su medio en los bosques, hasta los aldeanos de *Tigre que Salta* lo habían notado, maravillados. No obstante, yo vacilaba.

—Mira, ¡tengo esto! —Se envolvió en una túnica larga de color marrón oscuro muy parecido al de la corteza de un árbol—. Nadie me notará vestida así. Además, si la carta es verdadera, me necesitarás para atender a Kai Sun y cuidar a Richard. Si la carta es falsa, te hará falta alguien de afuera que te ayude. ¡Y ya le he dicho a Tse Ling que cuide de Preciosa y Bendición!

No pude evitar reírme.

—Has pensado muy bien la manera de presentar tu propuesta... ¿Hay algo más que tengas que decir para convencerme?

—Sí —añadió—. Jesús me dijo que lo hiciera.

Los tres partimos de inmediato.

UNA COMPAÑÍA DISTANTE

En el sendero reinaba la quietud. Lo único que se escuchaba de vez en

cuando era el canto de un pájaro matutino que rompía el silencio. Me monté en nuestra confiable mula con Richard al frente, sosteniéndose de la perilla de la montura. Atrás me seguía otra mula, atada por una correa; tenía fe en que Kai Sun iba a regresar conmigo en ese animal. Sólo sabía que Eh Mei me seguía porque ella me lo había dicho, pues había desaparecido en la oscuridad del bosque. Muchas veces me quedaba sorprendida por sus talentos, y ahora veía un talento más que me parecía increíble. Había permanecido a nuestro lado con determinación, y en ese momento estaba más agradecida que nunca por su lealtad y amistad.

Richard estaba contentísimo de hacer ese viaje. Canalizaba su energía infantil señalando cada arbusto, cada árbol y cada pájaro que encontrábamos por el camino. Mi pequeño hijo, que todavía no cumplía los seis años, no tenía idea del peligro que acechaba a nuestra misión. Con todo, debo admitir que el miedo que yo sentía valía para los dos. A pesar de mi nerviosismo, logré aferrarme a las promesas que el Señor me había dado con relación a nuestra búsqueda. Saber que seguía las instrucciones de mi Salvador me ayudó a superar la agitación que sentía en mi interior. Las horas que pasamos viajando en mula por el sendero oré por todo lo que se me ocurrió. Cuando se me agotaron los temas para orar, me puse a cantar y Richard elevó su vocecita para entonar himnos reconfortantes de confianza y alabanza junto conmigo.

En la carta decía que pasaríamos la noche en la aldea de *Siete Cañones*. Sospeché que nunca llegaría a *Charco de Antílope*, pues para interceptarme, el sitio ideal era el camino a *Siete Cañones*. La aldea estaba ubicada en el borde de una vasta red de cavernas, cuevas y cañones de piedra caliza: había muchos más que siete, pero me imagino que la aldea debía su nombre a los siete más grandes.

El sendero que conducía a la aldea se extendía unos cuantos kilómetros atravesando un paisaje bastante desolado, marcado por cuevas escondidas y senderos sinuosos que podían conducir a cualquier parte. Ya había hablado con Eh Mei de mis sospechas antes de partir, pues Kai Sun había pasado ocasionalmente por ese camino escarpado y me había hablado del terreno. Sin embargo, Eh Mei me aseguró que podría seguirme la pista en cualquier terreno. Apreciaba que me tranquilizara, pero me preguntaba si ella sabía distinguir entre confianza y esperanza desesperada.

El sendero cambió y comenzó a llevarnos por una cuesta empinada. Había piedras desperdigadas por todo el camino, por lo que el ascenso era lento y me hizo apreciar más que nunca la seguridad de ir montada en mula. Él animal estaba muy acostumbrado a las incursiones que hacíamos por los senderos más escarpados de la región, cuando recorríamos las diferentes aldeas, así que continuaba caminando con tranquilidad. Me aferré mucho a Richard en los sitios en que el sendero se angostaba y los lados del precipicio se hundían muchos cientos de metros hacia abajo. Comencé a dudar en serio de que Eh Mei pudiera seguirnos el ritmo caminando a pie en una cuesta tan empinada; en el mejor de los casos, esperaba que nos pudiera vigilar a la distancia, ya que el sendero que recorríamos hasta ahora estaba bastante descubierto.

Entonces, la senda viró abruptamente hacia la izquierda. Vi que íbamos a pasar debajo de un pequeño arco natural de piedra que se formaba a lo largo de la pared del risco. De pronto, ¡una voz apacible en mi interior me indicó que había llegado el momento! Vacilé por un instante, y de la forma más despreocupada que pude, alcé la mano al cielo, esperando que de alguna forma Eh Mei interpretara el gesto y comprendiera que yo presentía que la aventura estaba por comenzar.

Al pasar debajo del arco y doblar por la curva, advertí que se ensanchaba el sendero lleno de peñascos. Mientras comenzaba a apurar a la mula, de golpe, seis hombres montados salieron de sus puestos detrás de las rocas y se pusieron en el camino, impidiéndonos el paso. Otro hombre saltó de su puesto en el arco, detrás de mí, a fin de que no lográramos dar marcha atrás. En ese momento, me envolvió una calma sobrenatural que sólo podía provenir del Espíritu del Señor, pues francamente no sentí temor a pesar de que vi que estaban armados. Luego, me llevé una gran sorpresa, pues al mirar más de cerca los rostros disimulados por los sombreros de quienes me rodeaban, vi con claridad que eran... extranjeros.

—¡Buenos días! —saludó burlándose uno de ellos, quien resultó ser el inglés que había estado en nuestra aldea unos meses antes.

—¡He venido a buscar a mi esposo! —anuncié, mirándolos con dureza.

—¡Así que lo considera su marido! ¿Escuchaste eso, Danny? —preguntó dirigiéndose al individuo que estaba a su lado—. ¡Lleva tanto tiempo revolcándose en la cama con esos malditos chinos que ahora se considera

uno de ellos!

Todos se rieron estrepitosamente.

Un tipo alto y de aspecto rudo cabalgó hasta donde me encontraba y me arrebató de las manos las riendas de la mula.

—¡Permítame, señora! —exclamó, mientras comenzaba a tironear del animal para que lo siguiera por el sendero que subía la cuesta.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

—A ver al coronel, ¿adónde más? —contestó sin hacer una pausa.

Después de aquello no logré que dijeran una sola palabra sobre quiénes eran y hacia dónde nos dirigíamos. Richard comenzó a llorar, pues se percató de que esos hombres no eran amigos.

—¡No te preocupes, mi amor! —le aseguré a fin de tranquilizarlo— ¡Jesús está con nosotros!

Tiraron de mi mula para apartarla del sendero y comenzamos a subir por la ladera escarpada. En algunos sitios el animal se detenía y se resistía a seguir. Entonces, bastaba un suave latigazo que le daba el hombre, junto con una sarta de insultos, para que la bestia pronto reanudara la marcha. Después de subir unos treinta metros me di cuenta de que estábamos entrando en un sendero que corría paralelo al que yo había estado recorriendo más abajo. Ni siquiera me había percatado de que estaba allí, pues estaba muy bien disimulado. Seguramente ya hacía kilómetros que esos hombres me venían siguiendo desde aquel mirador escondido. El sendero, entonces, dio una curva marcada en dirección opuesta a la aldea de *Siete Cañones*. Seguimos el sendero hasta que se volvió inexistente, pero los hombres continuaron siguiendo el rastro invisible con facilidad, atravesando un complicado laberinto de riscos, árboles y malezas.

Me preguntaba quiénes serían esas personas. Hablaban de un *coronel*.

¿Serían acaso soldados? ¡Pues no lo parecían en absoluto! ¡Más bien daban la impresión de ser bandoleros y criminales! ¡Serían miembros de la «Hermandad del Dragón»? Sin embargo, eran ingleses, ¿cómo ese montón de extranjeros podía formar parte de una sociedad secreta china? Mientras avanzábamos, las preguntas me asaltaban.

Después de varias horas llegamos a un sitio lleno de cuevas que bordeaban las laderas de la montaña, como si fueran tumbas excavadas por la propia mano de la naturaleza. Los hombres se bajaron de las mulas y me indicaron

que hiciera lo mismo. Desmonté y tomé a Richard en brazos para bajarlo. Se aferró a mi falda y de entre sus pliegues se asomó para mirar a los hombres. —Suba por aquí, ¡sígame! —ordenó uno de ellos agarrándome del brazo y empujándome hacia una de las cavernas más cercanas.

—¿Qué hace? ¡Suélteme de inmediato! —exigí tratando de librarme de su férrea mano.

Richard no entendía lo que decía el inglés, y se estaba alarmando mucho por mis gritos y él también comenzó a gritar en chino:

—¡Usted es malo! ¡Suelte a mi mamá! ¡Váyase! —Luego, rezó casi gritando —: Jesús, ¡haz que dejen en paz a mi mamá!

—¡Basta ya! —una voz autoritaria y cortante interrumpió la pelea. Una figura alta y fría se hallaba a la entrada de la caverna, examinando la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El rostro curtido del hombre estaba marcado por profundas líneas. Se hallaba de pie, erguido y con un aire de superioridad. Evidentemente estaba acostumbrado a dar órdenes y a que se le obedeciera sin chistar.

El que me arrastraba gritó:

—¡Sólo quería llevarla a verlo a usted, coronel! ¡No quise hacerle daño!

—Me parece que puede caminar sola. Gracias, Pritchard —dijo el hombre.

Se acercó a nosotros, me miró de arriba a abajo sin expresión en el rostro.

Después asintió con la cabeza reconociendo mi presencia y se presentó:

—Luisa Bannard, yo soy el coronel Peadmont. Usted es mi invitada en este sitio.

—¿Llama invitación a esto? —pregunté arqueando las cejas—. Coronel Peadmont, he venido a buscar a mi marido. ¿Se encuentra aquí?

—Vea usted —respondió con cierta falta de confianza en sí mismo, y se volvió hacia una de las cavernas más alejadas del claro.

Vacilé apenas un momento y decidí seguirlo, asiendo firmemente la mano de Richard. Escudriñando en la oscuridad vi a un guardia que se hallaba sentado en una piedra, tallando un trozo de madera. Junto a él, ¡encadenado a un robusto tronco, se hallaba Kai Sun!

—¡Mi amor! —grité.

—¡Papá! —gritó Richard. Antes de que pudiera detenerlo, Richard corrió a ver a su padre que lo tomó en brazos.

—¡Mi cielo ¡por fin te he encontrado! ¿Te encuentras bien? ¿Estás herido?

—le pregunté y lo abracé.

—No. Estoy bien. ¡Estoy muy bien! —Kai Sun contestó con calma, acariciándome el pelo. El Señor me ha estado cuidando y he estado orando por ti.

Me di vuelta hacia el coronel, haciendo un esfuerzo para cambiar de idioma.

—¿Qué significa esto? —pregunté—. ¡Déjelo libre de inmediato!

Me miró alzando una ceja, divertido de que yo pensara que le podría dar órdenes. Dándome cuenta de lo absurdo que debían de sonar mis exigencias, lo miré impotente. Decidió no hacer caso de mi impertinencia y afirmó:

—El caballero estará bien. Lo alimentamos y tratamos bien. Aparte de la incomodidad de la cadena, como usted podrá ver, ha estado compartiendo el mismo alojamiento que nosotros. No deseamos causar a ninguno de los dos incomodidad innecesaria y lamento los inconvenientes. Sin embargo, le aconsejo que por el momento su hijo permanezca con su padre mientras usted y yo nos atendemos unos asuntos.

Al advertir que no tenía muchas opciones, procedí con rapidez a explicar la situación a Kai Sun y dejé a Richard en sus manos, mientras seguía al coronel hacia la salida de la cueva. Me llevó adentro de otra abertura similar, situada en la ladera de la montaña, que formaba un cuarto espacioso con un techo alto; entendí que aquel era el cuartel general del coronel, si se lo podía llamar así. Un lecho portátil, un farol y un bolso de cuero ocupaban un costado de la cueva. Una piedra oblonga que servía de mesa y unos troncos arrimados junto a la pequeña fogata daban al lugar una apariencia de una sala primitiva. El aroma del guiso inundaba el ambiente y por primera vez me di cuenta de que tenía hambre. Pensé en Richard, el pobrecillo debía de estar muy hambriento.

—Le ruego que se siente. Su hijo y su marido también deben de estar cenando. Disculparé el menú espartano, pero hacemos lo posible en estas circunstancias.

Lo miré fijamente. Me costaba comprender que él fuera tan indiferente ante mi angustia y que me invitara a cenar como si no pasara nada.

Decidí explicarle mi situación.

—Señor, si quiere pedir rescate, le advierto que no somos ricos. Vivimos la vida sencilla de unos misioneros y...

El coronel casi deja caer la cuchara.

—¡Por Dios, mujer! ¿Me toma usted por un asaltante? ¡Rescate! —exclamó riéndose como si le causara mucha gracia.

—Y entonces, ¿por qué estamos aquí? —pregunté vacilante.

Me ofreció un tazón de guiso caliente de verduras y carne, y respondió:

—Le sugiero que cenemos primero y después hablemos de lo que nos concierne. ¡Buen provecho!

Me resigné a que seguramente lo mejor sería que le hiciera caso y tomé la cuchara que estaba junto al tazón. Hacía años que no utilizaba cubiertos europeos y sostuve la cuchara con incomodidad. El guiso sabía bien y el intervalo en la conversación me dio tiempo para pensar y orar.

El coronel era lo más paradójico que había visto en la vida. Era dominante; sin embargo, daba la impresión de ser una persona educada, si no se tomaba en cuenta su fastidiosa costumbre de secuestrar a mujeres y niños inocentes. Sus hombres parecían un montón de malhechores ignorantes que provenían de todas partes, y me dio la impresión de que le tenían un gran respeto, lo cual no me daba mucha tranquilidad. El hombre me tenía secuestrada y al mismo tiempo me invitaba a cenar. Había elaborado un plan para raptarnos a mí y a mi esposo, y luego le molestaba que yo hablara de un rescate. Pedí al Señor que me diera sabiduría en aquella situación difícil e incomprensible en que me hallaba.

Al final el coronel Peadmont sacó una larga pipa del bolsillo y encendió un fósforo en la mesa de piedra. Se puso a mirarme desde el otro lado de la mesa.

—Hay ciertas personas, que ocupan puestos de gobierno bastante importantes en Inglaterra y para quienes su presencia en China es un poco vergonzosa —comentó de manera chistosa mientras fumaba su pipa.

—¿Qué personas? —pregunté—. ¿Por qué mi obra podría causarles vergüenza? ...¿Son los de la misión del llano?

Eran los únicos que se me ocurría que podrían estar resentidos por mi estadía en *Tigre que Salta*.

Esta vez el coronel no pudo contener la risa.

—Me temo que no es ese el caso —se rió con ganas—. No ha sido la misión a la que usted pertenecía la que me ha enviado.

—Pues, la verdad espero que no —dije a la defensiva—. Pero, ¿de quién

habla usted?

El coronel recobró su aire indiferente y continuó con su relato:

—Digamos que, considerando como es la política actual, uno debe cuidarse mucho para evitar cualquier atisbo de escándalo.

—¿Y qué político tendría miedo de mí? —pregunté.

—¿Le suena el nombre de Sir Reginald Hampton? —preguntó, cruzándose de brazos y apoyándose en el muro de la cueva.

—Reginald Hampton... sí. He oído hablar de él. Su familia es muy acaudalada y su padre tenía bastante influencia en la Cámara de los Lores hace algunos años, si mal no recuerdo, Pero...

—En la actualidad, Sir Reginald desempeña el cargo de asesor y se hace la idea de que es una personalidad en ascenso en la jerarquía política. Creo que su meta no es ni más ni menos que llegar a Primer Ministro, aunque su educación y buenos modales le impiden hablar de sus ambiciones por ahora. Efectivamente, Sir Reginald es muy ambicioso, y no permitirá que una persona como usted —que vive en pecado con un chino de una tribu montañesa en un lugar remoto de la China, una rebelde de la iglesia, y por añadidura una fanática religiosa, con un hijo mestizo en su haber—, sea un obstáculo que le impida alcanzar el éxito.

El coronel se reclinó y esperó a ver qué efecto tendrían en mí esas últimas palabras. Yo no iba a permitir que los insultos me llevaran a una discusión. Me daba la impresión de que a él le gustaba mucho el papel de abogado del diablo.

Mirándolo directamente le pregunté:

—¿Y quién pensaría que puedo ser un obstáculo para un hombre como Sir Reginald Hampton?

—Es evidente que Lady Hampton así lo cree —contestó de forma indiferente, mientras daba golpecitos a la pipa contra el tronco.

—¡Ni siquiera conozco a Lady Hampton! —respondí.

—¡Ah!, ¡pero sí la conoce! —El coronel fijó la mirada en mí con una expresión de desconcierto—. Es su hermana.

¡Elizabeth! ¡Mi hermana Elizabeth!, a quien no veía desde que salí de Inglaterra hacía muchos años... ¿Sería posible que me considerara su enemiga? ¡Me costaba creerlo! ¿Alguien de mi familia podría tomar parte en un complot tan grotesco? Los pensamientos me daban vuelta en la cabeza

mientras trataba de entender lo que ocurría.

—Usted ha estado alejada bastante tiempo, por lo que deduzco que no se enteró del matrimonio de su hermana. Fue un gran acontecimiento social. Después de que su madre falleció, me parece que Elizabeth se sintió un poco más libre de expresar sus opiniones. ¡Le parecía que ustedes eran un montón de bobos, maniáticos religiosos!

¡La obstinada Elizabeth! Hasta el mismo día de mi partida de Inglaterra afirmó que mi viaje a China era un error, que estaba desperdiciando mi vida. Creo que jamás dejó de culparme por la muerte de Charles. Tampoco entendió el milagro que hizo que mi madre aceptara mi llamamiento de convertirme en misionera. Pese a que respetaba mucho a mi madre como para manifestar abiertamente su oposición, me imagino que al morir mamá —y como estaba casada con un hombre adinerado y poderoso—, no le quedaban muchos motivos para contener el rencor que le había envenenado el corazón.

—... ¡Un momento! —le hice señas para que hiciera una pausa, pues parecía que todo se desplegaba ante mis ojos con mucha rapidez y me costaba entenderlo—. ¡Fíjese en mí! Vivo en la aldea de *Tigre que Salta*, casi al otro lado del mundo. Hace años que no hablo con Elizabeth. ¡No ha contestado ni una de mis cartas! No me interesan sus asuntos. ¿Cómo puedo yo significar siquiera una remota amenaza para ella o su marido? —¿Recuerda a su primo Walter? —preguntó el coronel con su tono indiferente que me irritaba. Me agarré la cabeza con las manos, la cabeza me dolía y... ¡aquel asunto se volvía tan complicado como una obra satírica! —Sí... ¡vagamente! —Estaba casi al borde de perder la paciencia con el coronel—. Él era...— traté de recordar qué sitio ocupaba en el árbol familiar. —... un pariente distante por parte de su padre —precisó el coronel terminando la frase por mí.

Ah... sí... ahora recordaba a Walter. Era un anciano de mal carácter. Un familiar que no se mencionaba mucho, a quien no veía desde mi niñez.

—El año pasado falleció el pobre. Era una persona muy solitaria, sin ningún otro pariente, por lo visto.

—Pero, ¿qué tiene él que ver con todo esto! —pregunté a gritos.

Sentía que estaba a punto de irrumpir en llanto con esa conversación larga y sin sentido. La necesidad de recordar nombres y rostros de mi pasado ya

distante y casi olvidado no me resultaba fácil.

—¡Vaya!, me parece que el anciano es la causa de este problema. — comentó riéndose entre dientes.

Me fastidiaba la diversión sarcástica que por lo visto sacaba el coronel Peadmont de aquella la situación. Me preguntaba qué habría en el corazón de alguien que percibía el mundo que lo rodeaba como una simple fuente de diversión irónica. Sonrió un poco mientras rellenaba su pipa con tabaco y luego añadió:

—... Verá usted... como recordará, su primo Walter también era conde de Northbrook. Por encontrarse solo, dejó su título de nobleza al pariente varón más cercano de la familia, que en este caso sería...

El coronel hizo una pausa, arqueando las cejas como si esperara para ver si yo adivinaba la respuesta al infantil acertijo.

Terminé la frase, diciendo de manera inexpresiva:

—Un chiquillo mestizo chino, como lo expresó usted. ¿Es eso lo que hay detrás de todo esto? —pregunté. Empezaba a comprender la repulsiva realidad de la situación.

—¡Así es! —el coronel pareció complacido de que fuera lo bastante lista como para captar los indicios de la trama grotesca que estaba tejiendo.

—Por supuesto, está claro al menos para su hermana, que eso no ocurrirá. Sería una situación de lo más vergonzosa. Me imagino que lo entenderá — continuó hablando con calma—: Mis órdenes, por tanto, son que la escolte con amabilidad hasta Inglaterra. Por desgracia, como usted padece de una enfermedad mental y no es capaz de encargarse de sus propios asuntos, su hermana lo hará por usted. A ella tal vez le parece que la locura es algo más fácil de explicar que el fanatismo religioso. Así pues, una vez que se haya encargado debidamente de usted, ya no habrá riesgo de que su presencia indigna aquí mancille su imagen pública, y ella podrá reclamar la herencia sin oposición. Me imagino que su hijo terminará en un internado tranquilo en algún lugar del campo en que no se averiguará sobre sus padres. Dudo que al cabo de unos años recuerde siquiera que vivió aquí alguna vez. Y si tiene bastante suerte, el padre de su niño no terminará en la horca.

—¿Cómo se atreve! —le dije. Sentía que la ira se acumulaba en mi interior.

—¿Cómo me atrevo? Atreverme no me cuesta nada. La vida misma es un atrevimiento, ¿no le parece? —se levantó de la silla y añadió—: Es tarde y

debe estar cansada. Tendrá mucho en qué pensar —se dio vuelta para irse y me informó—: Pasará aquí la noche. Yo dormiré en otro lado. Por el momento, su hijo seguirá con su padre.

Llegó a la entrada de la cueva y entonces, casi como si de repente se le hubiera ocurrido, se dio vuelta para mirarme. A la luz de la fogata, sin embargo, observé algo que captó mi interés. Por un instante, vi que una ráfaga de emoción antes reprimida, cruzaba los rasgos impertinentes del coronel: un destello de pena y remordimiento cruzó su rostro de manera ilusoria, como una sombra y luego desapareció. No obstante, percibí con extrema claridad que el Señor me había permitido verlo, y con ello sentí renacer la esperanza en mi corazón. ¡Podría lograr que ese hombre me comprendiera!

El coronel me devolvió la mirada una vez más.

—Tengo la certeza de que comprende que la seguridad y bienestar de su familia dependen por completo de que usted coopere en este asunto —me advirtió—. Se me encomendó esta misión con órdenes de encontrarla y sacarla como sea. Habría sido bastante fácil hacerlo con rapidez, aunque con cierta brutalidad, y me habría ahorrado bastante tiempo y trabajo. Pero por ser amable y por circunstancias que calificaríamos de...

«excepcionales», me pareció más apropiado consultar primero con su marido. Así que lo capturé, esperando que comprendiera lo razonable de su inmediato regreso y la persuadiera a regresar sin oponer resistencia para que no tuviéramos que terminar la misión de una forma menos amistosa. Después de pensar en las alternativas, su esposo accedió y consintió en escribir la carta pidiéndole que se uniera a él.

SECRETOS

—¿Quién es usted? —le pregunté—. ¿Es un soldado?

—Fuerzas especiales —fue su única respuesta.

Comprendí.

—Usted es mercenario. Mi hermana lo contrató para que me llevara de vuelta a Inglaterra. Haría falta la fortuna y la influencia de Sir Reginald para contratar a alguien como usted, ¿verdad?

Se quedó callado un momento.

—Le diré... los que gobiernan este mundo son hombres de fortuna y poder.

Se libran muchas guerras en la actualidad, incluso en este preciso momento. El resultado de dichas batallas, ya sean públicas o privadas, dicta el curso de la Historia. Se ha dicho que el mundo es un gran escenario, pero muy pocos se dan cuenta de la envergadura de lo que se gesta entre bastidores... Esa es la inquietante realidad del mundo que conozco.

—Aunque usted sea muy cínico, coronel Peadmont, puedo preguntarle ¿qué derecho tiene mi hermana para arruinarnos la vida a mí y a mi hijo? Y también a mi esposo... ¿Qué derecho tiene usted para participar en esto? Su rostro se ensombreció.

—Hay cosas sumamente desagradables en este mundo malvado, mi querida señorita Bannard. Aunque a usted no le guste, eso no cambia nada. Antes de que me condene y para que no permanezca felizmente ignorante, le informaré de otros hechos desafortunados y desagradables... Mejor aún, ya que le gusta vivir en un mundo de ilusiones, ¡le contaré un cuento! ... Había una vez un rebelde de una tribu que cometió la terrible impertinencia de nacer chino. Fue lo bastante insensato como para que le gustara una joven británica idealista que estaba decidida a convertir a los paganos... Para acortar el relato, ese chino ha sido acusado de secuestrar y violar a una súbdita británica. Se mandaron llamar fuerzas especiales para que rescataran a la doncella en peligro, quien quedó tan traumatizada por lo sucedido que hubo que llevarla de vuelta a Inglaterra para que se recuperara. El infeliz producto de la supuesta violación es un hijo bastardo, por quien velará una tía cuyo nombre quedará en el anonimato, la cual proveerá caritativa y discretamente para él. La tía ha dejado bien claro que el rescate de su hermana debe ser rápido y seguro. Si el chino, padre del niño, muriera durante el intento de rescate, sería algo lamentable e insignificante que quedaría, según se me ha asegurado, olvidado y no se investigaría en absoluto.

—Lamentablemente, ¡en este relato nadie vive feliz para siempre! ¡Esa es la realidad del mundo que conozco, señorita Bannard! —su voz adquirió un tono enojado—. Y si no soy yo quien lo hace, entonces, será otro, ¡y tal vez hasta lo haga más rápido que yo!

Pateó el tronco y se puso las manos en las caderas. El dolor que había visto antes se dibujó de nuevo en su rostro. Además percibí que añoraba un alivio a la culpabilidad que sentía. Ahora hablaba casi en un susurro:

—... Ojalá hubiera una forma de librar a su marido. Tal vez me estoy volviendo blando... —Su voz se fue apagando y miraba hacia arriba. De pronto, se me abrieron los ojos a lo que ocurría en el plano espiritual. Vi que alrededor del coronel se libraba una tremenda batalla; en un bando estaban los ángeles del Señor y en el otro las fuerzas del mal.

En silencio, invoqué al Señor: «Jesús, ¡ayúdame! Creo que has puesto aquí a este hombre por que todavía hay una parte de su alma que busca la verdad, a pesar de las cosas desagradables que ha visto y en las que ha participado. ¡Haz un milagro, Señor! ¡Dime qué debo decir! Obra en el corazón de este hombre, Señor, y protege a tus hijos, ¡te lo pido en el nombre de Jesús!

V

Sentados alrededor de la fogata, los guardias hablaban entre sí en susurros: —¡Te digo que parece otro! He acompañado al coronel en algunas de las situaciones más difíciles que pudiera haber. El año pasado estuvimos juntos en ese lío en Brasil que habría hecho colgar la toalla y darse por vencido a cualquier fulano, ¡pero no al coronel! Jamás lo he visto acobardarse ni vacilar. Tiene nervios de acero, y ¡una rapidez de rayo, además! ...Pero esta vez le ocurre algo extraño.

Su compañero asintió y luego comentó:

—No... no pensarás que se va ablandar por la mujer, ¿verdad? Ya lleva bastante tiempo metido en la caverna con ella, y todavía no se oyen gritos.

—¡Silencio! ...¿Escuchaste algo?

Los dos eran soldados muy bien adiestrados. Se pusieron de pie, con los rifles apostados y examinaron el bosque que los rodeaba. Apartándose de la luz de la hoguera, desaparecieron en las sombras. Caminaron con suma cautela, rodearon el campamento, escuchando con gran atención para detectar cualquier ruido extraño. Valiéndose de los rifles, arremetían contra cualquier maleza sospechosa. Finalmente, se detuvieron debajo de un gran árbol al que no llegaba la luz de la fogata.

—Tal vez fue una zorra u otro animal —dijo uno de ellos.

—Así parece... —comentó el otro, nervioso.

Después de examinar cuidadosamente el perímetro del campamento, esperaron varios minutos más, y luego regresaron al calor del fuego. Mientras lo hacían, pasaron debajo de la rama en que se encontraba Eh Mei, a menos de dos metros por encima de sus cabezas, con el cuerpo retorcido adoptando una postura curiosa que le daba un extraño parecido a una rama de árbol. Había aprendido a hacerlo de niña para ocultar disimular su presencia cuando cazaba pájaros. Tenía los ojos cubiertos —había aprendido que los ojos revelan nuestra presencia— y a veces, el ave, sin sospechar nada, se posaba sobre ella, que permanecía completamente inmóvil. Los dos hombres pasaron debajo de Eh Mei sin verla. Había contado ocho hombres en total, todos bien armados. Había tardado muchas horas en seguirles la pista por el terreno escarpado. Ahora que los había localizado, calculaba que no le quedaba mucho tiempo para buscar ayuda. A pie tardaría horas en llegar a *Siete Cañones*, que era la aldea más cercana de los alrededores y la que parecía ser su única esperanza. Además, no sabía si los pobladores la ayudarían. Kai Sun no era de su clan. Había creyentes en la aldea, ya que Kai Sun había dado el mensaje fielmente en *Siete Cañones* cuando realizaba sus viajes de evangelización. Pero eran creyentes muy jóvenes en la fe. ¿Estarían dispuestos a arriesgar la vida por su amigo? Tendría que averiguarlo. Como no sabía si el grupo levantaría el campamento por la mañana, pensó que debía actuar con rapidez. Esperaba que pudieran volver allí y regresar al amanecer. Saltó al suelo silenciosamente, se detuvo un momento para asegurarse de que los guardias no se habían percatado de su presencia. Luego, sin que se moviera una sola hoja, se dio la vuelta y se movió con rapidez en la oscuridad de la noche.

v

Mientras tanto, di un paso hacia el Coronel. Tocándole el brazo, susurré: —Hay una fuerza más poderosa que ninguno de nosotros. Dios tiene mayor poder que el de cualquier mal del que se pueda jactar este mundo. —¿Me habla de su Dios? —preguntó, mirándome con curiosidad—¿Todavía se aferra a un Dios que la abandona para dejarla sufrir a manos de una

hermana vengativa? ¿Insiste usted en servir a un Dios que permite que la vida de la gente sea cortada como trigo y que hombres avariciosos nos gobiernen a todos? Somos peones y nada más en un mundo dirigido por el Diablo, ¿si quiere saber mi opinión!

La dureza se volvió a dibujar en su rostro y oré pidiendo guía:

—*Señor, habla por intermedio de mí* —supliqué en silencio.

Entonces, noté la cicatriz irregular que le cruzaba el brazo. Sin pensar, pasé el dedo pausadamente por la herida. La palabra «Río» se vino a la mente con tal fuerza que fue como si una voz la gritara dentro de mí. Incapaz de contenerme, dije la palabra en voz alta.

—Río... usted... esta herida se la hizo en Río, ¿no es cierto?

Se alejó de mí un paso y se quedó mirándome con desconfianza.

—¿Cómo puede usted saber eso?

Al ver cómo lo afectó lo que dije, me di cuenta de que debí de haber tocado algo muy importante para él.

Percibí que el coronel intentaba recuperar su fachada encallecida. Como si tratara de convencerse a sí mismo dijo en voz alta:

—Pues claro, usted escuchó que los hombres lo decían cuando los trajeron aquí. ¡Eso es!

Volví a orar en silencio:

—*Señor, ¡revélame algo más para convencer a esta persona de que de verdad existes!*

En otras circunstancias, quizá no habría tenido la fe de continuar. No afirmo que comprendo a cabalidad lo que ocurrió aquel día, pues la obra del Espíritu es algo incomprensible para el entendimiento humano. En aquel momento en que, con fervor, intenté captar la ayuda divina, Dios respondió e hizo el milagro de concederme el don de conocimiento, la capacidad de saber algo anteriormente desconocido. Otra vez sentí el fuerte impulso de transmitir un mensaje a aquel hombre. Sabía que éste provenía del trono de Dios.

—El Señor tiene algo que decirle, coronel Peadmont. No lo entiendo, pero espero que usted sí. Me dijo que lo que ocurrió a Ricardo en Río no fue culpa suya. Ricardo está bien y es feliz. Y Jesús me dijo que tiene un plan para usted. ¡Él te ama!

Nunca supe con exactitud quién era Ricardo, ni lo que había pasado en Río,

tal vez para que estuviera siempre convencida de que tal misterio era algo que sólo Dios podía resolver.

Sin embargo, fue sorprendente el efecto que tuvieron mis palabras en el coronel. Se tambaleó como si le hubiera asestado un golpe. Se sentó pesadamente en la piedra y vi gotas de sudor que le aparecían en la frente. Di un paso hacia él y le puse la mano en el hombro.

—Está bien, coronel... —dije tratando de consolarlo.

Me empujó el brazo con violencia.

—¡Apártese de mí! —ordenó con una voz enronquecida, respirando con dificultad. Me alejé rápidamente. Se quedó mirándome como si fuera un animal salvaje que era perseguido. Sin decir una palabra más, se dio media vuelta y salió de la caverna, dejándome sola en la estancia silenciosa.

—¡Dios! ¡qué he hecho! —exclamé. Sólo había dicho lo que pensaba que el Señor me había indicado que dijera. ¡Quizá había cometido un error terrible! Entonces escuché un susurro en el corazón, una vocecita tierna y agradable que me decía:

—... Y Él os lo recordará todo... No temáis manada pequeña... Ninguna arma forjada contra vosotros prosperará...

Después de pasar un rato orando con fervor, quedé agotada. Me eché sobre la cama y dormí, aunque no descansé bien.

LIBERADOS

Las primeras luces del alba me hallaron ya despierta, orando de nuevo. No tenía idea de lo que ocurriría aquel día, pero sabía que mi vida y la de mis seres queridos estaban a salvo en manos de Dios. Me aferré a ese pensamiento como alguien que se encuentra en medio de un mar embravecido.

—¡Todo redundará en bien para quienes aman al Señor! —me repetía a mí misma una y otra vez.

Un hombre me trajo algo de comida y probé unos bocados. Me preguntaba si faltaría mucho para ver al coronel y hablar un poco más con él... Quizá podría razonar con él, o suplicarle que tuviera piedad, lo que fuera que hiciera falta para traspasar el exterior endurecido, el disfraz de su pobre alma atormentada.

No tuve que esperar mucho hasta que aquel rostro conocido se asomó a la

entrada de la cueva.

—Nos iremos exactamente en veinte minutos —me informó con indiferencia.

—¡Coronel! ¡Espere, se lo suplico! ¡Debo hablarle!

Se dirigió apresurado adonde los hombres alistaban las mulas para el viaje.

Noté que con ellas estaban los dos animales que había traído conmigo.

—No será necesario —respondió de manera distraída, mientras se arreglaba los guantes de montar.

—Hoy debemos recorrer un vasto territorio. Así pues, temo que no disponemos de mucho tiempo para intercambiar cortesías.

En ese momento Kai Sun y Richard, acompañados por un guardia, salieron de la cueva donde se encontraban.

—¡Mamá! —gritó Richard corriendo a mi lado. Kai Sun pronto se le unió.

—¡Coronel, se lo ruego! En el nombre de Dios, ¡escúcheme!

—¡Deje de parlotear, mujer! —vociferó—. Ya le dije que no hay necesidad de seguir hablando.

En ese instante escuchamos un ruido que provenía de un extremo del claro en donde nos hallábamos todos. Alcancé a ver que los acompañantes del coronel no estaban acostumbrados para nada a que los tomaran por sorpresa, y sí que se quedaron sorprendidos. Un grupo de aldeanos —unos pocos llevaban armas de fuego bastante antiguas, otros mazos y cuchillos—, se encontraban de pie entre nosotros y el sendero. Lo que les faltaba en cuanto a armamento, lo compensaban muy bien con su valor. Pese a su valentía me di cuenta de que si los hombres del coronel abrían fuego ¡aquello sería una masacre! Recorrí el grupo con la mirada y reconocí los trajes de los miembros del clan de *Siete Cañones* y, entre ellos, el rostro encantador de Eh Mei.

En pocos segundos, sus hombres se colocaron en posición de alerta y prepararon sus armas para abrir fuego contra el grupo amenazador.

—Ah, les aclaro, no disparen —ordenó el coronel con toda tranquilidad a sus hombres, como si no le importara mucho lo que parecía una obstrucción a sus planes. Los hombres se quedaron mirándolo confundidos, y no se movieron.

—Bajen las armas —dijo el coronel con un tono de voz más firme. Los hombres vacilaron, pero sabían que no convenía oponerse a la palabra de su jefe. Bajaron las armas y retrocedieron hasta colocarse detrás de los

animales, como si dejaran al coronel abandonado a la suerte que había escogido. Éste se volvió hacia mí.

—Veo que sus amigos han venido a recibirla, lo cual es de lo más conveniente. Así, me ahorraré las horas de viaje que me tomaría llevarla de vuelta a su aldea.

Se hallaba imperturbable junto a su mula, sosteniendo las riendas en la mano.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté.

—Digo, mi querida señora, que usted y sus amigos se pueden marchar.

—¡Ay, coronel!... —exclamé. Las lágrimas me corrían por las mejillas.

—¡Vamos, no se ponga a lloriquear conmigo, mujer! —Era evidente que al coronel le molestaba mi arrebatado de emoción—. Odio las escenas.

Él ponía una fachada de dureza, pero yo sabía que estaba muy conmovido.

—¡Thompson! —gritó el coronel—. Necesito que me traduzca algo.

El individuo que me había capturado al principio y que no parecía una persona de fiar, salió de detrás de las mulas y se acercó con timidez.

—Diga a esta buena gente que fue todo un malentendido, un caso de identificación equivocada. Nos disculpamos con ellos. La señora, su marido y su hijo pueden volver a su casa. Acepten nuestras disculpas.

Thompson repitió el mensaje como se le había ordenado, y al oír aquellas palabras maravillosas me puse a sollozar. Muchos aldeanos no entendieron el dialecto de Thompson y empezaron a ponerse intranquilos al verme llorar, por lo que tuve que calmarme y repetirlo todo en su lengua vernácula.

Kai Sun me miró sorprendido.

—Entonces, ¿todo ha sido un malentendido? ¡Es una gran noticia! ¡Gracias, Jesús!

El coronel me miró por encima de los demás.

—Sí, fue un error de identificación. Al fin y al cabo, como usted se llama Luisa Barnes, es bastante lógico que se la confundiera con la señorita Luisa Bannard.

—¿Cómo dice? —pregunté, sin entender muy bien.

—Aquí está, véalo usted misma.

Me lanzó un pase nacional desgastado, que estaba debidamente firmado y autenticado por las autoridades, tanto en inglés como en chino, y que llevaba mi descripción y el nombre *Luisa Barnes*.

—Le devuelvo sus documentos de identificación. Guárdelos bien — dijo sin dar más explicaciones.

Aún sin comprender del todo, me quedé mirando fijamente las páginas.

—¿Qué significa esto? —le pregunté.

Suspiró, como haría una persona que tiene que vérselas con un niño difícil y algo torpe.

—Quiere decir, señora, que la he confundido con otra persona. Luisa Bannard murió de escarlatina hace varios años. Lo mismo ocurrió a su único hijo. ¡Qué pena!

—¡Ni más ni menos! —interrumpió Thompson— ¡Dicen que fue una buena mujer, coronel!

Peadmont no le prestó atención y se volvió hacia mí.

—¿Entiende? Usted no podría ser Luisa Bannard. Usted es Luisa Barnes.

—Pero... es que yo soy Luisa Bannard... —empecé a decir, confundida.

Thompson me dio un golpecito en el hombro y señaló:

—Con todo mi respeto, señorita, si el coronel dice que usted no es Luisa Bannard, entonces usted no es Luisa Bannard. ¿Comprende?

De repente entendí bien aquella situación y asentí enérgicamente:

—¡Desde luego, claro que esa soy yo!

—Muy bien —dijo el coronel y se veía complacido cuando añadió—: Lady Hampton recibirá los informes médicos que prueban que Luisa Bannard y su hijo murieron en la misión médica británica, por lo que ya no tendrá nada de qué preocuparse.

El coronel sacó un papel de su chaleco y me mostró el informe que verificaba mi muerte.

—¡Es un trabajo excelente, si me permite que lo diga yo, *jefe!* —comentó Thompson, admirando el papel—. Pasé la mitad de la noche trabajando en eso, y por si fuera poco, a la luz de la fogata. Siempre dije que conviene llevar encima unos cuantos documentos que parezcan oficiales.

—Así es —asintió el coronel—. Thompson siempre ha hecho un trabajo ejemplar. Posee muchos talentos.

El coronel dobló el papel y lo guardó.

Un pensamiento sombrío me asaltó:

—Pero, coronel Peadmont, ¿Y si alguien investigara un poco más? ¿Si alguien descubre que estoy viva? Se podría averiguar...

El coronel comenzó a ensillar su mula y me miró.

—Para ser una persona que dice creer en la providencia, señorita Barnes, ¡se preocupa mucho!—, señaló en tono de broma—. A menos que usted misma intente reclamar ese título de nobleza para su hijo, no veo razón para que su hermana ponga en duda los informes de su muerte. Es más, si se me permite ser franco, imagino que quedará sumamente complacida con ellos. Mientras el coronel montaba de un salto, Thompson comentó:

—¡Fue un placer trabajar de nuevo con usted, coronel! ¡Hasta la vista!

—¿No va él con usted?—, pregunté.

—¡Ay no!... —dijo riendo el coronel—. ¿Qué podría hacer Thompson de vuelta en Inglaterra? Además, creo que allí le han puesto precio a su cabeza.

—Sólo fue un pequeño malentendido con las autoridades, nada más, de verdad —comentó Thompson con una sonrisa inocente.

—No, Thompson se quedará en China. Y me imagino que toda investigación en torno a cierta misionera fallecida de que tengan conocimiento sus amigos y compañeros de la Hermandad del Dragón será enérgicamente rechazada, ¿o me equivoco, Thompson?

—¡Así es, jefe! —afirmó Thompson con una sonrisa burlona.

Yo no sabía si dar suspiro de alivio o no.

—Muy bien. Lo mejor es que todos nos marchemos —anunció el coronel. Kai Sun, que casi no había entendido nada de todo lo que se había dicho en inglés, (a pesar de que él vivió muchos años en la misión, allí se hablaba poco ese idioma, pues Richard y Florence abogaban por que se hablara la lengua vernácula tanto dentro de la casa como en la ciudad), todavía se deleitaba con la revelación de que todo había sido un malentendido y que nos despedíamos amistosamente.

—¡Espere! —gritó al coronel cuando éste empezaba a salir del campamento y luego me dijo—: Lu Yisi, ¡debemos invitarlos a comer con nosotros! ...Y tal vez querrían visitar nuestra iglesia.

—Este... creo que por el momento tienen muchos compromisos que atender, mi amor —expliqué—. Pero eres muy amable.

Me pareció que me llevaría algo de tiempo contarle todos los detalles de lo que acababa de ocurrir.

Así pues, con ánimo alegre, montamos las mulas y cabalgamos sendero abajo, rodeados de aldeanos que conversaban con alivio, ya que no hizo

falta disparar un solo tiro ni alzar un solo puñal para defendernos. Todos compartían un ambiente de jovialidad, pues se logró una victoria, no hubo heridos, y aquellas personas extrañas y difíciles de entender —los ingleses— se disculparon. Los aldeanos de los montes vecinos hablaron muchos años de la ocasión en que los extranjeros cometieron aquel curioso error.

v

El siguiente año, dimos la bienvenida a otra vida nueva, un regalo valioso de Dios: la llamamos Radiante Esperanza. Al tener a mi hijita en brazos, di gracias a Dios por el don de la vida. Los años que pasamos en la Tierra son tan fugaces. Cuando los vivimos, estamos muy ocupados con lo que calificamos de asuntos de gran importancia. Empero, al llegar a las puertas de la eternidad, esas cuestiones parecen paja que se lleva el viento.

Únicamente lo que nace del amor permanece arraigado y firme.

El coronel tenía razón; pocos en el mundo ven a cabalidad la obra de teatro que se despliega detrás de bastidores. Sin embargo, nuestro Padre Celestial y los ángeles que nos rodean son los actores invisibles de esa pieza teatral. A medida que la trama se desarrolla, los que observan con atención descubren el motivo y la finalidad que hay detrás de lo que para los que no están al corriente son sólo sucesos que nos ocurrieron al azar.

¿Y cuál es el propósito de todo, me preguntarán? La humanidad sufre y llora, se levanta y cae, lucha para conseguir sus metas terrenales. Dejamos huella en los hombres por lo que reunimos y lo que construimos. Empero, ante Dios dejamos huella por la medida en que aprendemos a amar.

EPÍLOGO

Siete años después del nacimiento de Radiante Esperanza, Kai Sun se enfermó de pulmonía y no mucho después, rodeado de su familia, nos dejó para irse a recibir su recompensa en el Cielo. En su lecho de muerte una vez más expresó su mayor deseo: que se estableciera un colegio para formar a evangelistas nativos que llevaran el mensaje cristiano a las montañas de Yunnan. El siguiente invierno, el Seminario de teología de Tigre que Salta celebró su primera sesión formal, utilizando el aula durante las vacaciones invernales. El primer año tuvimos cinco estudiantes interesados en

*dedicarse de lleno a la evangelización. El segundo año tuvimos diecisiete. Esos candidatos a misioneros fueron los que llevaron el mensaje del amor de Cristo a algunas de las regiones más apartadas de las montañas. Se impartieron clases durante los siguientes cinco años y hubo una oleada de evangelización sin precedentes entre los grupos tribales campesinos. Richard siguió la vocación de su padre y, cuando se hizo mayor, ayudó a pastorear la iglesia de Tigre que Salta. Fue asesinado durante el enfrentamiento ocurrido en el breve período en que **Yunnan intentó separarse de China**. Preciosa y Bendición se casaron y formaron sus propias familias que dieron gran alegría a su abuela. Radiante Esperanza vivió hasta casi los doce años. Entonces, cayó enferma y fue a reunirse con su padre en su morada celestial, y a esperar la llegada de su madre y sus otros seres queridos.*

Más adelante, Eh Mei se casó con uno de los graduados del Seminario de teología de Tigre que Salta y juntos continuaron sirviendo al Señor hasta el día en que murieron.

En cuanto al coronel, dejó las fuerzas armadas poco después de su última misión en China y después vivió una vida relativamente tranquila. Corre el rumor de que se mudó a Sudamérica. Thompson permaneció en China, aunque nunca se lo volvió a ver en Tigre que Salta.

Sir Reginald Hampton, cuyo nombre se ha cambiado para proteger a sus parientes vivos, jamás logró su ambición de convertirse en Primer Ministro. En cambio, él y su esposa vivieron su vida de abundancia y superficialidad en la comodidad de su finca de Inglaterra. Se dice que en sus últimos años, cuando empeoró su salud, Sir Reginald solía ver visiones peculiares de enemigos imaginarios que lo acechaban y atormentaban, y que los médicos lo atribuían a una especie de demencia senil. Al morir, Lady Hampton tuvo que enfrentar la perspectiva desagradable de presentarse delante de Dios y explicar ciertos eventos ocurridos durante su desdichada vida.

Los cristianos de Tigre que Salta soportaron persecución de parte de los dirigentes militares que gobernaron a Yunnan hasta la unificación de China en 1949. Saqueada por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, la aldea sufrió en gran medida debido a su falta de cooperación con el enemigo. Por desgracia, cualquier vestigio que quedaba de la iglesia de Tigre que Salta fue borrado durante el caos de la turbulenta época entre

1966 y 1976, que se conoce como la Revolución Cultural.

Sin embargo, las almas de esos santos fallecidos de la iglesia de la aldea Tigre que Salta no han muerto. Quizá el lector los escuche. Si se arrodilla a orar, y presta atención a los susurros de una voz que llama, es posible que se anime a hacer más de lo que nunca se haya imaginado. Ellos llaman... y suplican. Ruegan por quienes obedezcan al llamado y vayan a la tierra de la China. ¿Y qué fue de Lu Yisi? Dejaremos que sea ella misma quien lo diga:

Viví los años más felices de mi vida en las montañas. Fui testigo de muchos cambios, de grandes transformaciones, algunos para bien y otros para mal. En todo, sin embargo, vi que la mano de Dios cuidaba de Sus hijos y los hacía prosperar. ¡Viví hasta la avanzada edad de ochenta años! ¿Acaso les sorprende? ...A mí me sorprendía muchas veces.

Pero no fallecí tranquilamente en mi cama, ¡ay, no! ...Esos fueron años turbulentos, los de la segunda guerra mundial y la temida invasión de los japoneses. A ellos no les gustaba nuestra iglesia, y les molestaba la gente de la montaña que no estaba dispuesta a someterse a las autoridades ateas. Esperamos en el interior de la casa, pues yo era muy anciana como para ponerme a correr y trepar. Me costó muchísimo convencer a esos jóvenes de que se fueran: era un grupo de tres adolescentes de la aldea que habían insistido categóricamente en quedarse a mi lado; no quisieron dejarme sola cuando los japoneses se acercaban. Se marcharon en el último momento, y tuve que insistir en que lo hicieran. Ya saben cómo son los jóvenes, que Dios los bendiga.

Por eso, cuando se corrió la voz de que los soldados ya estaban en la aldea, pusimos barricadas en la puerta. Podíamos escuchar los gritos afuera y los disparos de rifles. Sabíamos que el enemigo no tomaba prisioneros.

Llevé aparte a los jóvenes y les expliqué lo que tenían que hacer. Subirían al piso más alto de la casa, el que quedaba al final de las escaleras, y aflojarían las tejas del techo. Entonces, debían subirse al techo, con sumo cuidado para que no los vieran desde abajo. En el techo encontrarían una escalera —yo siempre tenía una ahí— y sin hacer ruido debían colocarla hacia el lado del patio que yo mantenía cubierto de árboles y espinos.

Esperábamos que nadie se tomara la molestia de revisar ese lado del patio,

pues era de muy difícil acceso. Les encargué que oraran con toda el alma, que bajaran por la escala y corrieran como conejos hacia el bosque, evitando los senderos.

¡Ah, cuánto lloraron y protestaron que no podían hacer una cosa así! ...

¡Cuánto insistieron!

—¡Por supuesto que pueden! —les aseguré— ¡Ya se ha hecho antes!

—Pero, ¿y qué será de ti? —protestaron.

Les dije que tenía que atender los asuntos de mi Padre, y que debían irse con prontitud. Apenas logré echarlos de la sala a tiempo.

Mientras los chicos subían al techo, escuché que los golpes en la puerta se intensificaban. Luego, alguien disparó a la cerradura y se oyeron gritos. Me arrodillé y empecé a orar. Había llegado mi hora y estaba lista. Por extraño que parezca, me embargaba la paz. Al mismo tiempo, estaba tan entusiasmada como alguien que lleva mucho tiempo esperando con ilusión una sorpresa o regalo, y casi no cree que ha llegado el día de recibirlo. Entonces sucedió algo de lo más extraño. Al arrodillarme en el piso de madera, levanté la vista y me di cuenta de que no me encontraba sola. ¡Allí estaba La-Ong! ¡Hacía años que no veía a mi amiga! Se veía tan linda como siempre, se arrodilló a mi lado y me sonrió.

—Hola, Lu Yisi —pronunció mi nombre con ternura, y me extendió la mano al añadir—: Es hora de partir. Tenemos mucho de que hablar, ¿no te parece?

Asentí, y dando la espalda a las cosas de este mundo, emprendimos el viaje a casa.

FIN

NOTAS

i - James Hudson Taylor (1832-1905). Misionero inglés que, cuando apenas contaba cinco años, decidió ser misionero en la China. En su adolescencia tomó prestado un libro sobre ese país de un pastor de su pueblo, el cual le preguntó cómo pensaba ir. Taylor le respondió que, al igual que los apóstoles de la antigüedad, confiaría en que Dios proveyera para todas sus necesidades. El pastor repuso: «Ah, muchacho, cuando seas

mayor, aprenderás que las cosas no son tan fáciles como piensas». A pesar de lo que le dijo aquel pastor incrédulo, Taylor comenzó a prepararse para ir a la China cuando tenía 17 años y llegó allí cuando tenía 21, después de cinco meses y medio de travesía por mar. Arribó a Shangai en medio de una guerra civil. La ciudad estaba en manos de rebeldes, y tuvo que superar muchas circunstancias terribles. A pesar de sufrir numerosas penalidades, fundó la Misión de China Continental, que envió miles de misioneros a países necesitados. Adoptando una postura radical con respecto a las iglesias de la época, Taylor aceptó en su misión a personas que carecían de preparación universitaria, y exigía a sus misioneros que se integraran a la cultura del país vistiendo al estilo chino. Hacerse chino era un proceso complicado para un inglés de ojos azules y cabellos rubios. Por si los pantalones abolsados (como medio metro más anchos de la medida normal en la cintura) y las zapatillas de suela plana con la puntera hacia arriba no hubieran sido suficiente problema, para integrarse con los chinos era esencial tener el cabello negro y una trenza. Taylor renunció a casi todo su pelo cortándose en una peluquería, se tiñó lo que le quedaba, se hizo una trenza y se puso anteojos al estilo chino. Así pues, de verdad se integró culturalmente. Cuanto más viajaba por China, más grande era su deseo de conquistar almas allí. Su ideal era armarse de unos mil evangelizadores, los cuales esperaba que ganaran 250 almas al día con el Evangelio, y de esa forma evangelizaría la totalidad del país en poco menos de tres años. Nunca llegó a cumplir su sueño, pero para 1895, treinta años después de su fundación, la Misión de China Continental tenía más de 640 misioneros que dedicaban su vida a difundir las Buenas Nuevas en China.

ii - Budismo tántrico: Budismo en el que se practican técnicas sexuales extrañas a fin de conseguir ventajas espirituales. Esta clase de budismo se practica comúnmente en la India, Nepal y el Tíbet. Jamás fue aceptado del

todo por los budistas de la China y el Japón.

iii - grupos étnicos de la China: En el país hay 55 minorías nacionales. Cada una se distingue por su lengua, costumbres e indumentaria. Los chinos «han» constituyen el 93 por ciento de la población total. Tradicionalmente, los «han» consideran a las minorías, que por lo general habitan en las regiones fronterizas, como personas de una civilización primitiva. Hasta la proclamación de la República Popular de China en 1949, el símbolo para representar *perro* en los caracteres de la escritura se empleaba también para nombrar a las minorías, en vez de utilizar el símbolo que representa el adjetivo *hombre*. Las invasiones de los «han» a lo largo de los siglos gradualmente forzaron a las minorías a vivir en las regiones más apartadas del país.